A large, stylized cursive logo in white, consisting of the letters 'K', 'l', 'e', 'n', 'm', and a period. The letters are thick and fluid, with the 'K' having a long, sweeping tail that loops back. The logo is enclosed within a thin black circular border. The background is a dark, textured grey.

Klenm.

publicación feminista trimestral

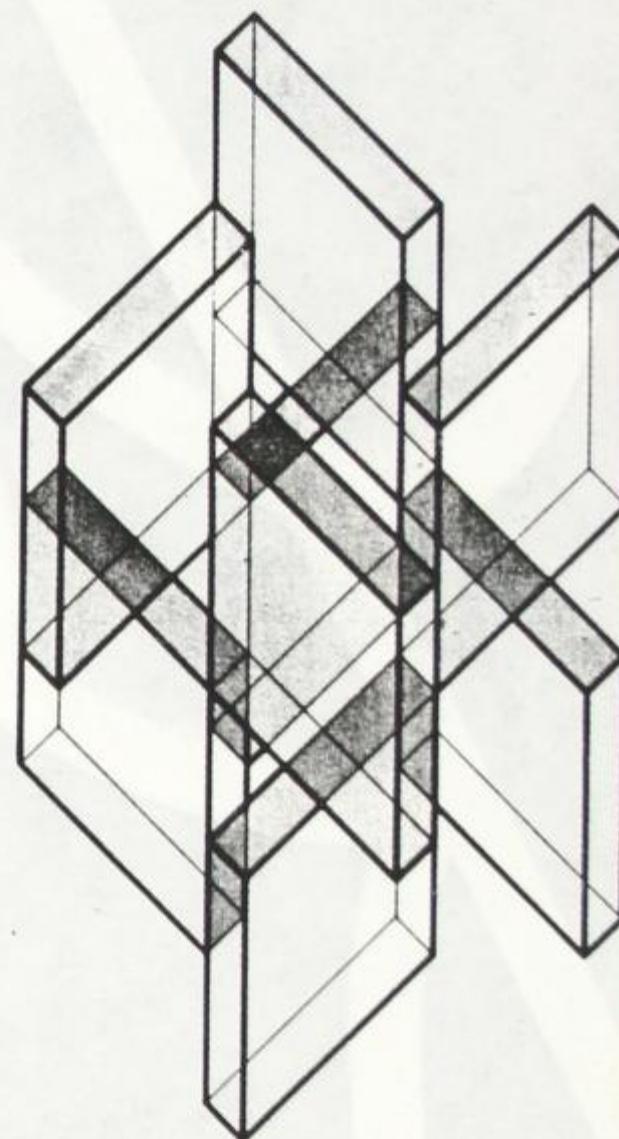
Volumen I No. 4, julio-sept. 1977 / \$ 30.00

+ Una respuesta total

para el tratamiento de la información a todos los niveles

Soluciones a la medida

para incrementar el rendimiento y la competencia



Sistemas para la contabilidad y gestión empresarial
Terminales y sistemas para las telecomunicaciones
Minicomputadoras personales
Calculadoras electrónicas impresoras
Máquinas de escribir y sistemas electrónicos de escritura
Copiadoras de oficina

Los productos Olivetti están en el mundo.

He aquí algunos ejemplos:

330 mil máquinas de contabilidad,

140 mil sistemas para el procesamiento de datos y

minicomputadoras personales,

65 mil terminales y aparatos para la recolección de datos,

150 mil teleimpresoras y aparatos para las telecomunicaciones.

olivetti
OLIVETTI MEXICANA S.A.

directorio



Publicación feminista trimestral
Volumen I No. 4 julio-septiembre 1977 / \$ 30.00
Editada por Nueva Cultura Feminista S. A.

DIRECCION

Alaide Foppa/Margarita García Flores

CONSEJO EDITORIAL

Lourdes Arizpe/Marta Lamas/Carmen Lugo/Beth Miller/Margarita Peña/Elena Poniatowska/Elena Urrutia

ADMINISTRACION

Cristina Valencia

Dibujos de Elvira Gascón

Suscripciones y canje fem. Nueva Cultura Feminista, S. C. Av. Universidad 1355 Desp. 401, México 20, D. F., Teléfonos 550-73-06, 524-38-49

Precio de la suscripción anual: en la República Mexicana: \$ 140.00. Otros países 14.00 dólares. No se devuelven originales. Impreso en México: Editorial Bodoni, S.A. (Registro No. 4083-76) Derechos reservados conforme a la ley.

índice

- Editorial / *fem* • 3
Nuestro primer año / *fem* • 5
Opresión y frigidez / *Marta Lamas* • 6
La casita de sololoi / *Elena Poniatowska* • 13
La violación en México / *Rafael Ruiz Harrell* • 18
Crimen contra las mujeres / *Ana Valdemoro* • 22
Denuncia / *fem* • 27
El niño que se llevó el viento / *Margarita Nolasco* • 31
Alicia en el país de las represiones / *Elena Urrutia* • 32
¿De qué se ríen si lo dicen en serio? / • 41
Alejandra Kollontay: La nueva moral / *Graciela Hierro* • 42
Una historiadora mexicana / *Beth Miller* • 46
La mujer en China, III parte / *Flora Botton* • 52 ✓
Mujer / *Alaide Foppa* • 59
Mujeres mutiladas / *Andrea Burg Genovés* • 60
¿Feminismo de Fernández de Lizardi? / *Margarita Peña* • 63
Cuándo y por qué trabajan las mujeres / *Teresita de Barbieri* • 66
¿Vendes caro tu amor, aventurera? / *Susana Vidales Tamayo* • 73
Mi refugio eran las lágrimas / *Stella Quan* • 79
La movilidad de la mujer en el cine: un estereotipo / Entrevista con *Emilio García Riera* • 86
Primer Simosio México-Centroamericano
de Investigación Sobre la Mujer / *Gloria López, Rosa María Roffiel* • 90
Simplemente explotadas / • 92
Domitila / • 25
Periódicos feministas / • 99 ✓

editorial

Las mujeres han sido siempre, y siguen siendo, ofendidas, humilladas, agredidas, explotadas y oprimidas en relación con su sexualidad. Por eso los movimientos feministas subrayan este aspecto y luchan por un justo y sano enfoque de la sexualidad.

La sexualidad es un potencial con el que nacemos y que debe ser asumido, desarrollado y alimentado. La biología no garantiza por sí misma un funcionamiento sexual adecuado. Debe aceptarse el sexo como algo natural y valioso, pero es necesaria una información realista y accesible para poder desarrollar las propias capacidades sexuales.

La mujer ha estado sometida al hombre también — y quizá principalmente — en el terreno sexual: ha sido considerada su objeto de satisfacción y placer en el matrimonio, fuera del matrimonio y a través de la prostitución, sin que la sexualidad de ella nunca se tomara en cuenta. Y de tomarse en cuenta, sólo para su implícita o explícita censura.

Se ha establecido una doble moral que sigue vigente: lo que es aceptable y hasta prestigioso en el hombre es execrable en la mujer. A ella se le ha exigido virginidad, castidad, fidelidad: “virtudes” de la mujer que hasta se consideran ridículas en el hombre.

Fem.....considera necesaria una amplia educación sexual para niños, adolescentes y adultos que ayude a rechazar las fórmulas convencionales impuestas, y a crear una conciencia clara, sin culpas, de la propia sexualidad.

Fem.....protesta contra los malentendidos o la mala fe con la que suelen interpretarse las reivindicaciones feministas en el terreno sexual, al considerar que las mujeres “liberadas” deben estar siempre dispuestas a satisfacer los caprichos masculinos. Una actividad sexual indiscriminada no implica una real liberación.

Fem..... censura la degradante manipulación que se hace de las mujeres como objetos sexuales con fines mercantiles.

Fem..... denuncia el enmascarado comercio que se hace de la prostitución con la complicidad de los agentes de la policía que también obtienen su propio beneficio.

Fem..... se opone a la discriminación y represión de que son víctimas las personas que viven de acuerdo a una conducta sexual considerada "anormal". Las nociones de "normal" y "moral" están cambiando en la medida en que la biología sexual amplía sus investigaciones y sus hallazgos. La homosexualidad no es una enfermedad mental; así ha sido declarado por asociaciones psiquiátricas y psicoanalíticas.

Fem..... respeta por lo tanto la conducta homosexual. No considera, sin embargo, que el lesbianismo en sí mismo implique una posición política, y de ninguna manera, que sea sinónimo de feminismo. Ni las lesbianas son siempre feministas, ni todas las feministas son lesbianas.

Fem..... exige que las agresiones sexuales sufridas cotidianamente por las mujeres sean denunciadas, combatidas y castigadas. Y la agresión empieza desde el piropo procaz, el manoseo furtivo, el exhibicionismo, hasta las relaciones forzadas por situaciones de poder (matrimonio, oficina, fábrica, cárcel, etc.) y, máxima agresión, la violación, casi nunca denunciada y nunca castigada.

nuestro primer año

fem. cumple un año de vida. Nos sentimos muy agradecidas a quienes lo han hecho posible: a nuestras primeras suscriptoras, a nuestras valiosas y generosas colaboradoras, a nuestros amigos anunciantes, a nuestros lectores ocasionales que a veces nos hacen llegar una palabra de aliento.

No es fácil hacer una revista sin recursos económicos, sin subsidios, y que se niega de antemano a toda la publicidad habitual de las revistas femeninas. **fem** sale porque la hacemos sin esperar de ello ninguna ganancia; y la hacemos porque creemos necesario decir todo lo que no dicen las revistas "femeninas", ni la prensa masculina. **fem** pretende ser un instrumento de análisis y de denuncia en la lucha feminista.

Ha habido retrasos, ha habido fallas en la distribución. . . Todo ello es consecuencia de lo mismo: somos pocas y los recursos son escasos. Sin embargo, no sólo estamos seguras de seguir adelante, sino que esperamos remediar esas y otras deficiencias. Sobre todo deseamos que la revista, en su contenido, sea cada vez mejor. Solicitamos para ello la colaboración de todos nuestros lectores, cuyas sugerencias y críticas tomaremos siempre en cuenta. Confiamos, naturalmente, en que nuestros primeros suscriptores renueven su suscripción; y les pedimos algo más: ¿no podría cada uno invitar a otra persona a suscribirse? Esta será una gran ayuda para **fem**

marta lamas

opresion y frigidez

1. La problemática sexual de las mujeres no es un hecho aislado e individual. Corresponde a un aspecto más de su problemática total. La frigidez no está separada de la realidad que se vive todo el tiempo, ni de las ideas que se adquieren culturalmente sobre el sexo. ¿Y cuáles son esta realidad y estas ideas que hacen que la mayoría de las mujeres sean consideradas frías? ¿Qué significado tiene la existencia de una moral doble, diferente para hombres y mujeres?

La represión de la sexualidad femenina tiene una larga historia que se remonta a varios miles de años. No es aquí el lugar para hacer un recuento; baste señalar que la opresión de las mujeres, a todos los niveles, tiene un desarrollo paralelo al del capitalismo y que sus orígenes están indiscutiblemente ligados a la aparición de la propiedad privada y de la familia patriarcal. Engels(1) estaba probablemente en lo cierto al pensar que antes del surgimiento de la propiedad privada y del estado, las familias humanas tuvieron una etapa de "promiscuidad sexual". La monogamia y las estrictas leyes de fidelidad y castidad aparecen como un requisito posterior para asegurar la paternidad, hecho en sí difícilmente ve-

rificable, cuya legitimidad descansa sobre aspectos físicos un himen intacto, y morales: la fidelidad y la confianza. Esta necesidad de asegurar la paternidad aparece en el momento en que, a partir del desarrollo de la agricultura incipiente, se logra un excedente económico y se plantea la cuestión de la herencia de los bienes acumulados, del patrimonio familiar. ¿A quién heredar sino al propio hijo?, pero ¿cómo saber que es propio y no ajeno?: mediante el control del cuerpo y de la sexualidad de las mujeres.

Dentro de ese contexto resultaba indispensable impedir la libre expansión del erotismo femenino a través de controles ideológicos eficazmente reforzados por prácticas que han ido desde el cinturón de castidad hasta el homicidio justificado por "honor" (donde el marido "ofendido" es declarado inocente del asesinato de la infiel, pero la mujer que mata al marido adúltero NO recibe la misma sentencia). Poco a poco se fue desarrollando una doble pauta de conducta, y una moral que justificaba en los hombres lo que castigaba en las mujeres. Las relaciones prematrimoniales se convirtieron en motivo de orgullo masculino y de deshonra femenina; la virginidad en virtud femenina y oprobio masculino; el adulterio en un crimen, si lo cometía una mujer, y sólo una mala costumbre si era un hombre; la "casa chica" o "segundo frente" pasó a ser una institución socialmente aceptada, ¡ah!, pero la

(1) F. Engels "El origen de la familia, la propiedad privada y el estado", Ed. Progreso, Moscú, 1968.

*Separación
opresión*

coquetería femenina siguió siendo un atentado contra el honor del marido. La lista de ejemplos es larga y no es necesario enumerarlos todos para aceptar la realidad de la doble moral y de las pautas de conducta diferentes por sexos.

Para convencer a las mujeres de que no ejercieran su sexualidad se empezó a categorizar al sexo como algo "sucio", que era una desagradable necesidad para tener hijos, pero que no se obtenía satisfacción de él. "Eso" no les gustaba a las mujeres "decentes", apenas si lo toleraban; "eso" sólo les gustaba a las degeneradas y a las "malas mujeres". Lo "femenino", lo "normal", lo socialmente aceptado, lo moral fue una sexualidad pasiva y sólo dentro del matrimonio. Poco ha cambiado esta situación y esta conceptualización de la sexualidad femenina. En los últimos años ha habido algunas mujeres que se han atrevido a desafiar las convenciones y a asumir sus deseos sexuales. Muchas han roto con sus familias, se han puesto a vivir solas y se han enfrentado, aparte del desprecio, los chismes y las maledicencias, a otra forma de opresión sexual: tener que ser "liberadas". La "liberación", definida por los hombres por supuesto, significa tener relaciones con quien sea y cuando sea, de otra manera se es "fresa", "apretada" o hipócrita ("no que vives sola y eres muy liberada, pos vamos a llegarle. . . ¿qué no?. . . ¡Ah! pinche vieja hipócrita"). Hay una ola de publicaciones que tratan de convencer a las muchachas y mujeres jóvenes que el sexo es bello, satisfactorio, que hay que terminar con las ideas anticuadas de virginidad y acostarse con quien se desee (el mayor ejemplo es la siniestra revista *Cosmopolitan*). Pero la verdad es que las están tratando de convencer de que acepten ser objetos sexuales más accesibles, menos inhibidos; no se las presiona para que descubran su verdadera sexualidad, sino para que acepten un nuevo estereotipo cultural, el de "liberadas". Esto no es una liberación, al contrario, es una imposición disfrazada, y muchas mujeres caen en ella para luego enfrentarse a la desagradable novedad de ser "frías". Como la sexualidad femenina ha estado, por lo menos dentro de nuestra tradición judeo-cristiana, definida desde hace miles de años en función de las necesidades y los deseos masculinos, existen una serie de conceptos de qué debe sentir una mujer, cómo lo debe de sentir y por dónde debe sentirlo. La relación sexual tradicional ha sido la posesión de la mujer por el hombre; los roles sexuales son un mero reflejo de esto: el hombre (activo) penetra, y la mujer (pasiva) es penetrada. El hombre procura su placer dentro de la vagina y da por sentado que el placer de la mujer radica en ser penetrada. Aquí empiezan los errores y los mitos. Y de aquí también arrancan los planteamientos feministas sobre la sexualidad.

2. Si definimos al feminismo como la lucha política que llevan a cabo las mujeres para liberarse de la opresión específica que

sufren en todos los terrenos de sus vidas, es evidente que uno de los aspectos más importantes de lucha es el propio cuerpo. El derecho que tenemos las mujeres sobre nuestras funciones reproductoras y sexuales es uno de los postulados básicos del feminismo. Liberarnos de los roles sexistas, descubrir nuestra sexualidad, analizar cómo la conducta sexual, considerada natural, está condicionada por el sistema en que vivimos, son tareas que estamos llevando a cabo. El feminismo plantea que la "condición femenina" es un factor indispensable para el funcionamiento de este sistema y que, por lo tanto, la represión de la sexualidad femenina es una práctica discriminatoria deliberada y no la manifestación de la frigidez individual de las mujeres.

Práctica discriminatoria y opresiva puesto que para los hombres la sexualidad es algo que les proporciona placer y status, mientras que a la mayoría de las mujeres sólo les sirve como fuente de problemas: embarazos, frigidez, mala reputación, etc. A través de la conducta sexual se juzga a las mujeres, y la mayoría de las veces el juicio es denigratorio ("la mosquita muerta, al fin bien puta como todas"). Los hombres utilizan las relaciones sexuales para desvalorizar y agredir a las mujeres, y las mujeres siguen perpetuando los roles sexistas y aceptando relaciones denigratorias.

Pero las cosas están cambiando lentamente. Uno de los logros más importantes del feminismo ha sido el que las mujeres han empezado a hablar. A hablar entre ellas y a hablar hacia afuera. A hablar de abortos, de violaciones, de orgasmos, de miedos y de placeres, en fin, de todas sus experiencias. Esto ha traído muchísimas y muy buenas consecuencias. Por un lado se han derrumbado concepciones erróneas, expectativas falsas y una infinidad de mitos sobre las mujeres y su sexualidad; por otro se ha confirmado la existencia de una gran variedad de respuestas sexuales femeninas, destruyendo de esta manera la idea de un modelo único y normal y, sobre todo, se ha reafirmado la realidad del orgasmo clitoral. Pero este proceso no ha sido fácil. Ha sido necesaria una toma de conciencia de las mujeres respecto a su situación de discriminación y opresión para que empezaran a impugnar el sistema y los planteamientos machistas. También ha sido necesario que una serie de investigaciones científicas salieran a la luz para confirmar y darle validez científica a lo que muchas mujeres sabían o sentían. Gracias, fundamentalmente, a las investigaciones de Masters y Johnson es que se ha podido articular una teoría de la sexualidad humana basada en datos fisiológicos y no en interpretaciones culturales como tradicionalmente se había hecho.

3. No es igual la conducta sexual de los africanos, que la de los mexicanos o la de los suecos. Cada una de ellas está condicionada



El destino al feminismo como la lucha política que llevan a cabo las mujeres para liberarse de la opresión específica que...

por su cultura. Pero aunque cada conducta sexual varíe, la fisiología del orgasmo es idéntica en todos los seres humanos. Esto es lo que Masters y Johnson estudiaron y en esto radica la importancia de sus descubrimientos. Sus estudios son en verdad revolucionarios y, si se comparan con los clásicos estudios sobre sexualidad femenina, liberadores. Echan abajo los mitos más arraigados y más difundidos cuestionando los planteamientos de Freud y sus seguidores ortodoxos sobre la sexualidad, psicología y patología femeninas.

Curiosamente la represión de la sexualidad femenina llega a su punto más alto con el propio paladín de la sexualidad: Freud. Aparte de sus estudios sobre el inconsciente la importancia capital de los estudios de Freud es haber captado el problema de la sexualidad humana. Reconoció la existencia de esta fuerza vital primaria en los niños y planteó que el modo en que la libido se organizaba en la infancia determinaba la psicología del individuo. También señaló que para poderse adaptar a la civilización actual el ser humano debía de sufrir un proceso de represión sexual en la infancia.

Freud hizo lo que la mayoría de los científicos de su época y posteriores han hecho: estudiar las estructuras psicológicas individuales sin cuestionar nunca el contexto social en el que se hallan inmersas. Freud mismo, con su propia estructura psíquica, sus prejuicios culturales y su posición de clase no pudo evadirse de la ideología patriarcal y burguesa que tiñó muchas de sus ideas. "La psicología de la mujer elaborada por Freud estaba fuertemente influida por las actitudes teológicas y culturales que prevalecieron a través de su vida como estudiante y como investigador".(2)

Freud no cuestionó a la sociedad, solamente estudió una parte de ella. De la misma manera que hay que reconocer sus aciertos geniales, también hay que reconocer sus errores. Hay varias teorías que son reflejo de su momento personal e histórico, pero que de científicas no tienen nada. "No hay probablemente otra área en los escritos de Freud con más contradicciones teóricas y clínicas que sus declaraciones respecto a la psico-fisiología femenina".(3)

Definitivamente, donde Freud hizo más daño fue en aquello relacionado con sus planteamientos sobre sexualidad femenina. La formulación de sus ideas básicas sobre la sexualidad de las mujeres se pueden resumir en tres puntos:

- a) En las niñas la principal zona erógena es el clítoris.
- b) Al llegar a la adultez sexual, el clítoris abandona su lugar de

(2) L. Salzman *Psychology of the female: a new look*, "Psychoanalysis and Women", edited by J. B. Miller, Pelican Books, A1729

(3) J. Marmor *Changing Patterns of Femininity: Psychoanalytic Implications*, ibid

supremacía erótica y la vagina se convierte en la principal zona erógena.

c) Las mujeres adultas en quienes la transición no se efectúa y que por lo tanto siguen manteniendo al clítoris como principal zona erógena son "frías" y "psicosexualmente inmaduras".

La necesidad de transferir la sensación erótica del clítoris a la vagina es interpretada hoy en día como la necesidad de justificar el placer sexual de las mujeres sólo mediante la penetración masculina. La mujer que no gozaba esa penetración, aunque sí sintiera placer en el clítoris, era considerada fría. La frialdad hoy en día se define técnicamente como la incapacidad para tener orgasmos, por lo tanto una mujer que siente placer clitoral no es fría, aunque antes Freud dijera lo contrario.

Es impactante ver cómo un hombre, que evidentemente no podía sentir la diferencia entre orgasmo vaginal o clitoral, dictaminó sobre la sexualidad femenina y creó una corriente de pensamiento tan importante que se ha popularizado y sus conceptos se manejan culturalmente día a día. Aunque el propio Freud expresó al final de su vida que su conocimiento sobre las mujeres era inadecuado e insuficiente, y manifestó la esperanza de que las psicoanalistas mujeres descubrieran más sobre el tema, ya había creado una doctrina que sus discípulos manejaron como la Biblia.

Sus planteamientos se convirtieron en dogma, y con ellos se empezó a agredir a las mujeres. La "superioridad" del orgasmo vaginal sobre el clitoral era manejada y esgrimida cotidianamente contra las mujeres. Se categorizaba, por un lado, a las clitorales como inmaduras, neuróticas, masculinas, frías, etc. y por otro, a las mujeres vaginales como femeninas, maduras, normales, etc. Las mujeres entonces empezaron a mentir y a fingir para no ser consideradas frías o poco femeninas. Fingían en la cama con los hombres y mentían con las mujeres.

Sin darse cuenta, las mujeres han participado en la represión de su propio erotismo ayudando a convertir el orgasmo vaginal en un símbolo de status y negando sus verdaderas sensaciones. Al sentirse inseguras en la situación de competencia del mercado sexual, y en vez de admitir sus inquietudes y de hablar de sus problemas, imaginarios o reales, han mentido sobre sus experiencias sexuales.

Además han percibido su preferencia sobre el orgasmo clitoral como una vergüenza y una desviación y no han sido capaces de reconocer la ausencia de orgasmo vaginal. Y esto nos lleva al centro del problema de la sexualidad femenina: ¿hay orgasmo vaginal? ¿es mejor o peor que el clitoral?, ¿cuántos tipos de orgasmos tienen las mujeres?

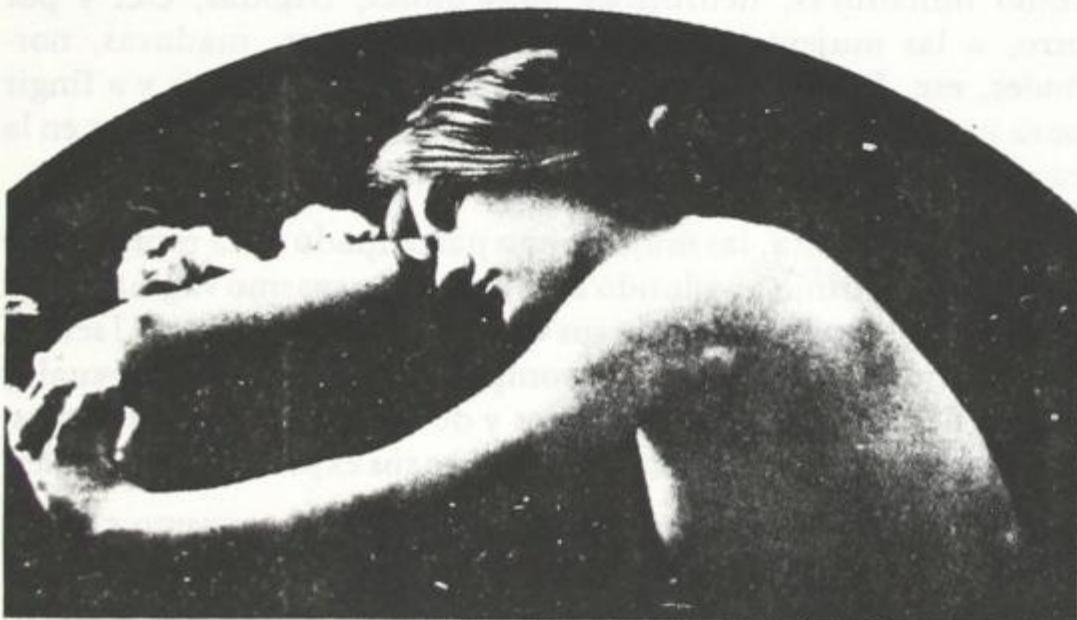
4. El debate de los "sexólogos" "clitorales" contra los "vaginales" ha sido largo, tumultuoso y fuerte. Desde el reporte de Kinsey, que subrayaba la importancia del clítoris, hasta las estadísticas de Bergler, que consideraban al 80% de las mujeres frías por no tener orgasmo vaginal, el tema ha sido controvertido. El debate termina, al menos científicamente, con el estudio que Masters y Johnson (4) publicaron hace once años, en 1966.

Para realizar este estudio clínico masivo de la fisiología del sexo el doctor William Masters buscó como colaboradora a una mujer, la doctora Virginia Johnson, pues consideraba que sólo las propias mujeres pueden comprender la sexualidad femenina. Esto que suena tan claro y evidente representa un cambio radical en los estudios sobre sexualidad; hasta ese momento todos los estudios que definían la sexualidad femenina habían sido escritos por hombres, sólo algunos planteamientos teóricos, dentro de la línea freudiana, habían sido elaborados por mujeres. Este fue el primer estudio donde la experiencia de las mujeres fue tomada en cuenta a partir de una mujer investigadora.

Resumiendo y simplificando las conclusiones a las que llegaron Masters y Johnson sobre el orgasmo femenino sabemos que:

a) La separación entre orgasmo clitoral y orgasmo vaginal es totalmente falsa. Anatómicamente todos los orgasmos se centran en el clítoris, ya sean resultado de la presión manual directa aplicada al clítoris, de la presión indirecta que ejerce el pene durante el coito, o de un estímulo sexual generalizado de otras zonas erógenas como los pechos, el cuello, etc.

b) Las mujeres son naturalmente multiorgásmicas, es decir que si una mujer es inmediatamente estimulada después del orgasmo podrá experimentar varios orgasmos en sucesión. (La doc-



(4) W. Masters y V. Johnson "Respuesta Sexual Humana", Ed. Intermédica, Buenos Aires, 1970.

tora Sherfey(5) dice que las mujeres podrían tener orgasmos al infinito si no fuera por el cansancio físico que esto representa).

c) Aunque los orgasmos femeninos no varían en clase (todos son clitorales), sí varían de intensidad. Los más intensos que se registraron fueron provocados por estimulación manual masturbatoria de las mujeres investigadas; siguieron en intensidad los de estimulación manual a cargo de la pareja; y los menos intensos fueron los experimentados por las mujeres durante el coito.

d) El orgasmo femenino es una entidad fisiológica tan real e identificable como la del hombre. Sigue el mismo esquema de erección y detumescencia.

e) Existe una infinita variedad de respuestas sexuales femeninas en cuanto a intensidad y duración del orgasmo.

La investigación de Masters y Johnson ha iluminado muchas áreas de la sexualidad, antes oscuras y confusas. La secuencia y fases del orgasmo femenino han sido clarificadas. Hay cuatro fases. La primera es la fase de excitación, que comienza con el humedecimiento de la vagina, la erección de los pezones y la tensión de los músculos. El "rubor sexual" aparece. A la excitación le sigue la fase de meseta o "plateau"; aquí la respiración aumenta su ritmo, la tensión muscular se eleva, el tercio externo de la vagina aumenta su tamaño y el clítoris tiene una erección. Los labios interiores cambian de un color rosa a uno rojo. Este cambio de color significa que el orgasmo va a ocurrir aproximadamente en un minuto si la estimulación continúa. La tercera fase es el orgasmo mismo. Al sentir la intensa sensación de placer se dan simultáneamente contracciones rítmicas en la vagina, hasta que la intensidad decrece. El número de contracciones varía con la intensidad del orgasmo. También el útero se contrae rítmicamente en un movimiento de "oleaje", pero esto no se percibe. Durante esta fase todos los músculos responden de alguna manera (por ej. los pies se contraen en un espasmo). La cuarta fase es la de resolución. El flujo sexual desaparece y el clítoris vuelve a su posición normal. Suele pasar hasta media hora para que el cuerpo de la mujer regrese a su estado normal.

Masters y Johnson afirman definitivamente que desde un punto de vista fisiológico los orgasmos vaginal y clitoral no son entidades separadas. Está firmemente establecido que el tercio externo de la vagina es uno de los participantes activos en el orgasmo femenino. Pero este tercio de la vagina en sí es una zona erógena que no tiene mucha sensibilidad y no produce por sí mismo las contracciones orgásmicas. Es el clítoris el "gatillo", el detonador del orgasmo femenino. En él es donde se localiza fisiológicamente el orgasmo, aunque se llegue a éste vía vaginal, por la estimulación indirecta

(5) M.J. Sherfey "Sobre la naturaleza de la sexualidad femenina", Barral Editores, España.



que ejerce el pene. Por eso es que muchas mujeres aseguran sentir los dos orgasmos, pues sienten dos sensaciones diferentes, la indirecta vaginal y la directa clitoral, aunque las dos sensaciones tengan el mismo centro.

Hay que señalar que ya han pasado once años desde la publicación de las investigaciones de estos científicos y que sin embargo los mitos sobre la sexualidad femenina siguen a la orden del día.

5. Y los mitos siguen porque la cultura patriarcal, justificándose con las equivocadas tesis freudianas, los mantiene vivos. La ideología machista define la sexualidad femenina de la manera más favorable a los hombres: si las mujeres obtienen su placer ("normal" y aceptado por la sociedad y por ellas mismas) en la vagina, necesitan de un pene para lograrlo. O sea que reciben su satisfacción mediante el placer de él. Al reconocer al orgasmo clitoral el placer de la mujer se vuelve independiente y la coloca en una posición de igualdad, y no de dependencia, con el hombre. La relación sexual se realizará porque ambos lo deseen, y no por-

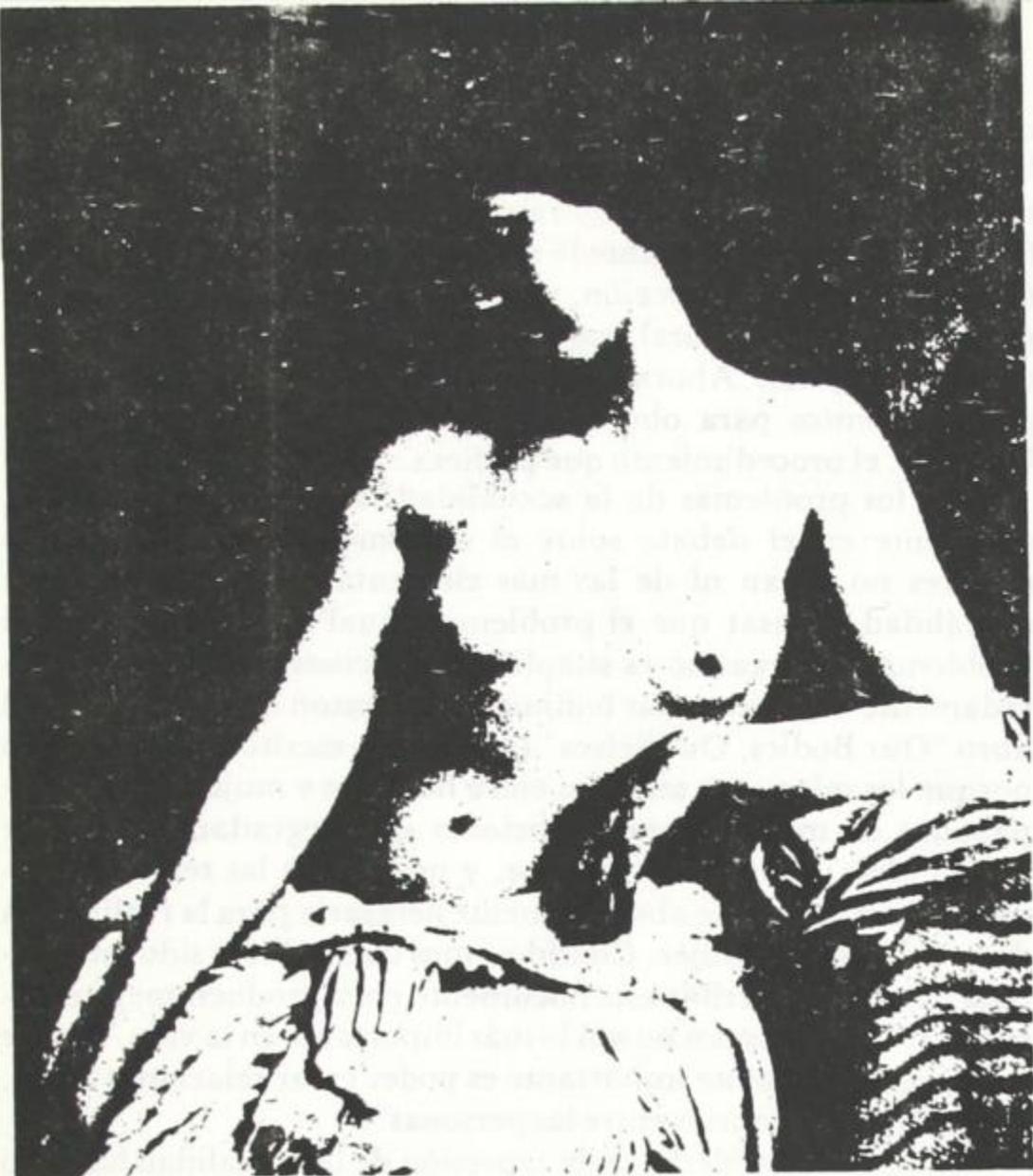
que sea la única manera de satisfacerse. La mujer se encuentra en la misma posición del hombre que elige entre masturbarse o tener relaciones sexuales. El hombre siempre ha podido otorgarse satisfacción orgásmica mediante la masturbación, pero la mujer antes no podía hacer esta elección, ya que el orgasmo que ella se podía proporcionar, el clitoral, no era tan "satisfactorio" o "normal" como el vaginal. Ahora sabe que orgasmo hay uno, y varios procedimientos para obtenerlo y podrá escoger, igual que los hombres, el procedimiento que prefiera.

Pero los problemas de la sexualidad femenina no se centran solamente en el debate sobre el orgasmo. La mayoría de las mujeres no gozan ni de las más elementales expresiones de la sexualidad. Pensar que el problema sexual de las mujeres es el problema del orgasmo es simplificar las cosas. Como muy acertadamente escribieron las feministas de Boston que elaboraron el libro "Our Bodies, Our Selves".(6) "Hemos escrito acerca del sexo porque las relaciones sexuales entre hombres y mujeres están empapadas de mitos y preconcepciones que degradan a la mujer colocándola en un nivel inferior, y no porque las relaciones sexuales sean una parte absolutamente necesaria para la realización de la vida de una mujer. Consideramos que hubiera sido una pérdida de tiempo escribir este documento para producir mejores orgasmos. Los orgasmos no son lo más importante en la vida. Lo que nos parece realmente importante es poder crear relaciones libres, amorosas e igualitarias entre las personas".

Además del problema de la represión de la sexualidad hay otro que es una variante, el de la enajenación. En este sistema donde todo se convierte en mercancía, el sexo ha sufrido también esa transformación. Por un lado las fantasías de los escritores y por el otro las imágenes de hombres y mujeres supersexuadas que los manipuladores de los medios de difusión han usado para vender sus productos deformando la realidad y creando expectativas falsas. La cama se ha convertido en un campo de competencia donde hombres y mujeres se miden y se comparan tratando de sentir los éxtasis prometidos por los libros y medios de difusión. ¿Qué mujer no se siente menguada al comparar su orgasmo con los terremotos que sentía Lady Chatterley? (versión masculina, D.H. Lawrence, de lo que es un orgasmo femenino). Tanto hombres como mujeres estamos enajenados con tantas imágenes, fórmulas, recetas, aspiraciones y reglamentaciones sexuales que casi es imposible concebir el sexo fuera del contexto competitivo de éxito/fracaso. Más bien parece un deporte, con records, jueces y, a veces, espectadores.

La "revolución sexual" de la que tanto se habla se reduce a una

(6) Boston Collective, "Our Bodies, Our Selves", Simon and Schuster, N.Y.



creciente ola de pornografía y de violencia sexual, más que a un verdadero entendimiento y ejercicio de nuestras posibilidades sexuales. Los sentimientos sexuales son considerados "ajenos" a los otros sentimientos; no se actúa como un todo integral sino que se responde separadamente frente a situaciones "sexuales" y "no sexuales". La moral sigue siendo sexista y la educación, aun la liberal, sigue manteniendo los mismos mitos: a niños y niñas se les dice que los varones tienen pene y las niñas tienen vagina. El clítoris no se menciona ni se habla del placer sexual. Conforme van creciendo se les va diciendo a los varones que busquen sus relaciones sexuales lejos de sus amigas o novias, y a las chicas se les sigue planteando la virginidad como un valor moral. La consecuencia de esto es, como dice Susan Lyndon(7): "que los muchachos crezcan mendigando las migajas sexuales de las chicas atemorizadas por su reputación" o que sus experiencias sexuales se

reduzcan a la sordidez y depresión de la prostitución. Hoy en día las adolescentes son incapaces de reconocer y asumir sus deseos sexuales, engañándose ellas mismas y cayendo en situaciones embarazosas (en todo el sentido de la palabra). Además, como el tabú de hablar de sexo sigue en pie y nadie habla, más que en broma, de sus experiencias o problemas sexuales, los vacíos de información son grandes y la ignorancia sobre el tema está muy extendida. Hasta que no se asuma que el sexo es una realidad con la que debemos convivir y a la que debemos conocer bien y sin ambigüedades, seguiremos repitiendo situaciones frustrantes y dolorosas. La educación sexual es una necesidad y todos, niños, adolescentes y adultos, deben tener acceso a buena información y a servicios de consulta.

Hay que subrayar que los problemas sexuales de nuestra sociedad nunca se podrán resolver totalmente hasta que no exista verdadera igualdad entre hombres y mujeres. Generalmente se entiende mal esta idea. Se interpreta, equivocadamente, que la liberación sexual de las mujeres significa adoptar las formas de la sexualidad masculina. No se trata de eso. Las mujeres no aspiramos a imitar los errores de los hombres en materia sexual, no queremos considerar las experiencias sexuales como conquistas y como valoración del ego. No nos interesa utilizar a otra persona para nuestros fines, considerarlo objeto sexual, ni agredirlo o devaluarlo mediante el sexo. Nuestra sexualidad ha estado largo tiempo reprimida y no la conocemos bien todavía. Pero si se permite que una real información científica* y la crítica feminista replacen los consagrados mitos sexistas, podremos empezar las mujeres a dar, por fin, el primer paso para definir y gozar las nuevas formas de nuestra sexualidad.

* Libros científicos con información sencilla y adecuada:

Para padres de niños:

"Tu hijo y el sexo" de Helene Arnstein, Ed. Pax.

Para padres de adolescentes:

"Preguntas del adolescente" de Rubin y Kirkendall, Ed. Pax

Para adolescentes:

"Lo que cambia en tí" de Johnson y Johnson, Ed. Pax

Para muchachitas:

"Amor sexo en tí" de Pomeroy, Ed. Pax

Para muchachitos:

"Amor y sexo para él" de Pomeroy, Ed Pax

Para Adultos:

"The nature of sex" de Nat Lehrman, Shpere Limtd., London, 1971

"Understanding Human Sexual Response" de Eduard Peetcher, (de este libro hay traducción al español, editado por una editorial argentina)

En México funciona desde hace casi cinco años la Asociación Mexicana de Educación Sexual, A.M.E.S., a.c. Es la institución más seria y tiene varios servicios al público que van desde cursos para adolescentes, padres, maestros, parejas, hasta consultorías de terapia sexual, pasando por conferencias, servicio de biblioteca, etc. Está ubicada en la calles de Amsterdam 111, y su número telefónico es el 514-42-53.

(7) S. Lydon *The politics of Orgasm*, "Sisterhood is Powerful", edited by R. Morgan, Vintage Books, N.Y., 1970

elena poniatowska

la casita de sololoi

— Magda, Magda ven acá.

Oyó las risas infantiles en la sala y se asomó por la escalera.

— Magda ¿no te estoy hablando?

Siguieron las risas burlonas o al menos así las escuchó.

— ¡Magda, sube inmediatamente!

Percibió una carrera y el formidable azotón de una puerta. “Salieron a la calle — pensó — esto sí que ya es demasiado” y descendió de cuatro en cuatro la escalera, cepillo en mano. En el jardín las niñas seguían correteándose como si nada, el pelo de Magda volaba casi transparente a la luz del primer sol de la mañana, un papalote tras de ella, eso es lo que era, un papalote leve, quebradizo. Gloria en cambio, con sus chinos cortos y casi pegados al cráneo parecía un muchacho y Alicia nada tenía del país de las maravillas; sólo llevaba puesto su pantalón de pijama arrugadísimo entre las piernas y seguramente oliendo a orines. Y descalza, claro, como era de esperarse.

— ¿Qué no entienden? Me tienen harta.

Se les aventó encima. Las niñas se desbandaron, entre gritos, la esquivaban. Laura fuera de sí alcanzó a la del pelo largo y delgado y con una mano férrea prendida a su brazo la condujo de regreso a la casa y la obligó a subir la escalera.

— ¡Me estás lastimando!

— Y ¿tú crees que a mí no me duelen todas tus desobediencias?

En el baño la sentó de lado sobre el excusado. El pelo pendía lastimero sobre los hombros de la niña. Empezó a cepillarlo.

— ¡Mira nada más cómo lo tienes de enredado!

A cada jalón la niña metía la mano, retenía una mecha impidiendo que la madre prosiguiera. había que trenzarlo, si no, en la tarde estaría hecho una maraña de nudos. La madre cepilló con fuerza, la niña esta vez metió las dos manos: “¡Ay, ay mamá, ay me duele!”. La madre siguió, la niña empezó a llorar, Laura no veía sino el pelo negro que se levantaba en cortinas interrumpidas por nudos. Tenía que trozarlo para deshacerlos, los cabellos dejaban escapar levísimos quejidos, chirriaban como cuerdas que son atacadas arteramente, pero Laura seguía embistiendo una y otra vez, la mano asida al cepillo, las cerdas bien abiertas a que abarcaran una gran porción de cabeza, zas, zas, zas, a dale y dale sobre el cuero cabelludo. Ahora sí en los sollozos de su hija la madre percibió miedo, un miedo que sacudía los hombros infantiles y picudos. La niña había escondido su cabeza entre sus manos y los cepillazos caían más abajo, en su nuca, sobre sus hombros. En un momento dado pretendió escapar, pero Laura la retuvo con un jalón definitivo, seco, viejo, con una furia vieja como un portazo y

a la niña la recorrió un escalofrío. Laura no supo en qué instante la niña volteó a verla y captó su mirada de espanto que la acicateó como un fuetazo a través de los parpados, un relámpago rojo que hizo que los cepillazos empezaran a caer desde quién sabe dónde, desde todos esos años de trastes sucios y camas por hacer y sillones desfundados, desde el techo descascarado, proyectiles de cerda negra y plástico rosa transparente que se sucedían con una fuerza inexplicable, uno tras otro, a una velocidad que Laura no podía ni quería controlar, uno tras otro zás, zás, zás, zás, ya no llevaba la cuenta, el pelo ya no se levantaba como cortina al viento, la niña se había encorvado totalmente y la madre le pegaba en los hombros, en la espalda, en la cintura. Hasta que su brazo adolorido, como una aspa se quedó en el aire y Laura sin volverse a ver a su hija bajó la escalera corriendo y salió a la calle todavía con el brazo en el aire, su mano coronada de cerdas de jabalí.

Entonces comprendió que debía irse.

Sólo al echarse a andar Laura logró doblar el brazo. Un músculo jalaba a otro, todo volvía a su lugar, y caminó resueltamente, si estaba fuera de sí, no se daba cuenta de ello, apenas si notó que había lágrimas en su rostro y las secó con el dorso de la mano sin soltar el cepillo. No pensaba en su hija, no pensaba en nada. Como era una mujer de mediana estatura sus pasos no eran muy largos; nunca había podido acoplarse al ritmo de su marido cuyos zancos eran para ella inalcanzables. Salió de su colonia y se encaminó hacia el césped verde de otros jardines que casi invadían la banqueta protegidos apenas por una barda de juguetería. Las casas, en el centro del césped se veían blancas, hasta las manijas de la puerta brillaban al sol, cerraduras redondas, pequeños solés a la medida exacta de la mano, el mundo en la mano de los ricos. Al lado de la casa impoluta, una réplica en pequeño con techo rojo de asbestolit, la casa del perro. Como en los "House Beautiful", "House and Garden", "Ladie's Home Journal", qué casitas tan cuquitas, glamorosas, la mayoría de las ventanas tenían persianas de rendijas verdes de esas que los niños dibujan en sus cuadernos, y las persianas le hicieron pensar en Silvia, en la doble protección de su recámara. "Pero si por aquí vive". Arreció el paso. En un tiempo no se separaban ni a la hora de dormir puesto que eran "roommates". Juntas hicieron el High School en Estados Unidos. ¡Silvia! Se puso a correr, sí, era por aquí en esta cuadra, no, en la otra, o quizás allá al final de la cuadra a la derecha, qué parecidas eran todas estas casas con sus garages a un lado, su casita del perro y sus rectángulos, su cuadrángulos de cespced fresco, fresco como la pausa que refresca. Laura se detuvo frente a una puerta verde oscuro brillantísima y solo en el momento en que le abrieron recordó



el cepillo y lo aventó cerdas arriba a la cuneta, al agua que siempre corre a la orilla de las banquetas.

“Yo te había dicho que una vida así no era para tí, una mujer con tu talento, con tu belleza. Bien que me acuerdo cómo te sacabas los primeros lugares en los Essay Contests en la escuela. Escribías tan bonito. Claro, te veo muy cansada y no es para menos con esa vida de perros que llevas, pero un buen corte de pelo, una mascarilla, te harán sentirte como nueva, el azul siempre te ha sentado, hoy precisamente doy una comida y quiero presentarte a mis amigos, les vas a encantar, ¿te acuerdas de Luis Morales? El me preguntó por tí mucho tiempo después de que te hubieras casado y va a venir así es de que tú te quedas aquí, no, no, tú aquí te quedas, lástima que mandé al chofer por las flores pero puedes tomar un taxi y yo más tarde, cuando me haya vestido te alcanzaré en el Salón de Belleza. Cógelo Laurita por favor ¿qué no somos amigas? Laura, yo siempre te quise muchísimo y siempre lamenté tu matrimonio con ese imbécil, pero a partir de hoy vas a sentirte otra, anda Laurita, por primera vez en tu vida haz algo por tí misma, piensa en lo que eres, en lo que han hecho contigo”.

Laura se había sentido bien mirando a Silvia desde el borde de su tina de mármol. Qué joven y qué lozana se veía dentro del agua, y más aún, cuando emergió cual resorte para secarse con una toalla exactamente como lo hacía cuando estaban en la escuela, sin ningún pudor, contenta de enseñarle sus músculos alargados, la tersura de su vientre, sus nalgas duras, el triángulo perfecto de su sexo, los nudos equidistantes de su espina dorsal, sus axilas rasuradas, sus piernas morenas a fuerza de sol, sus caderas eso sí un poquitito más opulentas pero apenas. Desnuda frente al espejo se cepilló el pelo, sano y brillante. De hecho todo el baño era un anuncio; enorme y satinado como las hojas del Vogue, las cremas aplíquese en pequeños toquecitos con la yema de los dedos en movimientos siempre ascendentes, almendras dulces, conservan la humedad natural de la piel, aroma fresco como el primer día de primavera, los desodorantes en aerosol, sea más adorable para él, el herbalesence verde que contiene toda la frescura de la hierba del campo, de las flores silvestres, los ocho cepillos de la triunfadora, un espejo redondo amplificador del alma, pinzas, algodones, lociones humectantes, secador-pistola-automática-con tenaza-cepillo-dos peines, todo ello en torno a la alfombra larga, osa, armiño, peluda y blanca desde la cual Silvia le dijo: “A veces me seco rodando sobre ella, por jugar y también para sentir”. Laura sintió vergüenza al recordar que no se había bañado, pensó en la vellonería enredada de su propio sexo, en sus pechos a la deriva, en la dura corteza de sus talones, pero su amiga en un torbellino, un sin fin de palabras verdadero rocío de la mañana, toallitas limpiadoras, suavizantes, la llevó a la recámara

envuelta a la romana en su gran toalla espumosa, suplemento íntimo, benzal para la higiene íntima de la mujer, cuídese, consiéntase, introduzcase, lo que sólo nosotras sabemos, las sales, la toalla de mayor absorbencia, y Laura vió sobre la cama, una cama anchurosa que sabía mucho de amor, un camisón de suaves abandonos, ¡qué cursi, qué ricamente cursi! y una bata hecha bola, la charola del desayuno, el periódico abierto en la sección de Sociales. Laura nunca había vuelto a desayunarse en la cama, es más, la charola yacía arrumbada en el cuarto de los trebejos. Sólo le sirvió a Gloria cuando le dio escarlatina y la cochina mocosa siempre se las arregló para tirar su contenido sobre la sábana. Ahora al bajar la escalera circular también hollywoodense —miel sobre hojuelas— de Silvia, recordaba sus bajadas y subidas por otra, llevándole la charola a Gloria, pesada por toda aquella loza de Valle de Bravo tan estorbosa que ella escogió en contra de la de melamina y plástico alta resistencia que Beto proponía. ¿Por qué en su casa estaban siempre abiertos los cajones, los roperos también, mostrando ropa colgada quién sabe cómo, zapatos apilados al aventón? En casa de Silvia todo era etéreo, bajaba del cielo.

En la calle, Laura caminó para encontrar un taxi, atravesó de nuevo su barrio y por primera vez se sintió superior a la gente que pasaba junto a ella. Sin duda alguna había que irse para triunfar, salir de este agujero, de la monotonía tan espesa como la espesa sopa de habas que tanto le gustaba a Beto. Qué grises y qué inelegantes le parecían todos, qué tristemente presurosos. Se preguntó si podría volver a escribir como lo hacía en el colegio, si podría poner todos sus sentimientos en un poema por ejemplo, si el poema sería bueno, sí lo sería, por desesperado, por original, Silvia siempre le había dicho que ella era eso: o-ri-gi-nal, un buen tinte de pelo haría destacar sus pómulos salientes, sus ojos grises deslavados a punta de calzoncillos, sus labios todavía plenos, los maquillajes hacen milagros. ¿Luis Morales? Pero claro Luis Morales tenía una mirada oscura y profunda, oriental seguramente y Laura se sintió tan suya cuando la tomó del brazo y estiró su mano hacia la suya para conducirla en medio del sonido de tantas voces—, las voces siempre la han mareado—, a un rincón apartado ¡ay Luis qué gusto me dal, si soy yo, al menos pretendo ser la que hace años enamoraste, ¿van a ir en grupo a Las Hadas el próximo week-end? pero claro que me encantaría, hace años que no veleo, en un barco de velas y a la mar contigo, adentro y adentro y al agua me tiro, si Luis, me gusta asolearme, si Luis, el daikiri es mi favorito, si Luis, en la espalda no alcanzo, ponme tú la crema bronceadora, ahora yo a ti. sí Luis, sí. . .

Laura pensaba tan ardientemente que no vió los taxis vacíos y se siguió de largo frente al sitio de alquiler indicado por Silvia. Ca-

hecho, su nombre aparecería en los periódicos, tendría su círculo de adeptos y hoy en la comida, Silvia se sentiría orgullosa de ella porque nada de lo de antes se le había olvidado, ni las rosas de talle larguísimo, ni las copas centellantes, ni los ojos que brillan de placer, ni el champagne, ni la espalda de los hombres dentro de sus trajes bien cortados tan distinta a la espalda enflanelada y gruesa que Beto le daba todas las noches, un minuto antes de desplomarse y dejar escapar el primer ronquido, el estertor, el ruido de vapor que echaba, locomotora vencida que se asienta sobre los rieles al llegar a la estación.

De pronto Laura vió muchos trenes bajo el puente que estaba cruzando, sí, ella viajaría, seguro viajaría, Iberia, el vuelo, la azafata junto a ella ofreciéndole un whisky, qué rico, qué sed, el avión atravesando el cielo azul como quien rasga una tela así cortaba ella las camisas de los hijos, el cielo rasgado por el avión en que ella viajaría, el concierto de Aranjuez en sus oídos, España, agua, tierra, fuego, desde los techos de España, España encalada y negra, en España los hombres piropean mucho a las mujeres guapas ¡qué feo era México y qué pobre y qué oscuro con toda esa hilera de casuchas negras, apiñadas allá en el fondo del abismo, los calzones en el tendedero, toda esa vieja ropa cubriéndose de polvo y hollín y tendida toda es porquería de aire que gira en torno a las estaciones de ferrocarril, aire de diesel, enchapopado, apestoso, qué endebles habitaciones, cuán frágil la vida de los hombres que se revolcaban allí mientras ella se dirigía al Beauty Shop del Hotel María Isabel, pero ¿por qué estaba tan endiabladamente lejos el salón de belleza? Hacía mucho que no se veían grandes extensiones de pasto con casas al centro, al contrario, ni árboles había. Laura siguió avanzando, el monedero de Silvia fuertemente apretado en la mano, primero el cepillo, ahora el monedero. No quiso aceptar una bolsa, se había desacostumbrado, le dijo a su amiga, sí claro, se daba cuenta que solo las criadas usan monedero, pero el paso del monedero a la bolsa lo daría después, con el nuevo peinado. Por lo pronto había que ir poco a poco, recuperarse con lentitud como los enfermos que al entrar en convalecencia dan pasos cautelosos para no caerse. La sed la atenazó y al ver un Sanborn's se metió, al fin Ladies Bar, y en la barra sin más pidió un whisky igual al del Iberia, qué sed, sed, saliva, semen, si su saliva ahora seca en su boca se volvería semen, crearía al igual que los hombres, igual que Beto quien por su solo falo y su semen de ostionería se sentía Tarzán, el rey de la creación, Dios, Santa Clos, el señor presidente, quién sabe qué diablos quién, qué sed, qué sed, debió caminar mucho para tener esa sed y sentir ese cansancio pero se le quitaría con el shampoo de cariño, y a la hora de la comida sería emocionante ir de un grupo a



otro, reirse, hablar con prestancia del libro de poemas a punto de publicarse, el azul le va muy bien, el azul siempre la ha hecho quererese a sí misma ¿no decía el siquiatra en ese artículo que el primer indicio de salud mental es empezar a quererese a si mismo? Silvia le había enseñado sus vestidos azules. El segundo whisky le sonrojo a Laura las mejillas, al tercero descansó y un gringo se sentó junto a ella en la barra y le ofreció la cuarta copa. "Y eso que no estoy peinada" pensó agradecida. En una caballeriza extendió las piernas, para eso era el asiento de enfrente ¿no? y se arrellanó. "Soy libre, libre de hacer lo que me dé la gana".

Ahora sí el tiempo pasaba con lentitud y ningún pensamiento galopaba dentro de su cabeza. Cuando salió del Sanborn's estaba oscureciendo y ya el regente había mandado prender las larguísimas hileras de luz neón del circuito interior. A Laura le dolía el cuerpo, y el brazo en alto, varado en el aire, llamó el primer taxi. Automáticamente dio la dirección de su casa y al bajar le dejó al chofer hasta el último centavo que había en el monedero: "Guarde usted el cambio". Pensó que el chofer se parecía a Luis Morales o a lo que ella recordaba que era Luis Morales. Como siempre, la



puerta de la casa estaba emparejada y Laura tropezó con el triciclo de una de las niñas. Le parecieron muchos los juguetes esparcidos en la sala, muchos y muy grandes, un campo de juguetes, de caminar entre ellos le llegarían al tobillo. Un olor de tocino invadía la estancia y desde la cocina vió los trastes apilados en el fregadero. Pero lo que más golpeó a Laura fue su retrato de novia parada junto a Beto. Beto tenía unos ojos fríos y ella los miró con frialdad y le respondieron con la misma frialdad. No eran feos pero había en ellos algo mezquino, la rechazaban y la desafiaban a la vez, sin ninguna pasión, sin afán, sin aliento; eran ojos que no iban a ninguna parte. Desde ese sitio podía oír lo que anunciaba Paco Malgesto en la televisión, los panquecitos Bimbo, eran muy delgadas las paredes de la casa, se oía todo y al principio Laura pensó que era una ventaja porque sabría siempre donde andaban los niños. Casi ninguno volvió la cabeza cuando entró al cuarto de la televisión imantados como estaban por el Chavo del 8. El pelo de Magda pendía lastimero y enredado como siempre, la espalda de Beto se encorvaba abultadísima en los hombros, —hay hombres que envejecen allí precisamente en el cuello como los bue-

yes—, Gloria y Alicia se habían tirado de panza sobre la alfombra raída y manchada, descalzas, claro. Ninguno pareció prestarle la menor atención. Laura entonces se dirigió a la recámara que nadie había hecho y estuvo a punto de aventarse con todo y zapatos sobre el lecho nupcial que nadie había tendido cuando vió un calcetín en el andén y sin pensarlo lo recogió y buscó otro más abajo y lo juntó al primero: “¿Serán el par?”, recogió el swéter de Jorgito, la mochila de Quique, el patín de Betito, unos pañales impregnados con el amoníaco de orines viejos y los llevó al baño a la canasta de la ropa sucia, ya a Alicia le faltaba poco para dejar los pañales y entonces esta casa dejaría de oler a orines, en la tina vió los patos de plástico de Alicia, el buzo de Jorgito, los submarinos, veleros y barcos, un jabón multicolor e informe compuesto por todos los pedazos de jabón que iban sobrando y se puso a tallar el aro de mugre que solo a ella le preocupaba. Tomó los cepillos familiares en el vaso dentífrico y los enjuagó; tenían pasta acumulada en la base. Empezó a subir y bajar la escalera tratando de encontrarle su lugar a cada cosa. ¿Cómo puede amontonarse en tan poco espacio tantos objetos sin uso, tanta materia muerta? Mañana habría que aerear los colchones, acomodar los zapatos, cuántos, de futbol, tenis, botas de hule, sandalias, hacer una lista, el miércoles limpiaría los roperos, solo limpiar los trasteros de la cocina le llevaría un día entero, el jueves la llamada biblioteca en que ella alguna vez pretendió escribir e instalaron la televisión porque en esa pieza se veía mejor, otro día entero para remendar suéteres, poner elástico a los calzones, coser botones, sí, remendar esos calcetines siempre caídos en torno a los tobillos, el viernes para/

Beto se levantó, fue al baño, sin detenerse siquiera a cerrar bien la puerta orinó largamente y al salir, la mano todavía sobre su bragueta, Laura sostuvo por un instante la frialdad de su mirada y su corazón se apretó al ver el odio que expresaba. Luego dio media vuelta y arrió de nuevo su cuerpo hacia el cuarto de la televisión. Pronto los niños se aburrirían y bajarían a la cocina: “Mamá, a medio día casi no comimos”. Descenderían caracoleando, ya podían oírse sus cascos en los peldaños, y Laura abriría la boca para gritar pero no saldría sonido alguno, buscaría con qué defenderse, trataría de encontrar un cuchillo, algo para protegerse pero la cercarían: “Mamá quiero un huevo frito y yo hotcakes y yo una sincronizada y yo otra vez tocino” levantarían hacia ella sus alientos de leche, sus manos manchadas de tinta y la boca de Laura se desharía en una sonrisa y sus dedos hechos puño, a punto de rechazarlos, engarrotados y temblorosos se abrirían uno a uno jalados por los invisibles hilos del titiritero, lenta, blandamente, cansinamente, oh cuan pero cuan cansinamente. ♪

rafael ruiz harrel

la violación en méxico

Define la violación, el artículo 265 del Código Penal en vigor en el Distrito Federal — y los de otras entidades de la República apenas si varían en su redacción —, como el tener cópula con una persona, sea cual fuere su sexo, mediante la violencia física o moral. Cuando en el delito intervenga sólo una persona como sujeto activo, podrán imponérsele de dos a ocho años de cárcel si el sujeto pasivo es púber. Si fuera impúber, la pena asciende a prisión entre cuatro y diez años. Por último, cuando en la violación intervinieran de manera directa e inmediata dos o más personas, la pena variará entre ocho y veinte años de cárcel para cada una.

La jurisprudencia se ha encargado de disipar algunas de las dudas que deja nuestro Código. Así, no es necesario que la persona violada sea casta, honesta o virgen, y no es necesario, tampoco, para que jurídicamente pueda hablarse de violación que el coito se consuma plenamente, es decir: no es elemento del delito la eyaculación, basta con la penetración parcial. Como podrá suponerse, se estima violación la penetración forzada por cualquier vía: es violación la fellatio o el coito anal logrado por medio de la violencia física, no sólo la penetración vaginal. En esto hay una sola salvedad: el marido que empleando "violencia moderada" — han dicho nuestros Tribunales —, posea a su mujer vaginalmente, no incurre en el delito de violación, pero sí se hace

acreedor a sanciones si la violencia la emplea para poseer analmente a su cónyuge.

Conviene aclarar, finalmente, que el coito con personas menores de doce años o mentalmente incapacitadas se equipara a la violación, aún y cuando no se haya hecho uso de violencia ni física ni moral. Las sanciones se agravan, añadiéndoles de seis a dos años más de cárcel cuando la violación fuese incestuosa, o la cometiere el padrastro en el hijastro o hijastra o el tutor en el pupilo o pupila.

A juzgar por las magras cifras estadísticas de que se dispone, es mínimo el número de violaciones que se cometen en la República: entre 1970 y 1975 oscilaron, al decir de nuestros Anuarios Estadísticos, entre 1569 y 2368 anualmente. Estas cifras, sin embargo, apenas si pueden tomarse en cuenta ya que por una parte es un hecho reconocido por todos los investigadores que la violación es un delito que se reporta bien poco a la policía — hay quienes creen, como Haines, que llegan a ser del conocimiento de las autoridades sólo el 5% del total de violaciones —, y por la otra, los números consignados no son cifras policíacas, o lo que es igual, representativas del número de violaciones reportadas a la policía, sino descriptivas, tan sólo, del número de presuntos delincuentes presentados ante la autoridad judicial.

Un pequeño estudio efectuado en 1971 por quien esto escribe nos permite, no obstante, tener una idea más clara de la magnitud real del problema. Ese año fueron presentados a juicio 291 presuntos responsables de violación, mas la Procuraduría del Distrito declaró que le habían sido reportadas un total de 403 violaciones ese mismo año. Puede suponerse, a grosso modo, que las autoridades aprehienden más o menos al 70% de los presuntos responsables. La impunidad, sin embargo, es mayor en otros estados de la República, y a veces, como sucede por ejemplo en Oaxaca, llega a extremos alarmantes. No resulta excesivo, en consecuencia, suponer que en el resto de nuestro país el número de presuntos responsables presentados a juicio representan apenas la mitad del total de violaciones hechas del conocimiento de las autoridades.

A partir de estos datos y considerando el promedio de presuntos responsables entre 1970 y 1975, puede suponerse que aproximadamente 4,000 violaciones fueron reportadas a la policía cada uno de esos años. Si éstas, como se ha dicho, representan apenas el 5% del total de las que se cometen, resultaría que cada año deben realizarse unas 80,000 violaciones en la República, de las cuales más o menos 10,000 tienen lugar en el Distrito Federal. Estas cifras, por supuesto, son meramente tentativas, pero en términos criminológicos no resultan desmedidas y arrojan un índice de más o menos 125 violaciones por cada cien mil habitantes. El índice de homicidios, por comparación, es diez veces menor: 11.7 por cada cien mil habitantes.

Fuera de estos datos hipotéticos, es bien poco lo que se sabe sobre la violación en nuestro país. Algunos datos de una muestra parcial obtenida en 1971 resultan, sin embargo, interesantes. El grupo de mujeres que más frecuentemente es víctima de este tipo de delitos son las que se encuentran entre los 15 y los 19 años de edad: representan aproximadamente una cuarta parte del total de mujeres violadas — 24.9% —. Le sigue en importancia el grupo de mujeres de 10 a 14 años: son la quinta parte del total — 19.9% —, y luego las que tienen entre 20 y 24 años — 13.5% —, y las que cuentan entre 25 y 29 — 10.0% —. Las violaciones de mujeres que se encuentran en su infancia son también relevantes. En nuestra muestra representaron el 8% del total y la violación ocurrió cuando tenían menos de diez años de edad. A partir de nuestras cifras hipotéticas puede suponerse, así, que cada año son violadas en nuestro país alrededor de 6,500 niñas impúberes.

La violación sigue tendencias semejantes a otros delitos, ya que suele estar también vinculada al consumo de alcohol por parte del delincuente: lo había ingerido en un 48% de los casos. No es de extrañar, así, que sean más frecuentes los sábados — 24.4% —, de

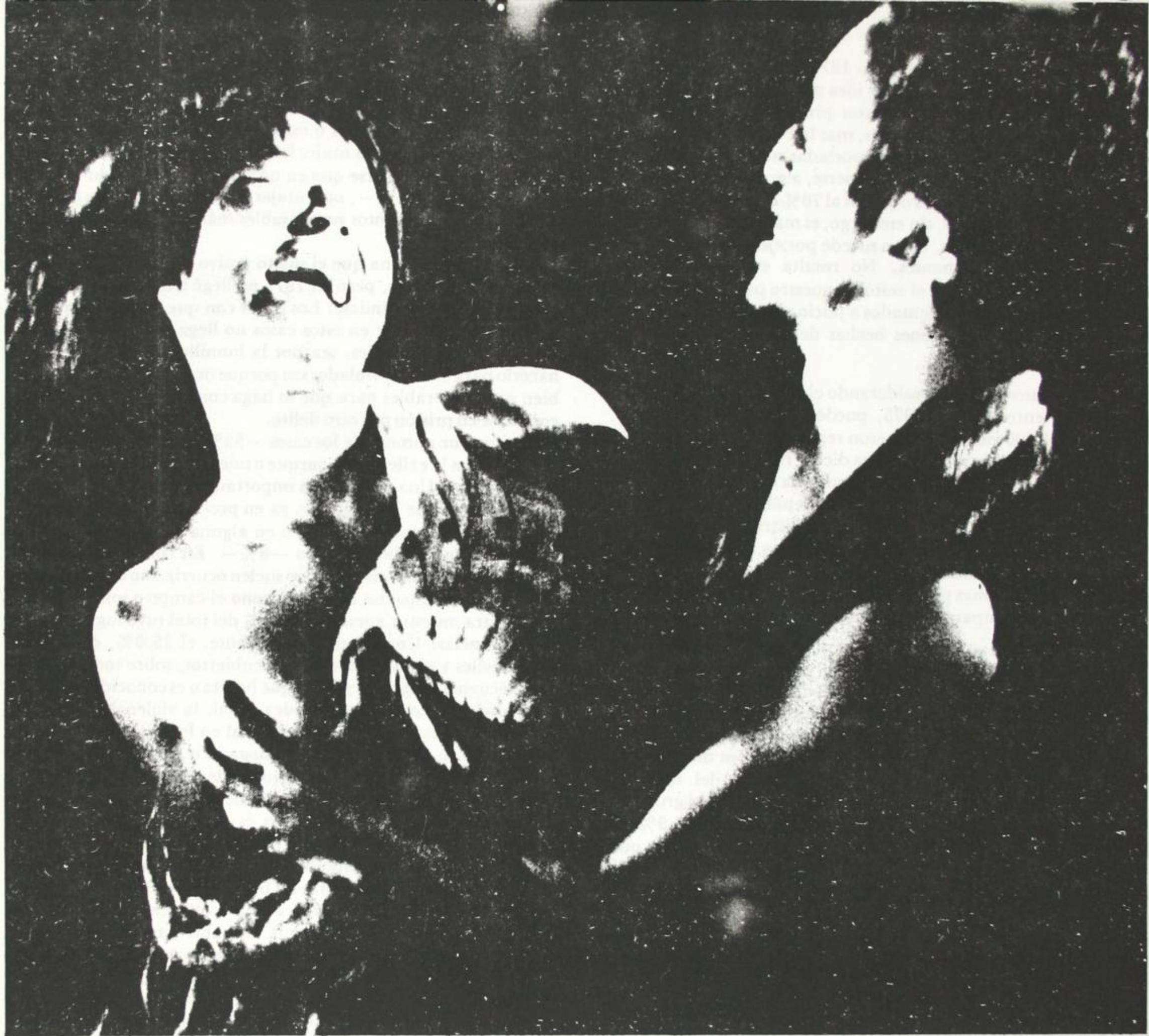
ahí los domingos — 16.0% —, los viernes — 14% —, y sean menos frecuentes los lunes: 8.2%

Es también regla general que la violación sea cometida con la participación activa de dos o más personas. En nuestra encuesta en el 54% de los casos la mujer fue violada por dos o más atacantes. Debe aquí advertirse que en un número restringido de casos — poco menos del 1% —, otra mujer ayuda al asaltante o asaltantes: de dos mil presuntos responsables más o menos 20 suelen ser mujeres.

Nuestra ley consigna que el sujeto pasivo de la violación puede ser también hombre, pero en 1971 no llegó a nuestros tribunales ningún caso de esta índole. Los datos con que se cuenta en otros países confirman que en estos casos no llega casi nunca a informarse a las autoridades, sea por la humillación que implica el hacerlo para el varón violado, sea porque ocurre en circunstancias bien poco favorables para que lo haga como, por ejemplo, el encontrarse en prisión por otro delito.

En el mayor número de los casos — 52% —, la víctima conoce a su ofensor en la calle, en un parque o mientras espera algún medio de transporte. Una proporción importante — 27% — ocurre también en la casa de la víctima y, ya en porcentajes menores, en la casa del delincuente — 7% —, o en alguna reunión o fiesta a la cual la víctima había acudido — 8% —. En contra de una idea muy difundida las violaciones no suelen ocurrir sino en restringida proporción en espacios abiertos, como el campo o solares vacíos. En nuestra muestra apenas el 16.5% del total tuvo lugar en tales circunstancias. Una cantidad semejante, el 15.9%, ocurrió en automóviles y el resto en espacios cubiertos, sobre todo en sitios que frecuenta el agresor y en los que habita o es conocido.

También en contra de una idea usual, la violencia física desmedida no es tampoco la regla general en los casos de violación. En apenas un 30% la mujer es ahogada o golpeada con fuerza suficiente como para ameritar que, además de la violación, se pueda condenar a su agresión por lesiones. En otra tercera parte de los casos lo que ocurre, de hecho, es que la mujer es tentada con alguna promesa y su resistencia es vencida, a lo más, con alguna bofetada. En el tercio restante las víctimas suelen ser tratadas con rudeza y aún golpeadas, mas no brutalmente. La intimidación, en consecuencia, más que física es psicológica: casi el 90% de nuestras entrevistadas señaló que las había paralizado el terror. Los reportes policíacos de otros países parecen confirmar el hecho, ya que en el 62% de los reportes médico-legales la mujer que declara haber sido violada no muestra más señales que lo confirmen que la presencia de semen en la vagina o síntomas de que ha tenido actividad sexual. Sólo en el 38% restante hay lesiones o



contusiones, externas o internas, que den evidencia del daño que acaba de sufrir.

En la violación parece tener poca influencia la proporción de mujeres sexualmente acequibles que haya para el violador. Así, por ejemplo, Kinsie ha demostrado que no hay una correlación negativa entre la prostitución y la violación y que es falso suponer que mientras más difundida se encuentra la primera menos frecuente es la segunda.

Este hecho, al menos históricamente, ha conducido a numerosas explicaciones teóricas, de naturaleza psicoanalítica y psiquiátrica, sobre el carácter del violador. Se ha dicho, así, que es un "enfermo mental" que tiene una libido extraordinariamente poderosa y, en consecuencia, incontrolable (Freud, Fenichel); se nos informa que el violador está atacando, de hecho, a la figura materna o a una distorsión de tal figura (Abrahamsen); se nos habla de traumas infantiles, como el haber presenciado una relación sexual entre sus padres (Glueck, Rabinovitch); o el haber llegado a creer, como consecuencia, que todo acto sexual es de hecho una agresión que tiene el macho hacia la hembra pasiva (Karpman); se nos dice que es un deseo inconsciente de negar deseos homosexuales latentes que lleva al violador a actuar de manera desmedida y agresivamente masculina (Karpman) y se nos informa, por último, que además de perversiones, de conflictos no resueltos, de inmadurez emocional, el violador es un retrasado mental (Rabanovitch) y en lo que toca a su cociente intelectual se encuentra siempre al fondo de la escala (Bowling, Guttmacher y Wiehofen).

Por desgracia estas explicaciones dejan mucho que desear en todos los órdenes. Metodológicamente son inaceptables porque incurren en razonamientos tautológicos o circulares, la ambigüedad de la terminología permite suponer confirmadas hipótesis contradictorias, o tomar como parte de la evidencia hipótesis destinadas a explicarla. En cuanto a la violación adolecen de varios defectos. Uno, insuperable, es que descansan exclusivamente en el estudio de poblaciones penitenciarias, a partir de las cuales es inútil intentar generalización alguna sobre la psicología del delincuente. Otro, igualmente grave, es que distan mucho de explicar los datos con que se cuenta, como la violación tumultuaria o la naturaleza aparentemente epidémica que adquiere en ciertos estratos sociales.

Muchos más sensato parece ser el suponer que la violación es el resultado de un aprendizaje que se efectúa en lo que ha dado en llamarse, siguiendo a Wolfgang y Ferracuti, "subculturas de la violencia". Es un hecho que hay clases y sectores sociales en los que se favorecen ciertas respuestas ante las dificultades o las frustraciones. Hay, en México, una "subcultura del machismo", en la cual se supone que la hombría implica necesariamente agresi-

vidad, violencia para tomar lo que se desea sin medir las consecuencias o considerar a los demás. En un medio ambiente social de esta índole, en el cual se supone que el débil es siempre victimable, no tiene nada de extraño que llegue a verse en la capacidad de intervenir en una violación un signo positivo, casi loable.

Quizá no está de más señalar que tales núcleos subculturales son creados, por igual, por hombres y mujeres. En un estudio preliminar efectuado en el noroeste del Valle de México sobre el machismo descubrimos en 1974, para nuestra sorpresa, que eran más en proporción las mujeres —53%— que consideraban que estaba bien que "su hombre" las golpeará cuando habían hecho algo que a él no le gustara, que los varones que contestaron afirmativamente a la pregunta —49%—.

La violación, por supuesto, se da en todos los sectores sociales, pero por desgracia es todavía un hecho más frecuente —en proporción—, en las zonas urbanas en las cuales la miseria y la ignorancia se aunan a concepciones violentas sobre los roles del hombre y de la mujer.

Hoy en día la conciencia pública está más al tanto de la violación. Se la denuncia con más frecuencia; hay más referencias a ella en los diarios y en las conversaciones sociales. Parte de esta saludable inquietud ha sido auspiciada por nuestro incipiente movimiento feminista. Ojalá y la preocupación se extienda no sólo a los sectores más desprotegidos, al grado de que cambien los elementos que hoy constituyen nuestra "subcultura del machismo", sino también, y fundamentalmente, a las autoridades encargadas de resolver el problema. Hay razón de inquietud y preocupación cuando en un país, de 80,000 violaciones que suceden anualmente, sólo 1,500 de los responsables llegan a ser sancionados. Se trata de menos de dos de cada cien. Al parecer a nuestras mujeres puede atacárselas impunemente. J



ana valdemoro

crimen contra las mujeres

Hay un acto de violencia que solamente los hombres pueden ejercer contra las mujeres, o contra ellos mismos: utilizar sus genitales como instrumento de agresión. La violación es una prerrogativa masculina, y es, sin lugar a dudas, un acto que convierte a toda mujer en víctima. La violación siempre ha existido, su historia ha sido desmentida, trivializada, deliberadamente ocultada. Los hombres nunca la han considerado un crimen, ni la han visto con horror; sólo ha sido a lo más un delito, casi un "accidente natural", en la cotidiana convivencia de los sexos.

Las implicaciones económicas que la violación ha tenido en otros tiempos ha ido desapareciendo. Ya no se trata del caso del hombre de una tribu que viola a la mujer de otra tribu para asegurársela como esposa o la violación como el robo al padre de la virginidad de su hija, con el consecuente perjuicio económico dentro del mercado matrimonial; Como dice Brownmiller: "...la violación fue primero y antes que nada una violación de los derechos MASCULINOS de posesión, basados en requerimientos MASCULINOS de virginidad, castidad, y consentimiento a las relaciones privadas, dentro del contrato matrimonial"... Las mujeres no han contado nunca.

Al principio la violación significó la destrucción de la virginidad fuera del contrato matrimonial. Al continuar los ataques contra

las mujeres casadas se extendió la ley a las no-virgenes, para defender la castidad de las esposas. Hoy en día la violación tiene una definición técnica: la penetración del pene en la vagina. Esta definición es muy estrecha y no toma en consideración que el ataque sexual no se limita a la cópula genital forzada, ya que la invasión puede ocurrir por la boca o por el recto. Aunque el pene es el arma favorita del violador, no es el único instrumento utilizado: palos, botellas, dedos, etc. Son sustitutos comunes. La humillación sufrida por la penetración oral o rectal no es exclusiva de las mujeres; aunque la violación es fundamentalmente una agresión contra las mujeres, algunos hombres han vivido en carne propia los ataques de sus compañeros.

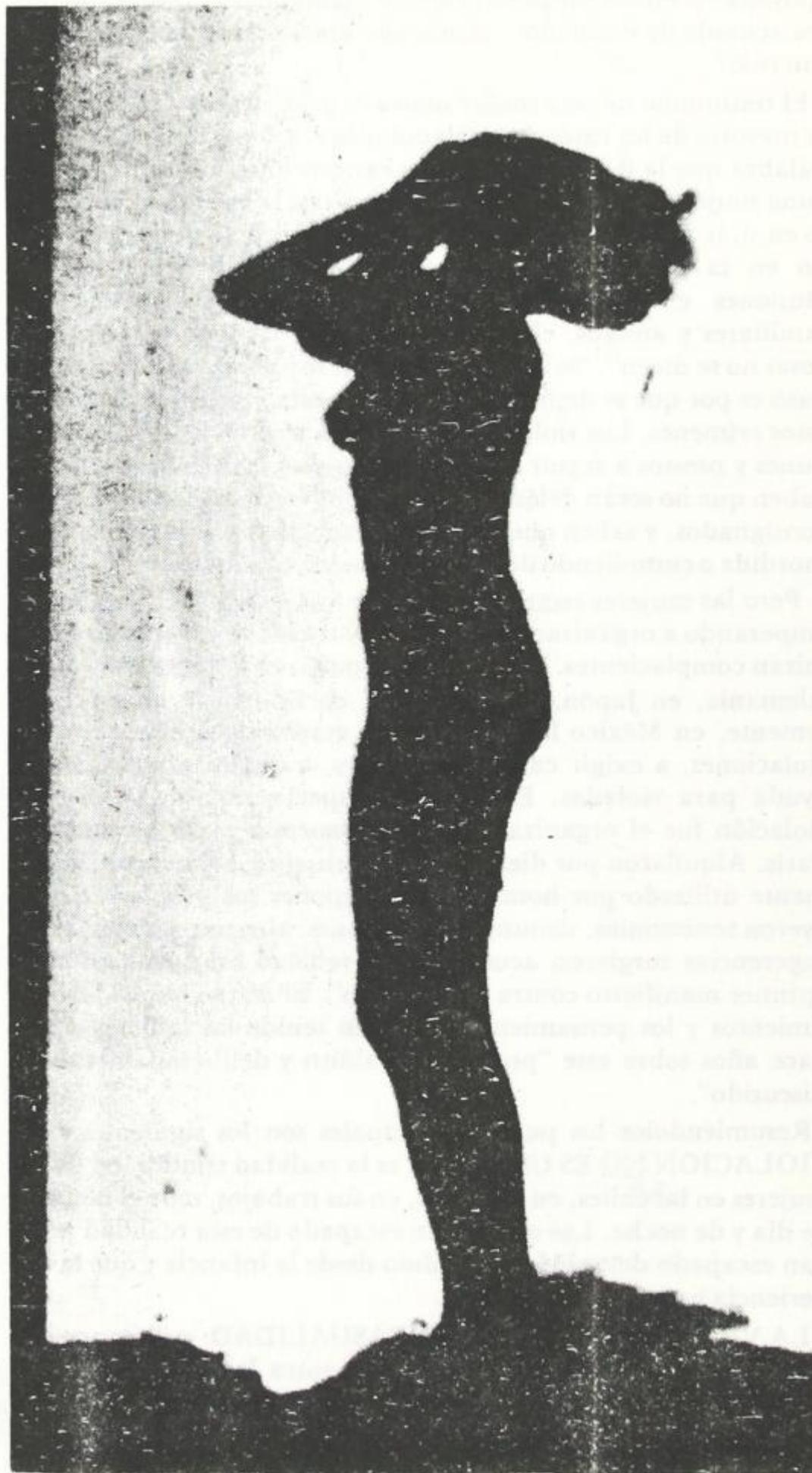
La violación no ha sido tomada en serio ni por los legisladores ni por los "guardianes del orden". Una mujer que denuncia una violación es tratada como delincente, se sospecha de ella ("si la violaron fue por que lo provocó...") y hasta se le acusa de haber consentido ("en el fondo a todas les gusta que las monten"). Tiene que haber luchado y presentado resistencia para que se considere violación, no es tomado en cuenta el pánico que pueda haber sentido. Se cuestiona su vida sexual pasada y se hace un juicio moral sobre su persona ("si ya lo hizo antes y con tantos, de que se queja por uno más") o ("es una fácil, ella se lo buscó"). En

caso de ser virgen se duda de que no haya estado de acuerdo ("si de verdad tenía ese "tesoro" hubiera luchado hasta la muerte por defenderlo"). La víctima se convierte en cómplice, en incitadora, en mentirosa, en difamadora. Como dicen muchos hombres: "no se puede violar a una mujer si ella no quiere". Y las mujeres violadas contestan: "Me amenazó con matarme si no me dejaba así como no me iba a dejar", "Me dijo que si no accedía iba a buscar a mis hijos a la escuela y secuestrarlos", "Me dijo que si yo no me dejaba despertaba a mi hija y la violaba", "Me amenazó con desfigurarme la cara con el cuchillo que traía", "Me dijo que me cortaría los pechos", "Me amenazó con una pistola", "Me agarraron entre dos... entre tres... entre cuatro... entre ocho..." Mujeres golpeadas salvajemente, mujeres violadas inconcientes ya de los golpes, mujeres violadas drogadas, amenazadas, aterrizadas, ... y los hombres dicen que no se puede violar a una mujer si ella no consiente. ¡JA!

"Pensé que si no me dejaba por las buenas podía matarme, por eso no ofrecí resistencia". Ah! entonces "consintió". Nadie cuestiona que en un asalto uno entregue sus pertenencias sin pelear, ni por esto se considera que uno "colaboró" con el asaltante. Pero las mujeres violadas que no se "defienden" son sospechosas; elementos que, como el pánico y el terror, son tomados en cuenta en un asalto, aquí no valen. "Una mujer decente lucha hasta la muerte", dicen los hombres mientras se cruzan sonrisitas.

La cuestión de si una mujer consiente ser violada está reforzada por ideas populares que se expresan en dichos como: "si te van a violar, relájate y gózalo". La ideología patriarcal invade hasta los intelectuales de izquierda, que piensan y actúan igual que un chofer de Villa Obregón y anexas. Ejemplo de esto es el connotado marxista Ludovico Silva, que dice que: "violar un dogma es algo tan común como violar a una doncella: hay quejas, pero hay placer". Decir que a las mujeres les puede causar placer la violación es situarse en el nivel de los argumentos que dicen que a los obreros les gusta que los exploten o que a los esclavos les gustan los latigazos; porque si no les gustaran, ni las mujeres se dejarían violar, ni los obreros explotar ni los esclavos dar de latigazos.

La violación es un acto brutal, una invasión a la integridad física y psíquica, y su fin último es humillar, desposeer, degradar e imponer un poder físico sobre una persona. Ningún ser humano que tenga dignidad y se respete podrá obtener placer en esta situación. Pensar que las mujeres puedan hacerlo significa que no son consideradas personas dignas, sino meros receptáculos sexuales, que con sólo ser penetradas logran su placer. Esto además ha servido como justificación para muchos violadores. El caso más aberrante se da en la "civilizada" Inglaterra donde, en Abril de 1975, la "House of Lords", que es la corte de apelación criminal más alta



en toda Inglaterra, decido que si un acusado creía en verdad que la mujer estaba consintiendo, aunque esa creencia no estuviera apoyada en razones reales y la mujer testimoniara lo contrario, no era acusado de violación. A esta aberración se la llamó la "morgan rule".

El testimonio de una mujer nunca es prueba contundente; y en la mayoría de los casos si el violador niega la violación, vale más su palabra que la de la mujer. No es extraño entonces que casi ninguna mujer declare ser violada. Además de la humillación del acto en sí, le siguen el "examen ginecológico" practicado por un cerdo en la delegación, el cuestionamiento policíaco, lleno de alusiones e injurias, las miradas conmiserativas y burlonas de familiares y amigos, el reproche explícito o tácito de que "esas cosas no se dicen", "si le pasó eso, mejor se hubiera callado", "si le pasó es por que se dejó", etc. etc. Y, de esta manera, se silencian estos crímenes. Los violadores, anónimos o conocidos, siguen impunes y prestos a seguir atacando a mujeres, a niñas, a ancianas, Saben que no serán delatados, saben que en caso de serlo no serán consignados, y saben que en caso de caer presos, saldrán con una mordida o cumpliendo dos meses de buena conducta.

Pero las mujeres están indignadas y furiosas. Y hartas. Y están empezando a organizarse, a luchar contra los violadores y los que miran complacientes. En Italia, en España, en Estados Unidos, en Alemania, en Japón, en Inglaterra, en Francia y, más recientemente, en México las mujeres han empezado a denunciar las violaciones, a exigir cambios en la ley, a organizar servicios de ayuda para violadas. El acto más espectacular en torno a la violación fue el organizado por las francesas el 26 de junio en París. Alquilaron por diez horas la Mutualité, salón tradicionalmente utilizado por hombres para exponer sus problemas, y se oyeron testimonios, denuncias, soluciones, alternativas etc. De las sugerencias surgieron acuerdos y se redactó un documento, el "primer manifiesto contra la violación". El texto resume los sentimientos y los pensamientos que han tenido las mujeres desde hace años sobre este "problema maldito y deliberadamente no discutido".

Resumiéndolos los puntos principales son los siguientes: **LA VIOLACION NO ES UN MITO:** es la realidad cotidiana de las mujeres en las calles, en sus casas, en sus trabajos, todo el tiempo, de día y de noche. Las que se han escapado de esta realidad no se han escapado del miedo aprendido desde la infancia y que la experiencia ha reforzado.

LA VIOLACION NO ES UNA CASUALIDAD: es la expresión de la violencia permanente ejercida contra las mujeres en una sociedad patriarcal. Todo hombre es un violador en potencia. Las mujeres están expuestas a agresiones sexuales manifiestas o dis-

trazadas todo el tiempo. La cacería de mujeres está abierta todo el año, 24 horas al día.

LA VIOLACION NO ES CASTIGADA COMO UN CRIMEN CONTRA LAS MUJERES: cuando se la considera delito es cuando se ejerce contra la propiedad de un hombre. El acceso de los hombres al cuerpo de las mujeres está limitado sólo por la presencia de otro hombre. La mujer sin amo es propiedad de todos.

LA VIOLACION NO ES UNA LEY DE LA NATURALEZA: es un acto psíquico y/o cultural que sirve de fundamento a la sociedad patriarcal. Esta sociedad no puede vivir sin la apropiación y explotación del cuerpo de las mujeres y de sus fuerzas de producción. Por la necesidad de legitimar esa apropiación, el patriarcado ha producido el mito absurdo de la sexualidad masculina, incontrolable, irreprimible y "viril".

LA VIOLACION NO ES UN DESEO NI UN PLACER PARA LAS MUJERES: cuando una mujer dice que no, no es que quiera decir que sí, es que NO. La sexualidad masculina busca justificarse fabricando una sexualidad femenina, pasiva y masoquista, enteramente sometida a la iniciativa de los hombres. Eso permite persuadir a los hombres (y a veces a alguna mujer) de que la violación puede ser provocada, buscada, consentida y ¿por qué no? fuente de placer. Algunos dicen que la violación no es violación.

LA VIOLACION NO ES UN DESTINO: las mujeres no quieren ser violadas y tienen miedo de serlo. Los hombres coinciden para justificar la violación. Los de derecha dicen que la violación es un acto de psicópatas, de alcohólicos, anormales, obsesos sexuales y degenerados. Los de izquierda explican que la violación es el resultado de la miseria sexual.

Este manifiesto, mimeografiado, fue repartido por las calles. La prensa, el radio y la t.v. difundieron la noticia y la terrible denuncia de las mujeres llegó a todas partes. "Violador escucha, las mujeres están en lucha", la consigna fue pintada por las paredes, las casetas de teléfonos, los escaparates, por todas partes. Una protesta y una exigencia de justicia enarboladas por miles de mujeres que se deciden a dar la cara y a comenzar una lucha.

También en México las cosas están cambiando. Los grupos feministas están organizando actos de denuncia sobre la violación. Se empieza a hablar de este tema escabroso y de mal gusto. Una duda empieza a asaltar a las buenas conciencias "Y si la violada fuera mi mujer, mi madre, mi hija?" El riesgo que cotidianamente corren miles de mujeres en las zonas populares se está extendiendo a las que viven en colonias "buenas" o "elegantes". Las violaciones en la universidad, en la zona rosa, en la colonia del



valle, y en las lomas están creciendo. Es fácil hacerse el desentendido cuando ocurren en la colonia Obrera o en Netzahualcóyotl, es fácil aceptar "lo irremediable" cuando le ocurre a una muchacha que viene del campo a trabajar de sirvienta y es violada por el hijo del patrón. Es fácil, y vergonzoso, y cruel, que solo cuando les toca de cerca las buenas conciencias se indignen y salten sobre el violador. Pero, ¿quién se preocupa de las niñas violadas brutalmente a la salida de una escuela oficial en la colonia Gertrudis Sánchez? ¿quién se preocupa por las sirvientas despedidas por estar embarazadas del "niño" de la casa?, ¿quién se indigna por el abuso sexual que sufren las mujeres trabajadoras, meseras, cajeras, obreras, empleadas, etc.? El derecho de pernada, una sutil forma de violación, todavía está vigente en algunas fábricas, comercios, oficinas, donde el jefe (o el capataz, delegado sindical, etc) abusa de su situación de poder exigir a sus empleadas que se acuesten con él. ¿Eso no es violación?

Será necesario, como piensan algunos, que las hijas de la burguesía sean violadas para que los detentadores del poder modifiquen la ley?. No, el problema no es de ley, es un problema estructural, es la manifestación de lo enfermo que está este sistema patriarcal y capitalista en que vivimos. La lucha la tenemos que dar todas las mujeres en alianza con los demás grupos opri-

midos, y será una lucha larga y difícil. La meta es cambiar de sistema, lograr una sociedad donde no existan ni el hambre, ni la explotación, ni la injusticia, ni las violaciones de toda índole que ocurren ahora. Pero aunque hay que luchar por eso, se pueden realizar una serie de reformas que traerían beneficios inmediatos a las mujeres. Una de estas reformas sería una modificación al código penal y un real cumplimiento de la sentencia para los violadores; también la humanización de los procedimientos de investigación ginecológica, y un asesoramiento y terapia para las mujeres violadas.

Esto sólo se podrá lograr en la medida que se reconozca el problema, que las mujeres violadas tengan la seguridad de ser oídas y tratadas con respeto y justicia; y para lograrlo sólo hay un camino, que todas las mujeres, violadas y no violadas, luchemos unidas por ello. ♪



denuncia

México, D. F., a 16 de agosto de 1977.

Señor Licenciado José López Portillo,
Presidente Constitucional de los
Estados Unidos Mexicanos,
Palacio Nacional.

Señor Presidente:

Las mujeres abajo firmantes protestamos ante usted enérgicamente por los delitos que agentes de la policía cometieron contra la integridad física y emocional, contra derechos humanos elementales y propiedades de las ciudadanas francesas MIREILLE GOMESSIAT y MICHELE PUJOL, de 28 y 24 años de edad, estudiantes de arte en La Sorbona, quienes vinieron a nuestro país hace un mes y medio con el objeto de hacer investigaciones para su tesis de maestría en arte mexicano.

El pasado 5 de agosto, cerca de las 12 de la noche, mientras esperaban un taxi, un automóvil rojo, sin placas, con antena en el techo y un aparato radio receptor en el interior, se detuvo ante ellas; del auto bajaron dos individuos, y uno de ellos con pistola en mano las obligó a subir al coche. Les cubrieron los ojos y las llevaron a un paraje solitario no muy lejos de la Ciudad de México, fuera de la carretera; ahí las violaron, tras obligarlas a desnudarse. Previamente las habían despojados de sus mochilas, que contenían, además de efectos personales, dinero y documentos, tres valiosas cámaras fotográficas y relativos accesorios que utilizaban en su trabajo. Cerca de las 2 de la mañana, los agresores dejaron a sus víctimas en la Calzada de Tlalpan.

Al levantar el acta relativa en la Delegación correspondiente, las jóvenes fueron sometidas a un examen ginecológico denigrante para cualquier mujer, y para entregarles copia del acta mencionada, se les pidió dinero.

Señor Presidente: Protestamos por esta violación que significa un atropello a los artículos 3o., 5o., 8o. y 13o. de la Declaración Universal de los Derechos Humanos, y a los artículos 1o. y 16o. constitucionales; violación que nos afecta a todas las mujeres y que, por haber sido valientemente denunciada, puede hacerse pública. Todos los días ocurren casos similares; pero las víctimas — por temor a la opinión pública, a la propia familia y al rechazo de las autoridades responsables — no se atreven a denunciarlos.

Protestamos por la actitud indiferente o ultrajante de las agencias del Ministerio Público hacia las mujeres que acuden a pedir justicia en caso de violación.

Protestamos por la baja penalidad que nuestros códigos penales estipulan para los delitos de rapto, estupro y violación, y por la escasa o ninguna aplicación de las sanciones.

Protestamos porque los encargados de protegernos son los primeros en agredirnos.

Solicitamos gire usted sus superiores instrucciones a las autoridades competentes a fin de que se castigue a los delincuentes, cuya descripción se encuentra en la averiguación previa 12a./1876/977. Asimismo solicitamos se restituya a las víctimas de sus propiedades robadas por los agentes de la policía.

Solicitamos que México cumpla efectivamente con el compromiso contraído con la Organización de las Naciones Unidas de respetar la Declaración Universal de los Derechos Humanos y las Resoluciones relativas a la mujer adoptadas por la Asamblea General, el Consejo Económico y Social y la Comisión de la Condición Jurídica y Social de la Mujer de la ONU, y ratificadas por México. Creemos, señor Presidente, que el compromiso con los organismos internacionales contraído por México, en el sentido de velar por la seguridad de la mujer, debe ser algo más que un concepto.

Exigimos que se haga un revisión del título XV del Código Penal del Distrito y Territorios Federales, con el objeto de presentar al Congreso de la Unión una Iniciativa de ley para reformar los artículos relativos a delitos sexuales — artículos 260 a 276 del mencionado Código — y que la comisión que se encargue de elaborar el estudio esté formada por mujeres abogadas, psiquiatras, psicoanalistas y trabajadoras sociales. Es ridícula la pena que hoy se impone a quien comete el delito de violación, en relación al daño que causa a la mujer violada en su integridad física, su estabilidad emocional y su dignidad humana.

Muy atentamente.

Consejo Editorial de la Revista FEM: Lourdes Arizpe, Alalde Foppa, Margarita García Flores, Marta Lamas, Carmen Lugo, Beth Miller, Margarita Peña, Elena Poniatowska, Elena Urrutia; Unión Nacional de Mujeres: Anilú Elías; Coalición de Mujeres: Mireya Toto; Consejo Nacional de Mujeres Arquitectas e Ingenieras de México: Nelly García Bellizia; Revista Cihuat: Nelly Wolf, Silvia Pandolfi; La Revuelta: Esperanza Brito de Martí, Clara Elena Molina, Verónica Rascón, Rocío Peraza, Ranny Rabel, Dulce María Pascual, Teresa Lagunes, Alba Guzmán, Mariclaire Acosta, Rosa Elena Montes de Oca, Rosa María Villarello, Silvia Tirado, Elena Azaola, Nancy Cárdenas, Ma. de Lourdes Rosas, Olivia Benavente, Graciela Hierro, Graciela Carminatti, Margo Glantz, Elvira Gascón, Esperanza Bolland, Cristina Valencia, Socorro Díaz, Marta Acevedo, Ma. Isabel Cámara, Antonieta Rascón, Sara Lovera, Malkah Rabel, Concepción Germández, Ruby Betancourt, Sol Arquedas, Ma. Romana Herrera, Dora Ma. del Angel, Yolanda Ibarra de Zepeda, Georgina Vázquez Rivera, Rosa B. Joyner de Ramírez, Aurora Mancilla de Carmona, Rebeca Mercado, Ma. Juli Guerra, Martha Beatriz Ulzúa C., Yolanda Canabal de S., Ma. Isabel Sáez Espínola, Diana Rozensfaig, Ma. Elena Sáenz F., Guadalupe Villela, Gloria López, Rosa María Roffiel, Susana Mailer, Lita Paniagua, Teresa Rendón, Mercedes Pedredo, Teresa Donny, María Shelley, Raquel Tibol, María Eugenia Pastrana, Aurora Castillo Vite, Lic. Ana María Colín, Lic. Ma. Teresa Alonso, Lic. Ana Elena Marín, Lic. Ma. Antonia Tejada, Lic. Nivia Bello, Lic. Ma. Teresa Romero Noguereón, Maribel Ríos, Julieta Valentina García Méndez, Socorro Kuri, Dra. Hilda Díaz Marroquín, Ma. del Carmen García Colorado, Profra. Concepción Rivera Guzmán, Profra. Minerva A. Gil, Profra. Amira Madera, Profra. Evangelina Arana, Ma. Luisa Becerril Straffond, Soledad Tapia Jiménez, Palmira Volkof, Ma. del Pilar Díaz de Flores, Isabel Díaz de Vlady, Angelina del Valle Fuentes, Ma. Emilia Martínez Negrete, Ma. Elena Torres, Ramona Valencia, Profra. Bertha Nava.

C.C.D.

Ms. Helvi Sipilä

Assistant Secretary General for Social Development and Humanitarian Affairs,
Naciones Unidas, T. Plaza 4-1270
New York, N.Y. 10017.

Embajadora Ana Sixta de Quadros

Presidenta de la Comisión de la Condición Jurídica y Social de la Mujer.

ECOSOC.

Palais des Nations

Géneve, Suisse.

Ms. Fanny Edelman

Presidenta de la Federación Internacional Democrática de Mujeres
18 Unter den Linden, 108.
Berlin, Germany.

Ms. Elizabeth Gaultier, Fed. Int. Mujeres Abogadas

40 Rue de la Bienpaissance
75008 Paris.

margarita nolasco

el niño que se llevó el viento

Ayer robaron en casa de Silvia. Ella vive en Las Aguilas, Ciudad Nezahualcóyotl, con sus suegros, junto a la casa de sus padres. Silvia se acaba de casar y ella y su esposo, gracias a su trabajo, lograron comprar algunos enseres y aparatos domésticos. Silvia, mujer moderna, entra a trabajar a las 9.30 hrs., por lo que tiene que levantarse a las 5 de la mañana. Hace dos horas o dos horas y media de Cd. Nezahualcóyotl a Churubusco, donde trabaja, y gasta \$5.40 en cada viaje si decide tomar camión y metro (\$2.20 cada camión y tiene que tomar dos para llegar al metro, donde paga un peso más), o le cuesta \$12.20 el viaje si decide tomar un pesero (\$2.20 de un camión, \$9.00 del pesero y \$1.00 del metro). Silvia tiene horario discontinuo, por lo que cuenta con dos horas diarias para comer y sale a las 18.30 horas. Por supuesto, en dos horas no tiene tiempo de regresar hasta su casa, por lo que come cualquier cosa en los mercados cercanos (\$20.00 diarios en promedio), o prefiere esperar hasta las nueve o diez de la noche en que regresa a su casa para comer bien.

¡El regreso es un tormento! En el metro tiene que protegerse contra los ladrones; en la estación Zaragoza, si no se pone lista, corre el peligro de ser arrollada por la multitud, o, peor aún, ¡y a estas horas es peor aún!, de no poder bajarse del

metro y tener que seguirse tres o cuatro estaciones más, según la muchedumbre, para después rehacer el penoso camino en sentido contrario. Hay que hacer cola para el camión o el pesero sobre la gran calzada, y llegando a su parada, atravesar la calzada, cada día más peligrosa, para abordar el camión que la llevará cerca de su casa, a eso de las nueve de la noche. Y a esa hora, si no hubo retrasos, caminar por las oscuras, tortuosas y lodosas callejuelas hasta su hogar. Silvia gasta en viajes y en comidas unos \$37.60 diarios, y eso que procura tomar sólo una vez al día pesero, y el resto arreglárselas con los camiones. Ocupa de 4 a 5 horas diarias para ir y venir de su trabajo.

Pero Silvia es privilegiada. Ella gana \$4,400.00 mensuales, de los que recibe, después de los descuentos, unos \$3,800.00 y gasta alrededor de \$750.00 al mes en pasajes y comida del medio día, por lo que le quedan todavía \$3,050.00 mensuales. Silvia vive en Las Aguilas, una colonia popular de Cd. Nezahualcóyotl, trabaja en Churubusco y hace buena parte de sus compras en La Merced.

“Los que me robaron, dice Silvia, son los paracaidistas de los arenales encharcados, esos a los que usted llama “marginados de las ciudades perdidas”, y que en realidad son una bola de mugrosos que se fueron a poner a un lado del Caracol de Sosa”.

El Joy acaba de cumplir 22 años y Marta ya va para los 25. Tienen cuatro hijos, pero el primero no es del Joy ("Pos a la mejor, dice Marta, es de mi padrastro"). La semana pasada les fue bien y les fue mal. El Joy consiguió trabajar cinco días seguidos descargando piedra, y tuvieron para comer todos los días y eso estuvo muy bien. Pero sopló aire y se llevó al niño pequeño, y eso estuvo mal. "Ya no se que hacer con el niño, dice Marta, si lo pongo en el petate o sobre la mesa lo muerden las ratas, y si lo cuelgo del techo, como lo estaba haciendo, viene el viento, se vuela la lámina y se lleva al niño. Luego nomás lo revuelca, pero ahora creo que se le rompió un huesito, porque se queja y se queja y trae chueca su patita. Lo llevamos para el General (Hospital de la SSA), pero nos pidieron su nombre, y no lo hemos llevado a registrar porque no tenemos dinero, y no tiene nombre. Luego nos pidieron para la consulta. Pos mejor nos fuimos".

El Joy se juntó con el compadre que consigue "chances" de vez en cuando, y con otros dos cuates más decidieron ir a una casa. . . Le dieron una tercera parte a las "madrinas" (supuestos policías que los protegen), otra al compadre que organizó el "chancesito" y el resto se lo dividieron entre el Joy y los otros dos cuates.

Llevaron al niño al consultorio de la iglesia, ahí le enyesaron la piernita, le pusieron una inyección y le dijeron a Marta que le diera leche todos los días.

Marta gasta unos \$20.00 al día en frijoles, habas y tortillas. Compra también algo de jitomate y de chile. Si puede, recoge el jitomate del basurero del mercado. Cuando el Joy trabaja y gana hasta \$100.00 diarios, Marta compra arroz, sopa de pasta y hasta algo de carne. También compra alcohol para el chinguere (limonada con alcohol) y limonadas para los niños. Marta procura que el alcohol les dure, porque cuando no hay alcohol el Joy se pone de malas. Desde que anda con el Joy se han cambiado unas 10 o 12 veces de lugar. Primero estaban por el cerro de La Villa, luego se fueron para El Peñón y hace como un año se vinieron para acá, porque un amigo les avisó que aquí estaba libre. Están junto al agua salada del caracol de la fábrica de Sosa de Texcoco, por lo que cuando llueve los niños se mojan los pies y se les pelan. El Joy dice que están bien ahí, porque nadie se mete con ellos, no tienen que alinearse con Doña Celia (que ahora es diputada), ni aguantar a los estudiantes que van a verlos como si fueran animales de Chapultepec.

Marta fue dos años a la escuela y puede leer, pero le cuesta mucho trabajo escribir. El Joy no fue a la escuela, tenía que



trabajar parchando llantas con su papá. Cuando los corrieron, el Joy se fue para Acapulco, pero se regresó porque allá le fue remal y hasta estuvo un año en la cárcel. Se juntó con Marta y "pos nomás vamos saliendo, unas veces con las chambas que me caen y otras con los "chancesitos" que consigo".

La ciudad perdida en que viven Joy, Marta y sus hijos no tiene nombre. No hay agua entubada ni drenaje. No tienen escuelas, clínicas o médicos cerca. No hay calles ni luz eléctrica. No hay, no hay, no hay. . . , o no tienen, no tienen, no tienen. . . ¿Qué necesitan?, ¿qué es lo que ellos piden?: "empleos, o, de perdida, "chancesitos" como el de casa de Silvia".

A Silvia, a quien le robaron, le tocó pagar la curación del niño sin nombre al que el viento se llevó. Pero así es esta cosa de los pobres, las ciudades perdidas y los marginados. ♪

elena urrutia

alicia en el país de las represiones

Parecerá arbitrario retener solamente dos párrafos del capítulo de Freud "Nuevas aportaciones al psicoanálisis" y, más concretamente, de su conferencia sobre "La feminidad".

Cerca del principio, luego de una cita de Haine, dice Freud a su auditorio: "Tampoco vosotros, los que me oís, os habréis excluido de tales cavilaciones. Los hombres, pues las mujeres sois vosotras mismas tal enigma".

Hacia el final de la conferencia añade: "Esto es todo lo que tenía que decir sobre la feminidad. Es, desde luego, incompleto y fragmentario, y no siempre grato. Ahora bien: no debéis olvidar que sólo hemos descrito a la mujer en cuanto su ser es determinado por su función sexual. (. . .) Si queréis saber más sobre la feminidad podéis consultar a vuestra propia experiencia de la vida, o preguntar a los poetas, o esperar a que la ciencia pueda procuraros informes más profundos y más coherentes".

Pienso en un poema para tres voces de Sylvia Plath, *Tres mujeres*, y en un Auto Profano de Hugo Hiriart, *La ginecomaquía* para cuatro voces. A los poetas, señala Freud, se les debe preguntar. También sugiere consultar la experiencia de la vida.

Hablar de erotismo, de sexualidad de la mujer — "ese enigma" — es hablar de la represión de que ha sido objeto; y lo mejor es dejar a las mujeres hacerlo con su propia voz.

Así, he reunido a cuatro Alicias que aceptaron relatar sus experiencias personales. "Con la ayuda de la grabadora", escribe Oscar Lewis, "las personas sin preparación, ineducadas y hasta analfabetas pueden hablar de sí mismas y referir sus observaciones y experiencias en una forma sin inhibiciones, espontánea y natural". Sólo la segunda parte es cierta en este caso, pues ni he recurrido a la grabadora — para las entrevistas empleo, más artesanalmente, papel y lápiz — ni se trata de "personas sin preparación, ineducadas y hasta analfabetas". Las cuatro Alicias son universitarias y ésto por una razón muy sencilla: necesitaba yo de mis entrevistadas una verbalización lo más precisa posible, que manejaran elementos de racionalización para no caer en inefables respuestas como las de "Tongolele" a Elena Poniatowska en reciente entrevista: "— Y la sensualidad, señora, ¿qué piensa usted de ella?" — "Bueno, la sensualidad es muy interesante como sensación. (Suspira muy hondo). No tengo palabras. no sabría contestarle". — "Y el erotismo, ¿cuál es su opinión acerca del erotismo?"

— "(De nuevo suspira muy hondo). Es muy interesante pero tampoco me gusta si el erotismo es de tipo morboso."

Las cuatro Alicias se inscriben en otras tantas generaciones perceptibles, tal vez, por el lenguaje y, seguramente, por su distinta

manera de verse y ubicarse en el mundo que las rodea.

Pero dejemos hablar a las Alicias:

ALICIA 1

Un mismo chico y la misma escalera son el personaje y el escenario de dos situaciones cuyas consecuencias dejan en mí recuerdos profundamente desagradables.

Tenía yo catorce años y un novio que me atraía mucho. Nos veíamos furtivamente. Cierta día me acompañó hasta mi casa y en esa escalera, que desembocaba en la entrada del departamento donde vivía yo con mis padres, nos despedimos con un beso siendo sorprendidos por una maestra que me daba clases particulares. Era una mujer fea y vieja que decía quererme y admirarme. Siguió una escena en la que, exaltada, me llenó de reproches pretendiendo hacerme ver la bajeza cometida. Yo, "que era un ser excepcional y no podía caer en tales suciedades". Todo esto mezclado con un intento de besos y caricias llenos de lujuria que me asquearon, pero que fui incapaz de revelarlo a mis padres. Era para mí una situación angustiosa que no tenía salida. A veces pensaba que lo único que podría solucionarla sería su muerte, pero a la vez me sentía culpable por tener tales deseos.

Este amor, este noviazgo que tuvo si acaso cinco encuentros y que estalló, se hizo público ante mis padres en la escalera de nuevo. Mi padre nos vio besarnos, y al entrar a casa se desencadenaron los regaños, los reproches. Prácticamente yo lo traicionaba con mi conducta. Yo era indigna. Por otro lado — decía — era yo un ave de paso expuesta a la codicia de los hombres (vivíamos en el extranjero), sin tener hermanos ni primos que me protegieran, que me respaldaran (fui hija única).

Se decidió que mi situación era extremadamente peligrosa, que había que sacarme del ambiente y determinaron mandarme a un internado de religiosas, en otro país.

La mujer aquella, mi exmaestra, me enviaba flores por correo y cartas encendidas que las madres leyeron (censuraban por supuesto la correspondencia de sus alumnas) y enviaron a mis padres. Curiosamente, en esto no vieron un signo negativo en sí, pensaban que era un muchacho amparado bajo un seudónimo.

Pero esta actitud de ellos, de mis padres, de ver cómo una cosa terrible y pecaminosa este noviazgo, a este muchacho común y corriente al que, en medio de mi atracción hacia él, no dejaba yo de juzgarlo como eso: muy común y corriente, esta actitud no era nueva. De muy niña fui reprendida si me oía mi padre cantar canciones populares, desde luego todas de amor: "son vulgaridades", decía.



del mundo, no digamos de la sexualidad expresa, sino del amor y, desde luego, del lenguaje del amor.

La contradicción de mi vida es que teniendo en permanencia requerimientos, posibilidades, los momentos de realización sexual se dieron sólo más tarde debido a estos condicionamientos externos e internos. Pero aún tardíamente, siempre con limitaciones. Yo no podía disociar la idea del placer y del goce sexual de lo sentimental, de lo afectivo, de lo intelectual. Cada encuentro era en cierta forma un conflicto que planteaba por un lado la atracción que yo sentía por tal hombre pero al que fríamente consideraba que no era "el hombre".

A los 20 años me enamoré platónica y profundamente. Fue una experiencia amorosa en la que pudieron romperse todas mis inhibiciones pero la represión interna seguía siendo muy fuerte. Tengo la sensación del enamoramiento como de un sentimiento que se fortalece en la medida en que no se consuma. Fue un amor sentimental muy enriquecedor, sobre todo intelectualmente hablando. Sobrevino el traslado de mi familia a otro país, y a la comunicación inicial por cartas siguió el abandono epistolar.

Las circunstancias hicieron que yo permaneciera después al lado de mi padre (mis padres vivían con frecuencia separados), que hiciera para él las veces de ama de casa, y esto traía consigo un redoblar sus celos hacia mí. En mi padre se daba la situación de macho celoso, muy mujeriego además, que proyectaba sus relaciones con otras mujeres muy directamente hacia mí. Para mi madre, con una educación absolutamente puritana, todo lo sexual es algo sucio. Yo creo que vivió siempre una frigidez total y, muy naturalmente, un rechazo a lo sexual.

Mi suegra tiene expresiones como "los hombres con sus porquerías". Se considera que ellos tienen instintos "raros" y es natural que les den cauce. En cambio, las mujeres que desahogan esos instintos son unas "putas".

Todo ese ambiente te condiciona para vivir muy mal tus propias experiencias. Siempre estás entre el deseo y el pecado, el placer o la promesa del placer y la culpa, lo indebido. Y como consecuencia en mí, yo veo todos esos noviazgos fragmentados, estas escisiones de lo sexual y lo sentimental con sensaciones muy intensas, además, en la medida en que son escasas.

En medio de ser esa niña, adolescente y joven cuidada y protegida, iba y venía yo de casa de mi padre a la de mi madre, o a la de algún amigo de ellos o pariente, pasando temporadas aquí y allá, y así tuve algunas ocasiones de escapar a su vigilancia.

Mi primera experiencia sexual la tuve con un hombre que había conocido dos horas antes. A pesar de que yo sabía a lo que iba, lo hice como quien va al sacrificio. Fue casi como una violación. Ahora le doy una interpretación psicoanalítica y pienso

to pero yo me tiro, me desperdicio. Este objeto que soy lo echo por la ventana".

Y a pesar de la atracción que sentía por él, no fue placentera la experiencia, no hubo ninguna sensación de gozo. Todo era muy sórdido. Guardaba yo una actitud distante, fría, en la que no dejaba de tener cierta piedad por él. No tuve, sin embargo, el sentimiento de perder mi virginidad. Consideraba yo que ése no era más que un valor social. Sí, en cambio, tuve el terror varios días de haber quedado embarazada. Para terminar esta historia, al día siguiente me propuso matrimonio y yo me rehusé diciéndole: "Una tontería no justifica hacer una segunda tontería". Nunca más nos volvimos a ver.

Hay una situación que he vivido siempre: no te atreves a pedir pero tampoco te atreves a rechazar. Esto confirma la idea de la pasividad femenina pero — y creo que esto es muy importante — es preciso deslindar hasta dónde la mujer actúa así como un imperativo de su naturaleza y hasta dónde lo hace repitiendo algo que ha aprendido, que le ha sido impuesto desde afuera y que ella, la mujer, lo ha hecho propio.

Antes de casarme tuve relaciones muy breves; la guerra por un lado, mis limitaciones por otro. Hubo una relación muy buena y muy fugaz. La primera en que pude decir "esto sí es". La guerra la truncó.

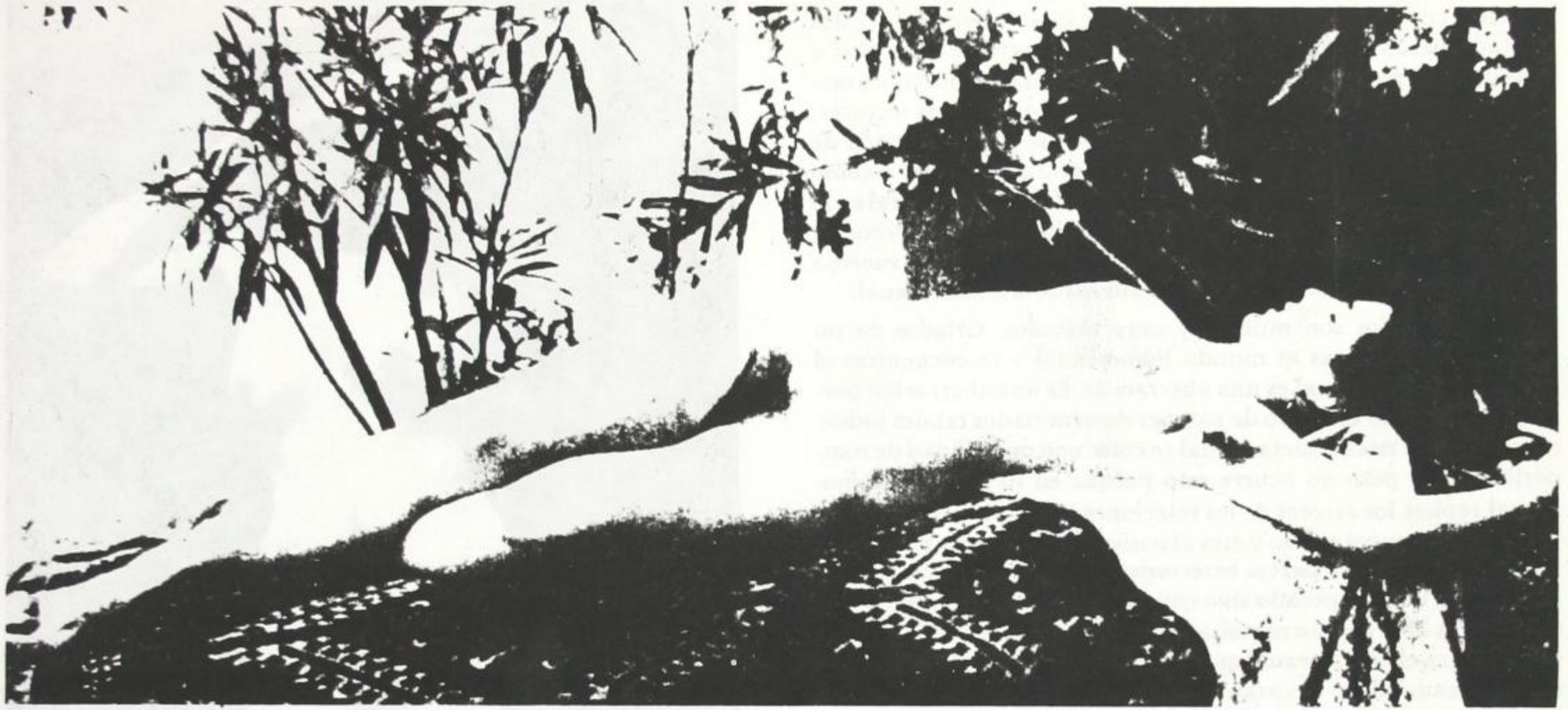
En las demás guardo el sentimiento de que uno es un objeto, uno no importa ni interesa.

Más tarde tuve un aborto. Al volver a quedar embarazada, sin estar casada, yo quise tener mi hijo. La experiencia del aborto había sido muy dolorosa en todos sentidos. Y aquí entra de nuevo la contradicción: mis gentes tan católicas proponían y aceptaban el aborto; en su defecto, plantearon el matrimonio con un hermano del padre para cubrir las apariencias; un matrimonio que no bien celebrado iba a deshacerse inmediatamente.

En suma, mi vida sexual ha sido muy escasa, llena de sobresaltos, de encuentros fugaces.

¿Qué puedes poner en claro? En la medida en que haces como prohibidas las cosas, todo lo haces muy mal. Hay esa idea retórica de que el fruto prohibido es más apetecido. Yo si creo que disfrutas más pero creo, sobre todo, que en el conjunto falsea: que por un lado inhibe y por otro puede cargar de valor lo que no tiene. Supongo que a mí me salvó en cierta forma mi lucidez intelectual.

Yo sentía mis inhibiciones claramente como el producto de una educación en la que el sexo es algo de lo que no se puede hablar. No compartía, sin embargo, la idea de que es algo sucio. Me parece admirable; como que salga el sol todos los días. Y creo que el desmitificar el sexo es una forma más sana de encararlo.



A todo esto, creo que es muy difícil poner granos de sexualidad sin vincularlos con la vida.

ALICIA 2

Creo que mi caso es el de miles, por no decir millones de mujeres que crecen en un ambiente católico de represión sexual; y creo que hacerle a una eso de niña es terrible porque todas tus primeras inquietudes sexuales físicas las sientes como una maldición. En suma, mi infancia y adolescencia fueron iguales a las de todas las niñas porque yo no tuve conciencia de mi inclinación homosexual sino hasta por ahí de los 17 años.

Soy de una ciudad pequeña del Norte. No es ni Saltillo ni Monterrey que son muy reaccionarias, pero sí tiene el mismo ambiente de represión tanto en la lucha de clases como en la sexualidad. No sentimos mucho la vecindad con Estados Unidos porque somos el sur del norte; el mío es un pueblo de caciques.

La relación con mis hermanos es muy vaga; son mucho mayores que yo; no participaban en mi vida, no había comunicación con ellos. Soy casi única, casi como hija sola.

¿Si me abrieron brecha? Suavizaron a mi papá; me encontré a alguien ya muy domado; además, un niño chiquito atrae más la

ternura, y conmigo se fueron abriendo un poco más las costumbres.

En mi casa son católicos pero no practicantes; bastante liberales. No me mandaban a la Iglesia y sin embargo mis recuerdos más oscuros están ligados con la religión. A los nueve años de edad te hacen ya sostener la idea de que todo lo sexual es un pecado, es algo oscuro y prohibido. Y cuando hacia los 14 o 15 años te dejan al pretendiente ya has acumulado tal cantidad de represión y autorepresión que es difícil establecer una relación sana con un muchacho que igualmente ha sido reprimido.

Así, todos mis primeros contactos con varones no me fueron satisfactorios; y también es claro que nunca me enamoré. Entonces no lo sabe uno, pero cuando te enamoras la primera vez comprendes, ¿no? Y la primera vez que me enamoré fue de una mujer. Claro, tuve una crisis, pero la fuerza del amor siente uno que ayuda para vencer la autoimposición represiva. En mi caso, la desgracia estuvo en que la mujer de la que me enamoré, que tenía 10 años más, era incluso más reprimida que yo, y en esas condiciones no pudo ella ayudarme a vencer mis limitaciones. Era lesbiana completa, así se había sentido desde siempre; yo no, yo hasta los 17 o 18 años.

La educación opera como una limitación que funciona lo mismo para heterosexuales que para homosexuales pero mucho más en las mujeres, en las mujeres en su relación de cualquier índole. Estás limitada para el juego sexual. De ahí esa especie de tendencia a considerar lo espiritual como supremo y lo sexual como bajo; y esto lesiona mucho porque desnivela tu desarrollo. Muchas lecturas, mucha música culta, muchas exposiciones de pintura y nada de trabajo interno. No hay una integración entre lo que lees y cómo vives. Lees sin escandalizarte una gran cantidad de material en lo que se refiere a la vida sexual, pero tú no lo vives, ni lo comprendes. De ahí que releo a Shakespeare, o Lope, o Valle Inclán y los vuelvo a descubrir porque ahora sí entiendo la fuerza de la pasión sexual.

Los obstáculos son muchos y muy variados. Criados en un medio sexista, entras al mundo homosexual y te encuentras el mismo sexismo, lo cual es una aberración. Es una aberración porque en principio el hecho de romper determinados tabúes judeo-cristianos con tu conducta sexual te coloca en posibilidad de romperlos todos, pero no ocurre esto porque en tu relación homosexual repites los errores de las relaciones heterosexuales, porque una repite el papel activo y otra el pasivo, y se hace una pareja con todas las lacras de la pareja heterosexual. Y a fin de cuentas no te libras de la idea de pecado sino con un fuerte trabajo interno que te lleve a la idea de que necesitas liberar tu cuerpo. Creo que es lo mismo para el heterosexual que para el homosexual. Pero además el homosexual tiene la carga de que va "contra natura", y esto le impide conseguir una realización íntima profunda. En realidad yo la he conseguido a los cuarenta años, porque si bien antes me liberé de muchas creencias que reprimen la sexualidad femenina, no fue sino hasta que empecé a leer documentos del Gay Internacional cuando pude llevar a cabo en realidad mi liberación interna.

Esta liberación interna ha sido quizás el acto más estimulante de toda mi vida porque me permitió integrar mi personalidad y dejar de lado cualquier posibilidad de neurosis y de locura. Desde entonces cualquier cosa que hago la hago toda entera, y la potencia personal aumentó extraordinariamente: mi capacidad de trabajo, mi capacidad de disfrute sexual, mi capacidad de amar. Y me encuentro a los 40 años amando con una intensidad de ser humano, de ser humano sano, no de neurótico. Esto, claro, amplió mi sensualidad también terriblemente, y de un acto sexual realizado oscuramente, sintiéndome aborto de la naturaleza o, en el mejor de los casos, una neurótica inmadura, he pasado a sentirme parte del orden, parte de la belleza, parte armónica de la naturaleza.

Creo que se puede conseguir mucho antes el desarrollo integral si la sociedad no es represiva, se puede alcanzar más rápidamente



El cuerpo humano es un instrumento de expresión y de comunicación. La sexualidad es una fuerza que nos conecta con el mundo y con los demás. Es una fuerza que nos permite vivir plenamente y experimentar la vida en toda su plenitud.

la madurez, y la madurez fundamentalmente es el desarrollo de todo tu potencial a un mismo nivel. Son las presiones sociales las que retrasan la madurez y en el caso de los homosexuales es muy claro, muy concreto. No puedes sentirte un monstruo o un fenómeno y alcanzar la madurez. Los homosexuales que dicen tener un alma femenina o masculina en un cuerpo del sexo contrario están profundamente enfermos. Yo siempre me he sentido mujer y aspiro a reunir en mí toda la agresividad y la fuerza que se consideraba exclusiva de los varones y toda la ternura y la suavidad que se consideraba a su vez exclusiva de las mujeres; creo que si no aspiramos a eso nos quedamos siempre en proyecto de seres humanos.

ALICIA 3

Soy hija de una familia de clase media; padre intelectual de ideas avanzadas (marxista) pero cuya liberalidad, desgraciadamente, no alcanzó a su familia. Incluso en la época de mi niñez, cuando los comunistas abogaban por el amor libre, fue precisamente cuando el puritanismo de mi padre respecto a su esposa y a sus hijas se hizo más acentuado, quizá para diferenciarnos de sus "camaradas" mujeres que, obviamente, representaban otra cosa. Tal vez incluso, además de compañeras de lucha, las consideraba mujeres devaluadas por mantener relaciones sexuales extramaritales.

En mi hogar jamás se habló de sexo y mis hermanos y yo investigamos los misterios de la maternidad por prácticas usuales: pláticas con compañeros de escuela. Recuerdo que yo tenía la idea de que un hijo se hacía después de varias relaciones sexuales, algo así como un proceso de fabricación al que el padre aportaba algo durante la gestación.

Pese al marxismo paterno fui educada en la religión católica. Al hacer mi primera comunión se me hizo saber que los enemigos del hombre son el mundo, el demonio y la carne; sobre todo la carne. Lo del mundo y la carne no lo pude entender nunca: para mí el mundo era el planeta Tierra, y la carne, un plato que comía cotidianamente.

Estuve interna tres años en una escuela de monjas norteamericanas. Posteriormente ingresé a una universidad y me hice marxista, una marxista tan puritana y reprimida como lo era mi padre.

Me casé a los 24 años, siendo virgen y con una idea muy vaga acerca de las relaciones sexuales exitosas; me preocupaba mi virginidad; recuerdo que al regreso del viaje de bodas pensaba que no había sido desflorada porque nunca sangré. Después me preocupó mucho la cuestión sexual. A los meses del matrimonio empecé a sentir repugnancia por el sexo. Al quedar embarazada,

mi marido no volvió a tocarme y a mí me pareció normal. Nunca hablé del tema tabú. Mi marido es también un profesional culto, sensible, exitoso. Para mí fueron cada vez más importantes las relaciones sexuales; sabía que no era frígida y lograba, a veces, excitarme un poco pero nunca jamás sentí alguna satisfacción con mi marido.

A menudo tenía sueños eróticos pero la excitación desaparecía cuando despertaba; cada vez me convencía más de que yo tenía la culpa de que las cosas no marcharan. Nunca me percaté de que mi marido —otro marxista puritano— tenía eyaculaciones precoces y que esa era la causa de mi insatisfacción. Yo, experta en cuestiones de economía internacional, integración regional, etc., no sabía que la eyaculación precoz era un síndrome de impotencia. Mi marido tiene un aspecto tan viril que ni pensarlo.

Después de tener tres hijos, todos debidos a un milagro, mis relaciones se volvieron inexistentes. A los 28 años era una vieja amargada, envejecida prematuramente. Me refugié en mi trabajo: 14 horas diarias; ahí conocí a un hombre de mi profesión, más joven que yo, con el que inicié una relación en uno de tantos viajes de trabajo que hicimos juntos. Yo ya bebía mucho; esa noche bebí bastante, pero la impresión que me hizo el primer orgasmo de mi vida es algo inenarrable. De ahí en adelante se estableció una relación intensa entre él y yo; nuestras relaciones sexuales estaban cargadas con toda la represión que atávicamente ambos aportábamos a la relación, especialmente yo.

Fue descubrir la vida. ¡Pero cómo dejar a mi marido, un hombre lleno de atributos y de cariño para mí y los hijos! Fui desarrollando una culpa que me agobiaba. Tanto más cuanto sentía imposible romper con el amante. Eso me llevó a una depresión que culminó con un intento de suicidio. Un verdadero intento de suicidio. Y de ahí al psicoanálisis. Y de ahí al lento y doloroso descubrimiento de la verdad: mi marido era impotente y era obvio que jamás haría algo por remediarlo. Tengo la impresión de que su propia impotencia le hace sentirse puro. El sexo sucio no significa nada para él. Pero yo era una mujer de 30 años que acababa de descubrir mis propias potencialidades vitales a las cuales no podía ya renunciar. El divorcio era la solución adecuada. Intenté la separación aunque, por el tono de nuestras relaciones, tan respetuosas, nunca le traté frontalmente el asunto. El siempre ha creído que soy una neurótica y está dispuesto a perdonarme un poco.

La separación no resultó; nuestra familia es realmente una buena familia. Resolví racionalizarlo: mi marido llena una necesidad, mi amante, otra. No tengo idea si mi marido conoce mis relaciones; hace años que no me toca, aunque diariamente duerme abrazado a mí. A veces siento que es imposible que no se en-

tere, otras pienso que no le afecta el problema, otras, que para él no existe el sexo; creo que tampoco para mí, no lo sé.

Hace más de 10 años que mantengo relaciones con mi amante y aunque no son ya tan apasionadas como al principio, siguen siendo maravillosas; además somos camaradas y, aunque tenemos diferente origen, nacionalidad, cultura, etc., mantenemos un buen nivel de comunicación. Cuando hacemos el amor hablamos largamente, a veces trabajamos juntos en algún documento en la cama, desnudos. Yo disfruto todo eso y aunque tengo ahora 47 años, disfruto plenamente de la vida, me siento aún joven y estimulada para poder desarrollar mi trabajo que es extenuante. Me siento vital y sé que puedo dar y que sé recibir. Con todos los problemas que conlleva mi situación, me digo honestamente que ha valido la pena. ¿Cuántas mujeres no tuvieron la oportunidad de descubrir la alegría del sexo y el placer más genuino que existe en esta vida? ¿Cuántas han soportado un marido ignorante, torpe o impotente como el mío por las presiones sociales y familiares? Pude haber sido una de ellas; entonces me felicito por mi infidelidad.

ALICIA 4

Yo viví una doble situación en mi infancia: Mi madre había empezado a leer libros de psicología en los que se planteaba que había que dejar a los niños masturbarse sin culpa, que era lo natural, y por otro lado, estaba la actitud de mi madre en cuanto a que, aunque los libros lo establecieran ella estaba interiormente, si no en contra, sí con cierto rechazo. El ambiente familiar era teóricamente liberal pero yo era muy consciente de estar cometiendo una infracción, no un pecado, pero sí algo que ponía incómodos a mis padres. Además, el medio influía. Me crié dentro de la tradición que establece que el sexo, unido al amor y al matrimonio, podía ser algo bueno o agradable, pero faltando alguno de los elementos se convertía en un acto delictuoso.

Lo que más recuerdo en esta primera etapa es a mi madre, que estaba más en la casa, y que llegó en ocasiones a abrir la puerta de mi recámara cuando yo estaba masturbándome, y cerrarla inmediatamente con un claro sentimiento de embarazo.

Mi padre intervino ya en la adolescencia, o sea, cuando había una honra que cuidar y una virginidad que proteger; y siento que pesó mucho en mí.

A los 16 años tuve mi primera relación amorosa, con toda la desaprobación paterna, y que me llevó a un intento de relación sexual frustrado, yo creo, por todo el condicionamiento. Pedro y yo decidimos tener relaciones sexuales y nunca las pudimos consumir, primero, porque yo estuve muy azotada pensando si me

iba a respetar al no ser ya virgen y, después, por la pura ignorancia e incapacidad adolescentes, tanto de él como mía; también muy condicionados por los miedos: casi no nos podíamos ver. Teníamos media hora solos en un lugar y con el miedo de que te cacharan, la incomodidad del lugar, el miedo de quedar embarazada, el miedo que tenía él de lastimarme, hicieron que no se consumara. Curiosamente, creo que ha sido la relación donde sentí más intensamente el erotismo; era un conflujo de circunstancias: la adolescencia, el primer amor, el miedo, la presión ambiental. Fue todo un descubrimiento: el descubrirnos uno al otro, el descubrir el sexo.

En un momento en que este chico y yo tronamos, mis padres decidieron mandarme a estudiar a Estados Unidos. Mi padre para entonces estaba en E. U.; y la tarde antes de la mañana en que tengo que tomar el avión, se aparece este chavo para decirme que siempre sí me quiere, que no tronemos, y me propone que pasemos la noche viendo las estrellas en un rancho de su padre en San Luis Potosí.

Me voy con él dejándole un recado a mi madre en el que le explico que regreso al día siguiente para tomar mi avión. Se nos descompone el coche y nos pasan todas las cosas que te puedas imaginar, regresando justo a tiempo para tomar el avión: mi madre llorosa, yo azotada. Esa noche en San Luis Potosí tampoco hubo una relación física. Pasamos la noche juntos viendo las estrellas.

Al llegar a Estados Unidos salgo a cenar con mi padre y le comento así, con mucha naturalidad e inocencia, que pasé la noche con Pedro, siendo la respuesta de mi padre de una violencia impresionante. Regresamos al hotel y ahí, por primera vez en mi vida, me dio una cueriza que me dejó marcadas las piernas durante tres o cuatro meses.

Yo le decía: papá, no me acosté con él, si quieres llama a un ginecólogo que me revise. El, en medio del furor, le habla por larga distancia a mi madre diciéndole que nos regresamos a México al día siguiente y, llegando, me encierra en un convento de monjas en Nayarit. Al mes de estar en el convento, después de negarme a asistir a misa y similares, de leer a Bertrand Russell y tener una foto de Trotsky en vez de crucifijo, me ocurre una experiencia alucinante. Nunca sabré si fue una alucinación mía o una broma de las monjas — me inclino más por lo primero —, pero el hecho es que se me apareció el diablo. Acto seguido entro en un conflicto existencial, religioso-existencial si quieres. Yo no creo en Dios pero he visto al diablo, y si el diablo existe Dios existe. Por lo tanto tengo que creer en Dios, lo cual como marxista me resultaba una aberración. Pero acabé cediendo ante la evidencia. Esto me llevó a tener una fe impresionante, al grado que se convirtió en algo así como "el milagro del convento". Yo ya iba a dedicar mi vida a Dios; mi vida tenía un sentido y eso era una señal de Dios. Como

imaginarás, llegó a oídos de mi padre que me vino a sacar del convento con la misma velocidad con la que me metió. Es importante hacer notar que cuando estaba en el convento me habló Pedro por teléfono y le eché todo el rollo de que yo era esposa de Cristo. Sublimé la relación y renuncié a Pedro por la vocación religiosa, vocación que me debe haber durado alrededor de seis meses ya salida del convento y que cayó por su propio peso en la confrontación con la realidad.

Después del convento tuve varios meses de libertad; me dediqué a viajar por Israel y los Países Arabes con mi virginidad totalmente intacta gracias a que mi amor por Pedro había renacido y me conservaba para él.

Al año siguiente que regresé a México. Tenía yo 18 años; volvió a instalarse la vigilancia paterna con rituales de chaperón y horarios muy rígidos. Volvió a tronar mi relación con Pedro y poco tiempo después conocí al que sería mi primer marido. Lo conocí en un proyecto de investigación de campo al que mis padres me habían dejado ir porque él era el director y le habían pedido que me cuidara.

Me llevaba 15 años y era un muchacho muy bueno que se enamoró de mí que era una loca absoluta, al grado que cuando me fue a pedir en matrimonio, mi madre se opuso diciendo que yo estaba muy loca, que tenía que psicoanalizarme primero porque

si no le iba a dar muchos dolores de cabeza. Sin estar enamorada, y fundamentalmente por tener una buena relación amistosa y por la necesidad de salir del yugo de mi padre, tan autoritario, fue que decidí cambiar de "amo", un amo menos autoritario y más bonachón. Nuestro matrimonio duró muy pocos meses, 7 u 8; una relación a veces de papá consentidor y niña chiquita, y a veces de mujer cabrona con él, en donde las relaciones sexuales jugaban un papel nefasto; eran la manzana de la discordia en la relación. Nos casamos con el sobreentendido de que a mí "eso" no me gustaba mucho y de que con el tiempo y sus apapachos iba a mejorar el asunto, cosa que no ocurrió y sí fue deteriorándose cada vez más. Yo, las relaciones sexuales las vivía como una imposición; no sentía nada y me sabía frígida, y él empezó a insultarme por eso. Paralelamente yo me seguía masturbando y era muy consciente del rollo freudiano que me catalogaba como neurótica, inmadura e histérica por mi preferencia clitoral.

En '68, aparte de las diferencias emocionales o conyugales que había entre nosotros, surgieron las políticas. El que era mi mejor amigo desde las épocas de Pedro se convirtió en mi constante compañero en la grilla política y en las pintas, y al poco tiempo me sentí enamorada de él.

Mi marido no estaba en México en ese tiempo y mi puritanismo era tal que fui incapaz ni siquiera de besarme con Alvaro hasta que no hablara con Gustavo, mi marido, y le expusiera mi deseo



planteé las cosas, me fui con Alvaro; a los pocos meses me concedió el divorcio.

Mi relación con Alvaro fue casi una reivindicación en el plano sexual de todo lo que no había tenido ni con Pedro ni con Gustavo. Me sentía de nuevo muy enamorada y Alvaro me gustaba muchísimo sexualmente pero, sin embargo, seguía yo sin sentir el famoso orgasmo vaginal. Esto me pesaba muchísimo, pues mientras había sido frígida con un hombre al que no quería no me había importado mucho, era como lógico, pero ya en esta segunda ocasión, en que estaba enamorada, significaba que era frígida sin salvación. Además, se complicaba el asunto, pues al haber hablado con Alvaro de mis problemas sexuales, éste me presionaba con su preocupación y poco a poco empecé a mentir fingiendo satisfacción.

Decidimos tener un hijo y tuvimos relaciones durante todo el embarazo hasta horas antes de que naciera. A los cinco meses del bebé nos separamos.

Meses después un excompañero de escuela apareció en mi vida y se enamoró perdidamente de mí. Intentamos hacer una relación que fracasó una vez más por el aspecto sexual. Se dio el mismo fenómeno que con Alvaro: al hablar yo de mi problemática sexual él se sentía en la obligación de curarme. Después de esa relación habré tenido unas 7 u 8 más, en el curso de 3 años, y cada una se prolongaba dos o tres meses hasta que era inevitable el acueste, que se realizaba con bastante desagrado de mi parte.

Paralelamente a mis deprimentes experiencias sexuales una doble transformación se estaba efectuando en mí: por un lado, un psicoanálisis empezado a raíz del nacimiento de mi hijo y por otro, mi descubrimiento del feminismo. Ambos, psicoanálisis y feminismo, me ponían en contacto con mis deseos, mis miedos y mis realidades.

En 1972 descubrí un artículo que cambió totalmente mi vida sexual y que se llama "el mito del orgasmo vaginal", de Anne Koedt; éste me remitió a Masters y Johnson y empecé a estudiar algo de conducta sexual y respuestas sexuales. En análisis yo le había preguntado varias veces a mi analista qué onda con el orgasmo vaginal y clitoral, y él se había limitado a recitarme el dogma freudiano. También me decía que sus pacientes mujeres le confesaban que ellas sentían los dos orgasmos. A mí me impresionó mucho la ignorancia tanto de ginecólogos como de psiquiatras respecto a la sexualidad femenina, y el daño que hacen por esa ignorancia.

En mi caso fue por los escritos del movimiento de liberación de la mujer y las pláticas en mi pequeño grupo feminista por lo que llegué a cuestionarme críticamente toda la ideología tra-

ditional respecto a la sexualidad femenina y que me puse a investigar la bibliografía científica al respecto.

Ya en 1974, psicoanalizada y feminista, me topé con Felipe, un hombre no macho ni partícipe de esta ideología sexual tradicional, cosa que es muy rara en este país, con el que inicié una vida sexual sin esquemas preconcebidos y con mucha comunicación y confianza.

Al darme cuenta de la cantidad de mitos y mentiras respecto a la sexualidad, y a cómo ésta se ha convertido en una mercancía más en esta sociedad de consumo, me he ido interesando en hacer estudios y dar conferencias. La respuesta ha sido impresionante. Ha surgido la evidencia de la ignorancia y la represión sexual en la que vivimos; cómo la alienación que padecemos en todos los campos priva también en el sexual; cómo la sexualidad se ha reducido a una genitalidad y ha perdido su sentido original de goce; y cómo se utiliza para otros fines; cómo el sexo es utilizado para reafirmar el ego, para degradar a otra persona y hasta para rehuir una comunicación, una relación emocional.



Según la clasificación de Freud, derivada de su ensayo *De la sexualidad femenina*, que distingue tres tipos principales de mujeres: aceptadoras, renunciadoras y reivindicativas, de las cuatro Alicia ninguna forma parte de las renunciadoras. Tal vez — y visto sólo externamente, pues no se llegó a ahondar en todas las entrevistas en la materia cualitativa de la sexualidad — tal vez la primera y la tercera podrían considerarse como aceptadoras y las otras dos como reivindicativas, aunque manifestando estas últimas su categoría de tales desde posiciones diferentes.

Pero, en verdad, creo que no es importante en este caso la clasificación; menos aún la calificación que Freud les da a unas y a otras de "normales" o "anormales"; la ciencia, desde entonces, ha procurado "informes más profundos y más coherentes".

Habría que fundar sí, una categoría, general para todas las mujeres: la de las reprimidas. ▽

ONDINA SE ACERCÓ AL CABALLERO QUE LA MIRABA ESTUPEFACTO . . .

¡ AHORA COMPRENDO EL MOTIVO DE SER MUJER, EL MOTIVO DE SER MUJER, ES QUE LOS HOMBRES SON TAN BELLOS . . . !



¿ QUÉ DICES, DESCARADA ?

¿de qué se rie

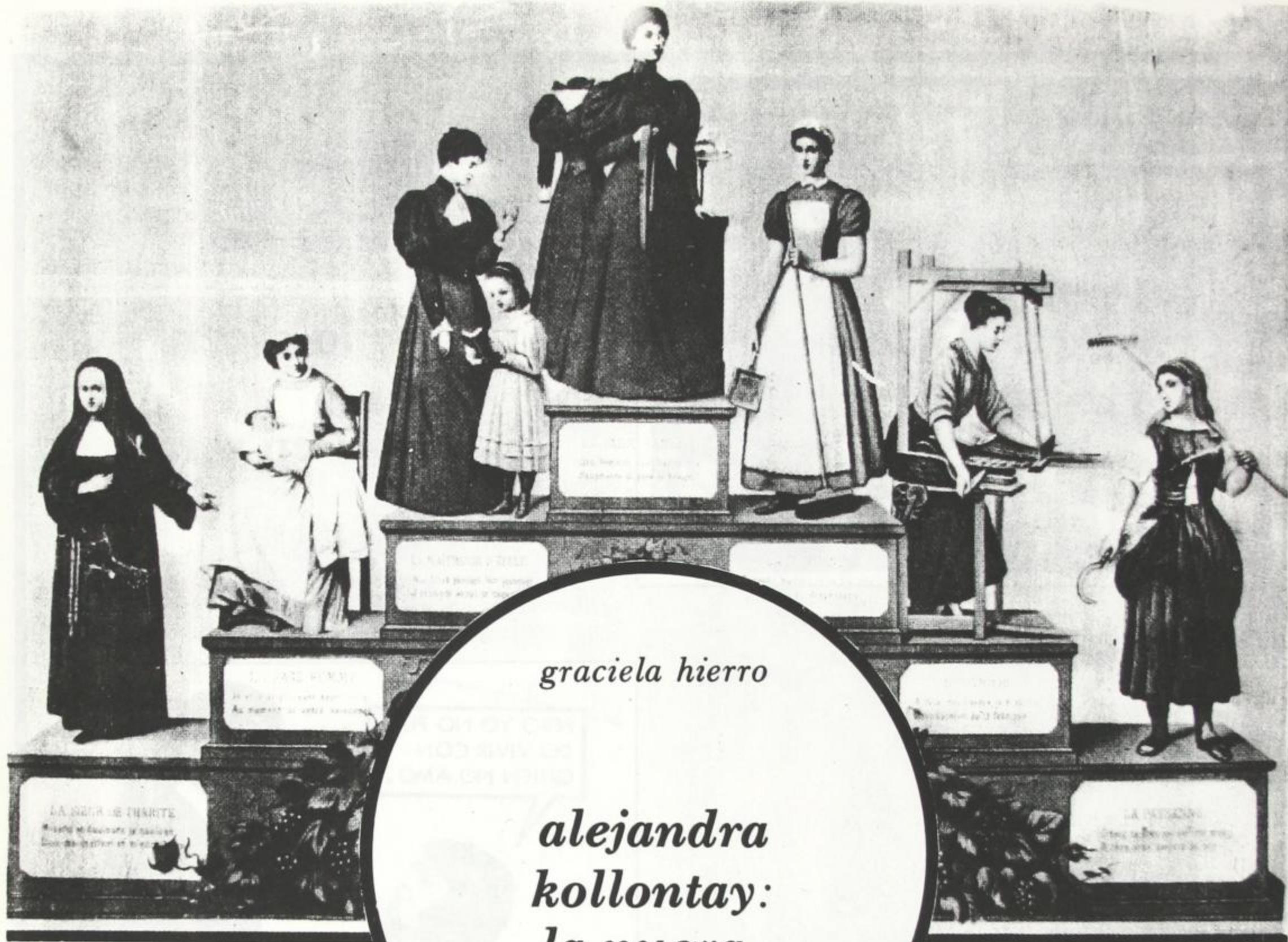
si lo dicen

en serio?

PERO YO NO PUE-
DO VIVIR CON
QUIEN NO AMO .



USTED ES MI MUJER Y HARÁ LO
QUE LE ORDENE. CUANDO YA
NO LA NECESITE FIRMARÉ EL
DIVORCIO.



graciela hierro

*alejandra
kollontay:
la nueva
moral*

En la lucha política a favor del comunismo el nombre de Alejandra Kollontay se inscribe junto al de los dirigentes bolcheviques más destacados. Ocupa el puesto de Comisaria del Pueblo de Asistencia Pública en el primer gobierno soviético presidido por Lenin y es la primera mujer Embajadora de su país, precisamente en México. Sin embargo, la tarea que ella consideraba como esencial en su vida se encuentra ligada a la emancipación de la mujer. Su lucha por la liberación se enfoca siempre en dos planos que no se confunden: la liberación económica y la emancipación sexual.

En todos sus planteamientos teóricos distingue las dos vertientes paralelas, la de la revolución socialista y la de la revolución sexual. El advenimiento de una sociedad sin clases y la abolición de la familia patriarcal son pues las metas de su lucha.

Su teoría de la revolución sexual, que adelante comentamos, se convierte en la piedra de escándalo para sus compañeros bolcheviques de la época revolucionaria, comprendido el mismo Lenin. Sus escritos y su conducta personal son fuertemente atacados. Con el advenimiento del puritanismo staliniano su nombre se sepulta y sólo es mencionado para servir de modelo moralizante. En los años posteriores torna a ser aceptada en el cuadro de honor de los personajes destacados de la URSS, pero sólo en base a sus planteamientos teórico-políticos; de sus ideas sobre la sexualidad sólo se habla en forma velada y discreta.

En esta época de violentas manifestaciones a favor de la revolución sexual en los países occidentales, la voz de Alejandra Kollontay se vuelve a oír con acentos actuales y sus escritos se traducen a todos los idiomas.

En su autobiografía se hace patente su interés por la causa de las mujeres, preocupación que jamás la abandona. "Yo fui una de las primeras socialistas rusas que establece los fundamentos de una organización de mujeres obreras, organizando reuniones especiales para su atención, etc. A partir de 1906 defendí la idea de que la organización de las obreras no debería ser autónoma, pero que debería existir en el partido un departamento especial o una comisión para defender y representar sus intereses".(4)

1.— *La crisis de la familia.*

"La aspiración de las mujeres a la igualdad de derechos no podría ser plenamente satisfecha por la lucha por la emancipación política, la obtención de un doctorado u otros grados científicos, o un salario igual para un trabajo igual. Para volverse realmente libre, la mujer debe deshacerse de las cadenas

que hace pesar sobre ella la forma actual, caduca y fastidiosa de la familia".(2)

Las ideas principales de Kollontay sobre la relación de los sexos aparecen en su obra: *Las bases sociales de la cuestión femenina*. (1900). Todo el planteamiento de Kollontay se inspira en las ideas de Engels (*El origen de la familia la propiedad privada y el estado*) y de Bebel (*La mujer y el socialismo*), autores que cita a lo largo de todo el texto. Sin embargo, su análisis de la crisis de la familia monogámica tiene ideas originales y los problemas que plantea aún no han sido resueltos en nuestros días. Lo más valioso del planteamiento de Kollontay, a nuestro juicio, son sus ideas acerca de la moral sexual desde un punto de vista marxista. Recordemos que sus ideas sobre este tema aparecen en 1900, por tanto es la precursora en el campo marxista en abordar esta problemática y sus ideas siguen siendo de vanguardia, como a continuación veremos.

La familia monogámica existe fijada y petrificada por la fuerza, en interés de la propiedad privada, nos dice K. Pero en la actualidad carece de su antigua solidez puesto que ha perdido las bases que le dieron origen y la sustentaron: su capacidad de ser célula económica. Le resta únicamente su posibilidad de garantizar la reproducción de los seres humanos.(2) Y de transmitir el patrimonio familiar que, por otra parte, cada vez se encuentra más mermado. El divorcio, el adulterio, la prostitución —el otro lado del matrimonio burgués— como afirma Bebel, son el resultado de todo el desmoronamiento de la familia antes monolítica.

Ante la crisis de la familia burguesa aparece en forma descarnada su verdadero origen: el interés económico. Se rompe así, continúa K., el mito del: "amor eterno", de la "abnegación de la madre" y del "tesoro de los hijos". Se muestra su carácter de baluarte y defensa del poder social de la burguesía. "Y todos nosotros educados en las formas artificiales de moral sexual que tenían como fin proteger los intereses de la burguesía, todavía nos inclinamos frente a esos principios de clase. . . y aceptamos reconocerlos como los principios normativos de la vida moral", exclama K., haciendo evidente que, tal como el modo de producción capitalista fue proclamado la forma definitiva y eterna de la vida económica de la humanidad, el matrimonio monogámico fue delcarado institución social permanente e intocable.

(2) Ver sobre este tema Meillassoux Claude. *Mujeres graneros y capitales*. Ed. Siglo XXI. México, 1977.

¿Se salva la familia proletaria y campesina de la desintegración de la familia?, se pregunta K., prosiguiendo su análisis de la situación de la familia. En estos niveles no hay patrimonio que defender. Sin embargo, la repercusión que tiene la producción capitalista sobre todos los estratos sociales cambia, en todos los niveles, el panorama familiar. La movilización de la fuerza de trabajo femenino disloca la estabilidad que pudieran tener esos hogares. Esto, unido al trabajo agotador de ambos cónyuges, al trabajo infantil, pobreza e insalubridad son evidencia patente de la disolución familiar.

¿Y la vida conyugal?. Esta se rige por la "doble moral" severa para la mujer, suave para el hombre. Igual en la época que describe K., como en la nuestra, aunque exista ya igualdad de los sexos ante la ley. Tal como afirma K., donde termina la servidumbre oficial legalizada, ejerce sus derechos la "opinión pública", creada y mantenida por la burguesía. A pesar de las victorias del feminismo, la mujer sigue encerrada en su círculo económico y sus opciones siguen siendo: o bien el lecho conyugal, o la prostitución, abiertamente despreciada y condenada, pero secretamente alentada y sostenida. En ese sentido, la estructura familiar oprime por igual a las mujeres de todas las clases sociales. Las costumbres y las tradiciones condenan a la madre soltera; si ya no las leyes "de jure", como en la época de K., "de facto". Y esto rige igual para las ricas que para las pobres. Esto hace exclamar a Kollontay:

"¿No hemos encontrado así, a fin de cuentas, un punto de la cuestión femenina donde las mujeres de todas las clases puedan efectivamente tenderse la mano y luchar juntas contra las condiciones de su servidumbre?"

El análisis que hace de esta cuestión merece ser considerado en profundidad por las feministas. Nos dice K., que las feministas burguesas luchan por formas más libres del matrimonio, por el "derecho a la maternidad"; defienden a la prostituta a quien todo el mundo persigue. La literatura feminista es rica en búsquedas de nuevas formas de unión del hombre y la mujer y de audaces esfuerzos por la igualdad moral de los sexos. Las militantes burguesas van a la cabeza de la solución del problema familiar. Sin embargo, y ésta es la tesis central de Kollontay congruente con su posición marxista, en el terreno de la liberación económica el ejército de las proletarias va a la cabeza. Ellas son las que abren el camino a la "mujer nueva". La solución burguesa individualista, que rompe con la tradición familiar, la postura de la mujer que "se atreve", son soluciones parciales y subjetivas. Reformas parciales y no revolución real. Se sigue conservando la familia con todos sus vicios. La única forma de cambiar la estructura familiar, concluye K., es a través del cambio de las estructuras económicas

capitalistas. El nuevo orden económico traerá consigo una vida nueva, con unas relaciones entre los sexos que superan, nos dice K., la vieja estructura familiar monogámica.

Vemos que el planteamiento de K. ha resultado profético en muchos sentidos, pero utópico en otros. En casi todos los países se han alcanzado las reivindicaciones que buscaban las feministas de derecha. Tales como: la sustitución progresiva del matrimonio religioso por el civil, ésto para liberar el divorcio. La separación de bienes, para la independencia económica de la mujer frente al marido. La eliminación del status de 'hijo ilegítimo' y la igualdad sexual ante la ley. Es cierto que el yugo familiar se ha aliviado, pero la mujer sigue en situación de dependencia frente al hombre. Todo esto lo prevé Kollontay.

2.— *La revolución sexual.*

Las feministas intelectuales de izquierda, entre quienes se debe situar a la K., llevan las reivindicaciones a una nueva radicalidad. Su lucha se centra en la abolición del matrimonio; en la superación de la doble moral, y hacen del "amor libre" la bandera de sus reivindicaciones. Estas mujeres son la 'encarnación' de la mujer libre y nueva que con colores tan vivos nos pinta K. Aunque ésta sea su aspiración feminista, no se escapa a su análisis la imposibilidad de lograr este ideal, para las capas sociales desprovistas de medios económicos. La unión libre se ha dado desde tiempos inmemoriales en las capas sociales inferiores trayendo las consecuencias que de sobra se conocen: mujeres abrumadas por la maternidad y la pobreza, hijos abandonados y la prostitución en la forma más dolorosa.

Será pues indispensable, plantea K., el cambio económico para lograr la verdadera revolución sexual. Esta revolución se centra, a juicio de la autora, en el *amor libre*. En el nuevo orden social el Estado tendrá sobre sí la responsabilidad patriarcal del antiguo sistema.

Para que fructifique el amor libre tendrán que darse cambios radicales además del económico: el cambio radical de todas las relaciones sociales entre los hombres; el abandono de la moral burguesa sexual; la posibilidad de la evolución profunda en la psicología humana. Los celos, los sentimientos de propiedad sobre el cuerpo y el alma del compañero, el abandono y la soledad, adquirirán dimensiones distintas. El factor de cambio social, afirma K., está en manos de la *proletaria*, "templada en el crisol de la fábrica", la cual impondrá su espíritu independiente, su amor a la libertad, su capacidad de superar el individualismo con todas sus taras, en favor de su amor a la colectividad.

En la nueva sociedad florecerá el amor libre entre individuos libres y todas las reivindicaciones para la mujer — la protección



a la maternidad, la educación de los hijos, su cuidado — todo estará en manos del Estado.

Si se quiere luchar por liberar a la mujer del yugo familiar y lograr la aparición de la mujer nueva, hay que dirigir las flechas, nos dice K., “no contra las formas mismas de las relaciones conyugales, sino contra las causas que las han engendrado”. Las nuevas normas morales que ya se elaboran en la clase obrera, bajo la influencia del proceso de transformación social y económico se extenderán, poco a poco, a las demás capas de la población conquistando así sus derechos sobre la moral burguesa.

Hasta aquí el planteamiento de K. ¿Dónde radica su error, o lo utópico de su planteamiento?

Es la mujer proletaria la que liberará a todas, nos dice K. Paradójicamente, en el primer país que se dio la revolución proletaria, en la Rusia que tan bien conocía K., sus predicciones han fallado. La moral burguesa impera con su baluarte: la familia monogámica. ¿Qué ha sucedido en ese país respecto a las cuestiones medulares de la verdadera revolución sexual: *la sexualidad y la familia*?

Los fundadores del marxismo nunca preconizaron la desaparición completa de la familia monogámica. Se trataba

más bien en sus planteamientos de darle un nuevo contenido a la familia burguesa. Las ideas de Lenin respecto de la emancipación femenina nunca apoyan la “unión libre”. Los sucesivos códigos familiares de la Unión Soviética enfatizan la necesidad de reforzar la unión familiar tradicional. Los planteamientos de Wilhelm Reich nunca han representado la línea oficial del Partido Bolchevique. No es solo el puritanismo estaliniano la causa de la defensa de la familia monogámica, ha sido más bien la política consecuente del Estado soviético, dados sus objetivos económicos, sociales y políticos.

Por otra parte, basta revisar las estadísticas de la URSS para darse cuenta de que las mujeres realizan todas las profesiones imaginables, pero los puestos de mando están en manos de los hombres. ¿Será esto porque no se ha planteado la verdadera reforma que Alejandra Kollontay plantea?

“La separación de la cocina y el matrimonio he allí la gran reforma, en nada menos importante que la separación de la Iglesia y el Estado, por lo menos en el destino histórico de la mujer”.

La mujer soviética, como su hermana de *todos* los países, además de su trabajo fuera del hogar realiza múltiples labores dentro del hogar.

Cerramos esta visión somera de las ideas de Kollontay sobre la revolución sexual, con una cita del retrato apasionado y prometedor que nos brinda K. de la “mujer nueva”. La precursora del nuevo orden sexual cuyas primicias están a la vista y cuya realización depende de la lucha conjunta de hombres y mujeres, ya que los beneficios del cambio los disfrutaremos en “amable compañía”.

“La disciplina, en vez de la actividad exagerada; la apreciación de la libertad y de la independencia, en vez de la sumisión y de la impersonalidad; la afirmación de su individualidad, en vez de los esfuerzos ingenuos para asimilar el aspecto del hombre amado y para reflejarlo; la afirmación de sus derechos a las alegrías “terrenales”, en vez de la máscara hipócrita de la “pureza”; finalmente, el confinamiento de los episodios amorosos a un lugar subordinado en la vida. Tenemos ante nosotros no a la hembra y a la sombra del hombre, sino a la mujer nueva, individualidad en sí misma”.

Bibliografía

1. — Kollontay Alejandra. *Marxisme et revolution sexuelle*. Ed. Francois maspero. París, 1975. En español: Kollontay Alejandra. *El marxismo y la nueva moral sexual*. Ed. Grijalbo, S.A. México, 1977. 

beth miller

una historiadora feminista

Josefina Vázquez nació en la Ciudad de México en 1932. Obtuvo la maestría en Historia en la Universidad Nacional Autónoma de México en 1956, y el doctorado en 1968. Además, realizó estudios de especialización en España (1956-58), en la Universidad de Louisiana (1959), en la Argentina, en Chile y en la Universidad de Harvard (1962-64). Ha ejercido la docencia en universidades de México y Estados Unidos y en el Colegio de México. Actualmente es directora del Centro de Estudios Históricos del Colegio de México.

Publicaciones: La imagen del indio en el español del siglo XVI (1962), Historia Mexicana (1964-65), Historia de la Historiografía (1965), Miguel Hidalgo y Costilla (1970), Nacionalismo y educación en México (1970), Mexicanos y norteamericanos ante la guerra del ' , (1971), La formación del mundo moderno, en colaboración con L. Knauth y A. Villegas (1975), Un recorrido por la historia de México, en colaboración con Alfredo López Austin y Edmundo O'Gorman, (1975) y, próximo a aparecer, La revolución de independencia norteamericana y mexicana, en colaboración R. Morris y E. Trabulse.

Josefina Vázquez ha participado desde 1970 en la elaboración de los nuevos libros de texto, y en general, en las formas educativas que se están realizando en México.

Muchas de las publicaciones de Josefina Vázquez aparecen con el nombre de Josefina Vázquez de Knauth, pues estuvo casada diez años con el historiador norteamericano L. Knauth.

M: — Dentro de la historia, ¿cuál es tu especialización?
V: — Bueno, he sido historiadora de historia de México durante muchos años, pero en 1962 cuando me casé y me iba a Harvard, el

Colegio de México me ofreció una beca para estudiar historia de Estados Unidos. Desde entonces he estado enseñando historia de Estados Unidos, pero he seguido escribiendo historia mexicana.

Mi campo de especialización es el siglo XIX y me ha interesado especialmente la historia de la guerra con los Estados Unidos, que es un poco en el intercambio entre mis dos campos.

M: — ¿Quieres hablar algo sobre las cosas que has escrito?

V: — Empecé trabajando historia colonial y escribí sobre el siglo XVI mexicano. Después me preocupó muchísimo que la historia mexicana, en términos generales, fuera tan nacionalista y que la historia que se enseña en las escuelas fuera muy partidista. Me dediqué a estudiar la educación y los libros de texto durante mucho tiempo, y escribí un libro que se llama *Nacionalismo y educación en México*. Este campo resultó especial, y en la Tercera Reunión de Historiadores Mexicanos y Norteamericanos que tuvo lugar en Oaxtepec en el 69, yo critiqué los libros de textos escolares. De esto resultó que cuando cambió el gobierno, el secretario de Educación me invitara a hacer los libros de texto escolares.

M: — Entonces has podido hacer teoría y después la has puesto en práctica.

V: — Sí, y creo que con algún éxito. Es decir, siento que es un éxito el hecho de poder escribir para diez millones de niños mexicanos. Además he escrito sobre la historiografía alrededor de la guerra del '47 — la guerra entre México y los Estados Unidos. También he escrito algunas cosas sobre el pensamiento histórico en general y artículos sobre muchos otros temas; incluso uno sobre la mujer en la historia norteamericana, en '71. Así, en general, los temas de todo lo que he escrito tienen relación con México y con los Estados Unidos, sobre todo en el siglo XIX.

M: — ¿Me podrías hablar de las investigadoras del Colegio?

V: — En el Colegio, en el Centro de Estudios Históricos, somos diecisiete investigadores; nueve mujeres y ocho hombres; somos bastante productivos. En el Colegio hay bastantes más mujeres que en casi ninguna otra institución en México. En un plan muy realista, diría que nos hemos impuesto tanto, que dos centros tienen directoras mujeres. En el pasado ha habido hasta cuatro directoras al mismo tiempo, por lo cual creo que siendo mujer y teniendo inquietudes al respecto, es una institución muy agradable para trabajar.

M: — Parece extraordinaria la falta de discriminación contra las mujeres en el Colegio.

V: — Hay menos mujeres que hombres entre los alumnos, pero creo que es una institución en donde no es tan importante el sexo. Todavía no ha habido ninguna presidenta del Colegio de México, pero no será remoto que suceda. Se ha admitido que la calidad es muy alta entre las investigadoras, y en general son de las más antiguas colaboradoras del Colegio de México. Así, la mujer investigadora no es una cosa nueva ni especial, sino que ya es una tradición en el Colegio.

M: — No estás hablando sólo de tu departamento, sino en general.

V: — En general hay muchas mujeres. Creo que Historia y Estudios Lingüísticos y Literarios son los dos centros donde hay más mujeres.

M: — ¿Crees que ya no existe discriminación en absoluto? ¿Por ejemplo, en cuanto a las posibilidades que ellas tienen de conseguir becas o en cuanto a la recepción de su trabajo?

V: — No. En el Colegio no creo; y tampoco lo sentí muy directamente en la UNAM. Sí, hay a veces algunos prejuicios y siento que algunos son reales. Por ejemplo, el hecho de que las mujeres casadas muchas veces descuidan sus obligaciones como investigadoras de tiempo completo. Algunas son lo suficientemente discretas, y si creen que no pueden cumplir con su trabajo, piden medio tiempo. Por eso, cuando existe la queja, es real. Es decir, yo creo que un trabajo no debe ser una beca para criar hijos. Pero muchas lo consideran así.

M: — ¿Por qué?

V: — Tal vez es que nos ha costado menos trabajo llegar al estado que tanto trabajo les ha costado a las norteamericanas. Yo personalmente no me di cuenta de la desventaja de ser mujer hasta que llegué a Harvard. Me molestaba recibir las invitaciones que decían Dr. and Mrs. Las mujeres éramos como transparentes.

M: — ¿Pero tus experiencias aquí en México, han sido muy diferentes?

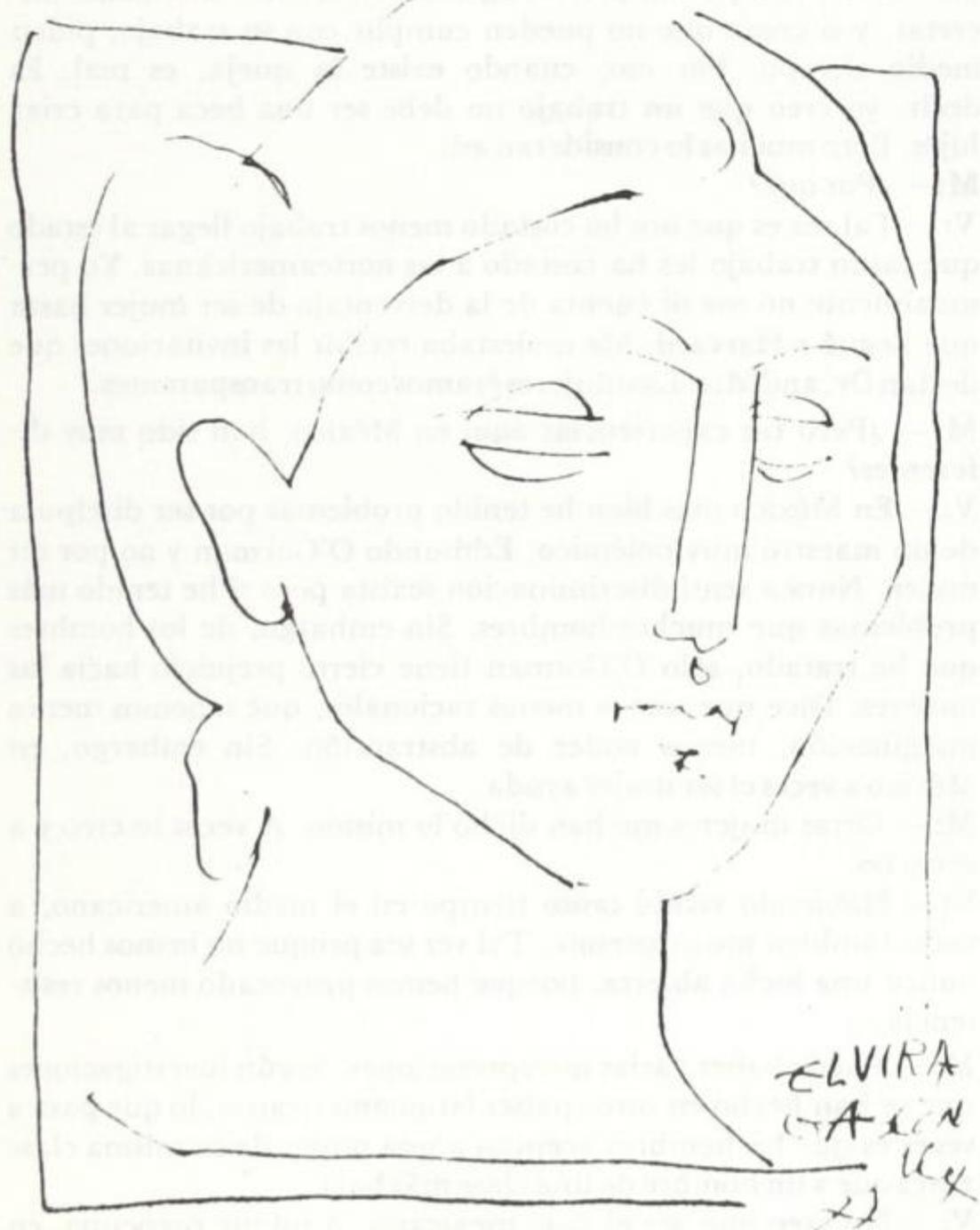
V: — En México más bien he tenido problemas por ser discípula de un maestro muy polémico, Edmundo O'Gorman y no por ser mujer. Nunca sentí discriminación sexista pero sí he tenido más problemas que muchos hombres. Sin embargo, de los hombres que he tratado, sólo O'Gorman tiene cierto prejuicio hacia las mujeres. Dice que somos menos racionales, que tenemos menos imaginación, menos poder de abstracción. Sin embargo, en México a veces el ser mujer ayuda.

M: — Otras mujeres me han dicho lo mismo. A veces lo creo y a veces no.

V: — Habiendo vivido tanto tiempo en el medio americano, a veces también me sorprende. Tal vez sea porque no hemos hecho nunca una lucha abierta, porque hemos provocado menos resistencia.

M: — Puede haber varias interpretaciones. Según investigaciones que se han hecho en otros países latinoamericanos, lo que pasa a veces es que los hombres aceptan a una mujer de su misma clase antes que a un hombre de una clase más baja.

V: — No creo que sea el caso mexicano. A mí me preocupa, en cambio, en la historia de Estados Unidos, por qué la mujer nor-



teamericana ha tenido tantos problemas. Fue la primera mujer liberada en el mundo porque se puso en igualdad de condiciones, al principio de la colonia, con los hombres. Pero a medida que se imponía la cultura, a medida que se organizaba la civilización, inmediatamente la mujer volvía a su lugar. Esto me preocupó mucho, porque además, es una cosa legal. Realmente la mujer norteamericana es una de las más fuertes del mundo. El marido casi parece un títere delante de una mujer norteamericana, y algo semejante pasa con las españolas. Las ve uno y dice: "Bueno, éste es un matriarcado, en Estados Unidos y en España". Pero las leyes no reflejan esta realidad. En México es diferente, igual que en Japón. Parece que las mujeres están muy en segundo plano. Pero es que han preferido un poco el papel de chantajistas: "Yo me sacrificio por mis hijos", o "Yo, que me sacrificué toda la vida por ti". Y a la hora de la verdad, mandan al marido y manipulan a los hijos aun casados, lo cual es el caso general de las madres fuertes. La madre judía en todas partes se parecería un poco a esto. Pero la tradición de la cortesía indígena mexicana hace que las mujeres aquí cuenten con ella para suavizar las relaciones entre los dos sexos, excepto las que realmente son tan poco mexicanas que se atacan para espantar a esta sociedad o para sacar ventaja.

M: — ¿Y no notas ningún efecto del Movimiento de las Mujeres sobre estas relaciones entre los sexos?

V: — Yo sí noto que desde que se habla de feminismo en México y desde que se refleja el movimiento femenino en México, los hombres son más agresivos. Y muchas de mi generación estamos siendo víctimas de este movimiento. Nos hemos divorciado.

V: — Ah, yo lo entiendo perfectamente. A mí no me sorprende nada.

M: — Habíamos empezado a hablar de la discriminación. Como historiadora, ¿podrías nombrar a algunas historiadoras mujeres a quienes admiras, de cualquier país?

V: ¿De cualquier país? Bueno, me gusta mucho cómo escribe Antonia Frazer. Lady Frazer es muy buena biógrafa y me parece estupenda escritora. Hay una historiadora joven en Estados Unidos, Pauline Meier, que también me parece que tiene mucho futuro. Hay otras muy interesantes como Peggy Liss y Nancy Farris, también norteamericanas. Admiro a Nettie Lee Benson, por supuesto, que además de bibliotecaria de la Latin American Collection de la Universidad de Texas es buena historiadora, y es una de las más increíbles mujeres que yo he conocido, víctima de no haber podido ser profesora de historia hasta recientemente. Por eso fue bibliotecaria y fue una suerte para la historia latinoamericana en los Estados Unidos, porque ha organizado la colección más importante de libros sobre Latinoamérica que existe. En México tenemos sobre todo historiadoras del arte. Yo diría que la más admirable sería Ida Rodríguez Prampolini, pero hay algunas otras,

como María del Carmen Velázquez. Aunque no hay tantas mujeres en historia, yo creo que la generación joven va a dar algunas buenas historiadoras.

M: — ¿Y qué opinas de la labor que hicieron José Vasconcelos y Jaime Torres Bodet y otros precursores tuyos hace tiempo?

V: — Bueno, debemos mucho a la labor de aquellas gentes; desde luego, cada quien en su época. Vasconcelos se empeñó en devolver el autorrespeto a los mexicanos y movilizar al país para que todos se educaran. Esta generosidad increíble despertó y conmovió al país. Torres Bodet, desde otro punto de vista, fue muy importante. A él se debe la Institución del Libro de Texto Gratuito que les da a todos los niños mexicanos un instrumento común.

M: — ¿Cuál es el mayor problema educativo en México ahora?

V: — Cada vez tenemos mayor población; aunque multipliquemos las escuelas a cualquier ritmo, los mexicanos se multiplican más aprisa. Y realmente hay que enfrentarse con unas realidades terribles, ¿verdad? Yo como historiadora de la educación (en el libro de *Nacionalismo y educación*) me di cuenta de que el esfuerzo educativo mexicano era gigantesco, con todo y sus fallas, y que éstas provenían de la terrible necesidad de multiplicar maestros y escuelas al ritmo que lo han hecho. Pero no me di cuenta de los problemas angustiosos tanto como ahora que estoy en contacto con el sistema. A pesar de eso, se han hecho cosas increíbles, como las escuelas agrícolas y técnicas, por todo el país. Por primera vez están inyectando un sentido de servicio social, de una profesión para servir a la sociedad, y no sólo para ganarse la vida. Ese es uno de los más grandes males latinoamericanos, esa especie de egoísmo de los profesionistas y de los intelectuales.

M: — Hay jóvenes ahora e intelectuales que, de acuerdo con la línea marxista, dicen que el control natal sirve sólo a los intereses capitalistas.

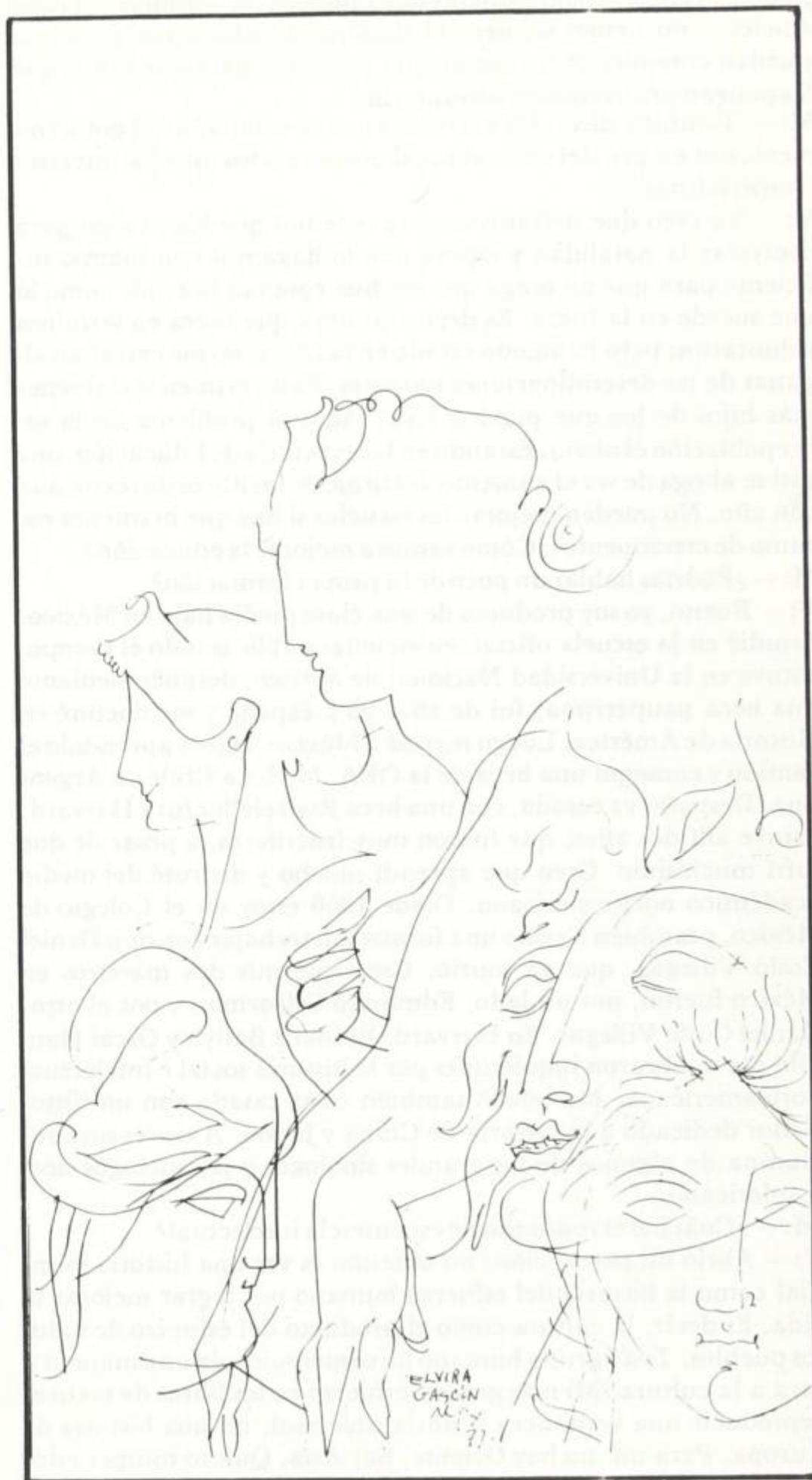
V: — Bueno, francamente, eso es una idiotez.

M: — ¿Entonces, no estás de acuerdo?

V: — No. Demuestra lo malo de aplicar ideologías prestadas. Nosotros tenemos una pobreza de recursos y un contraste social espantoso. Tenemos que dar de comer a la gente. Si la gente se multiplica más rápido de lo que nosotros mejoramos los campos, pues se van a morir de hambre. Y lo peor es que los que se mueren de hambre son los más amolados, no los que piensan. A mí me parece que la posición en contra del control natal es una estupidez de unos cuantos que no lo han pensado bien.

M: — ¿No piensas que afecta mucho la falta de control natal a las mujeres?

V: — Yo creo que ése es uno de los problemas más importantes y que es el que mantiene a la población femenina en una situación de desventaja. Siempre le hemos echado la culpa a la Iglesia, y creo que no es justo. Creo que las mujeres, en cuanto conocen la



forma de tener control, lo ponen en práctica. Lo malo es que las pobres Marías — estas mujeres que piden en las esquinas o venden chicles — no tienen siquiera el mínimo de educación para que puedan entender cómo tomar una píldora o para que pidan que les pongan un dispositivo intrauterino.

M: — También dicen los marxistas que la campaña del gobierno mexicano en pro del control natal obedece a los mismos intereses "imperialistas".

V: — Yo creo que definitivamente tenemos que hacer algo para controlar la natalidad y espero que lo hagamos con tiempo suficiente para que no tenga que ser una cosa tan horrible como lo que sucede en la India. Es decir, quisiera que fuera en términos voluntarios; pero habiendo estado en la India, no me extrañan algunas de las determinaciones tomadas. Es un crimen social tener más hijos de los que pueden vivir. Aquí el problema de la sobrepoblación es obvio. Estando en la Secretaría de Educación, una casi se ahoga de ver el aumento del tiraje de los libros de texto, año con año. No pueden mejorar las escuelas si hay que mantener ese ritmo de crecimiento. ¿Cómo vamos a mejorar la educación?

M: — ¿Podrías hablar un poco de tu propia formación?

V: — Bueno, yo soy producto de una clase media baja en México. Estudié en la escuela oficial, en escuelas públicas todo el tiempo. Estuve en la Universidad Nacional de México, después mediante una beca paupérrima, fui de 56 a 58 a España y me doctoré en Historia de América. Luego regresé a México. Había aprendido el camino y conseguí una beca de la OEA. Me fui a Chile y a Argentina. Después, ya casada, con una beca Rockefeller fui a Harvard. Estuve allí dos años, que fueron muy fructíferos, a pesar de que sufrí muchísimo. Creo que aprendí mucho y disfruté del medio académico norteamericano. Desde 1960 estoy en el Colegio de México, y también ha sido una formación trabajar con don Daniel Cosío Villegas, que ya murió. Creo que mis dos maestros en México fueron, por un lado, Edmundo O'Gorman y por el otro, Daniel Cosío Villegas. En Harvard, Bernard Bailyn y Oscar Handlin me sembraron inquietudes por la historia social e intelectual norteamericana. Me educó también estar casada con un historiador dedicado a la historia de China y Japón. A través suyo fui alumna de algunos de los grandes sinólogos y japonólogos norteamericanos.

M: — ¿Cuál fue el resultado de esta mezcla intelectual?

V: — Abrió mi percepción; mi obsesión es ver una historia mundial como la historia del esfuerzo humano por lograr mejorar la vida. Es decir, la cultura como el producto del esfuerzo de todos los pueblos. *Todo* grupo humano ha contribuido de una manera u otra a la cultura. Mi más grande esfuerzo en los libros de texto es reproducir una verdadera historia universal, no una historia de Europa. Para mí, no hay Oriente, hay Asia. Quiero romper estos

viejos prejuicios de pensar que Africa no tuvo cultura, que las culturas latinoamericanas o indígenas no tenían la grandeza de la cultura griega; este tipo de cosas que han servido para separar a los hombres. Hay que destacar la unidad de la *experiencia humana*, sobre todo para preparar a los niños para que sean más generosos y más humanos. La gente piensa que este tipo de prejuicio sólo se da en Estados Unidos y en Europa. Pero no, todos hemos estado amaestrados: aquí sí es una cosa francesa, tiene que ser buenísima. Pero ahora cuando vemos esculturas africanas, nos quedamos maravillados.

M: — ¿Y crees que es difícil dar una educación humanista o humanitaria a los niños?

V: — No. En México hay bastante tradición al respecto. Aquí lo más difícil es darles una educación conceptual, que también estamos introduciendo, como forma de comunicación moderna. Pero hay una tradición muy humanista, aunque algo informativa. A mí me gustaría *formar* más que *informar*; los datos están en cualquier libro.

M: — También la enseñanza de la Iglesia ha sido humanista.

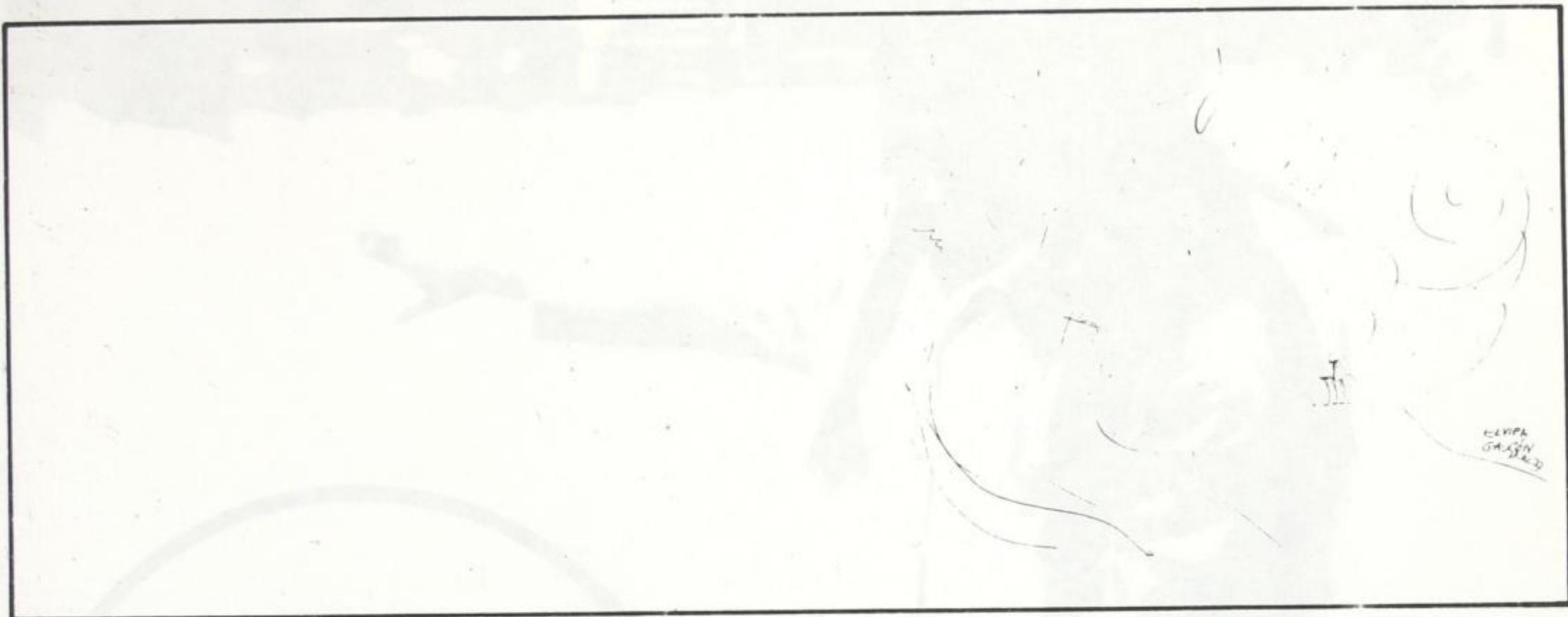
V: — Bueno, pero la Iglesia ya está casi fuera de la educación en México hace prácticamente un siglo. Claro, un grupo, una élite pequeña, se educa en escuelas privadas, pero incluso ya la mayor parte de las escuelas privadas tampoco son clericales. En todo caso, la Iglesia es mucho más progresista que los padres mexicanos. El programa más agudo se presenta, por ejemplo, en las Ciencias Naturales con la educación sexual. Cualquier cosa que huele a que los niños sepan cómo nacen los niños, horroriza todavía a la sociedad mexicana.

M: — Eso pasa no sólo en México.

V: — Claro que no. Cuando uno ve los problemas en California sobre el darwinismo, se da uno cuenta de que las sociedades pueden parecer a veces muy modernas en algunos aspectos, pero en otros no

M: — ¿Y puedes nombrar a algunas escritoras mexicanas a quienes admiras?

V: — Bueno, a la que más he admirado es a Rosario Castellanos. Tal vez porque tocó tantos temas que me llegaban muy de cerca. También me gustan mucho algunas novelas de Luisa Josefina Hernández. Me gusta *Hasta no verte Jesús mío* de Elena Poniatowska. Apenas leo poesía, porque no es uno de mis gustos naturales. En general, siento que hay más prejuicios, por ejemplo, para que las que seguían la carrera de medicina que para las que escribían poesía. Cuando yo era chica, recuerdo haber escuchado: "¡Ah! pero ¿cómo vas a llevar a tu hijo con una mujer?" Y no recuerdo haber oído nunca que un libro debiera ser malo porque fue escrito por una mujer. Tampoco recuerdo problemas especiales en la Facultad de Filosofía contra las mujeres. Sí recuerdo que cuando empecé a tomar clases, mis compañeras, muchachas



de mi generación, no querían tomar clases con profesoras. Yo en general he preferido profesionistas y colaboradoras de mi sexo, porque creo que debemos darnos el lugar que queremos para nosotras mismas.

M: — Sí, tener confianza en nosotras mismas.

V: — Es dicho muy común que “es muy difícil trabajar para una mujer”. Nunca he tenido problemas con mis secretarias, ni en el libro de texto, ni en el Colegio de México. Siempre he trabajado bien con mujeres. En mi equipo no quedan más que mujeres y trabajamos muy a gusto.

M: — Cuando empezaste tu carrera, no había muchas mujeres que enseñaban historia, ¿verdad?

V: — No. Casi no había. Y cuando yo estudié en la Preparatoria, también éramos muy pocas las alumnas. Los maestros nos solían molestar diciendo que íbamos nada más a buscar novio. Sí, ha habido un gran cambio. Cuando yo tomé clases, por ejemplo, en Preparatoria, éramos poquísimas y cuando llegué a dar clases en la Prepa había ya el mismo número de mujeres que de hombres. El cambio fue muy dramático en los cincuentas. Se notó una enorme y rápida apertura a la educación femenina. Creo que ahora la actitud de las jóvenes es más confiada. Nosotras nos sentíamos más tímidas.

M: — ¿No crees que esa timidez era uno de los síntomas de un problema de identidad en muchas de las mujeres de entonces? ¿Y que su falta de confianza era en parte el resultado de su tratamiento por los hombres?

V: — No siento que sea una discriminación; es más bien falta de costumbre. Como pasa en las fiestas, se separan hombres y mujeres. Recuerdo que en una reunión de intelectuales para el candidato López Portillo, sólo invitaron a dos mujeres.

M: — ¿Quién era la otra? ¿María del Carmen Millán?

V: — Sí, y deben haber sido unos treinta hombres. Antes nunca me fijaba en cuántas mujeres había, pero esta vez me quejé de la injusticia. Es realmente difícil admitir a las mujeres, pero no siento que sea discriminación.

M: — Entonces será por tradiciones culturales y costumbres sociales.

V: — Costumbres sociales, diría yo. Es una cosa muy curiosa que es difícil de curar y que va a costar muchos años, hasta que las chicas más jóvenes, que ya se acostumbraron a estar más en un mundo que antes era exclusivamente de los hombres, sean adultas. Yo me acuerdo una vez que la Embajada de Indonesia mandó una invitación para mi marido y expresamente decía abajo: “Sólo caballeros”, o algo por el estilo. Pero mi marido no lo leyó bien y me llevó. Pasé todo el coctel, dos horas y media, sin darme cuenta que no había otra mujer. Lo cual después me espantó. Dije: “¿Por qué no me di cuenta?” Y es que estoy acostumbrada a vivir y a trabajar en un mundo donde predominan los hombres. Hoy no me hubiera pasado porque soy más sensible. Ahora siempre cuento a las mujeres. ♪



flora botton beja

la mujer en china

II



La historia de la lucha de las mujeres en China en la época moderna está tan estrechamente ligada a la lucha del pueblo chino para deshacerse de las formas tradicionales de opresión, que es imposible tratar de hablar de movimientos feministas sin hablar a la vez de los acontecimientos históricos de esa época. El fenómeno es particular de China, pues toda posibilidad de cambio en una sociedad tradicional está sujeta a que exista un ambiente que propicie la lucha por la transformación. El caso de China, sin embargo, ofrece algunas peculiaridades, pues tanto la transformación de la sociedad en general como la condición de la mujer sucedieron en un lapso mucho más acelerado que en ninguna otra parte del mundo. Al mismo tiempo, China es un caso típico para poner a prueba la teoría que sostiene que no puede haber un cambio en la condición de la mujer sin un cambio socio-político que lo acompañe, y también puede ser un caso típico para evaluar si son dos cambios o uno solo, si basta con el cambio social para lograr la igualdad o hay que sostener una lucha paralela particular de las mujeres.

Desde mediados del siglo XIX se elevan voces en China pidiendo reformas que permitirían al país modernizarse y medirse con el agresor occidental. Una urgencia de estas reformas se hacía sentir todos los días más, ante la posibilidad de que la colonización parcial de Chian se convirtiera en una total pérdida de su soberanía. Sin embargo, el arraigo de la tradición guardada celosamente por una clase privilegiada y por una corte imperial decadente era demasiado fuerte, y cualquier intento de cambio fracasó repetidamente. La tenacidad de la tradición no era la única causa del fracaso de estos primeros intentos de reforma; aún no se luchaba por un cambio institucional y total, sino que se hablaba de reformas formales, superficiales, que no osaban atentar en contra de la ideología tradicional, en contra del confucianismo. En todo eso las mujeres tenían aún poco que ganar, pues al dejar intacta la ideología sobre la cual estaba basada su opresión se impedía cualquier cambio verdadero. En esta época se introduce la idea de la necesidad de darle a la mujer más posibilidades de educación y, animados por el espíritu reformista, muchos padres educan a sus hijas de otra forma y aceptan quitarles las vendas de los pies.

El primer intento de introducir reformas más radicales fue hecho en 1898. En este caso, aun cuando se sigue aceptando el *statu quo* político, se propone algo más que cambios superficiales. Una de las propuestas consiste en establecer un sistema de educación para las mujeres y Liang Ch'i-ch'ao, uno de los intelectuales más importantes de la época moderna, escribe en 1897 el ensayo "Sobre la educación de las mujeres" en el cual afirma que uno de los requisitos para la fuerza de una nación es la educación de la mujer que la puede convertir en un ente productivo. La

mujer, según Liang, fue relegada al papel de esclava o de adorno y nunca se la dejó desarrollar sus capacidades oprimiéndole la mente y el cuerpo. Ampliar el horizonte de la mujer es vigorizar a la nación y asegurar que las generaciones venideras crecerán en un ambiente de igualdad y de cooperación. Las reformas propuestas en 1898 se comienzan a aplicar a principios del siglo XX, después del fracaso del movimiento Boxer y de la humillación total de China por las potencias occidentales y por Japón. El enemigo en muchos casos dará la pauta del camino a seguir y el ejemplo de Japón será imitado sobre todo en materia de educación, a la vez que ideas occidentales de sistemas políticos más igualitarios penetrarán en círculos intelectuales chinos.

La primera década de este siglo es testigo del surgimiento de un fuerte nacionalismo en China que va acompañado de una lucha por derribar a la dinastía reinante la cual, por un lado, es extranjera (la dinastía Ch'ing era una dinastía manchú) y, por el otro lado, es incapaz de frenar a los imperialistas y de fortalecer al país. Gracias a las tardías reformas sancionadas por la corte se establecen escuelas para mujeres quienes, por primera vez, salen de sus casas para recibir una educación y empiezan a participar activamente en varios sectores de la vida pública. En muy poco tiempo las mujeres toman conciencia de su potencial y del papel que pueden jugar en la lucha contra la dinastía manchú, representante de un orden social dentro del cual su desarrollo no puede ser más que limitado. Es así como las mujeres ayudan a crear escuelas, fundan periódicos, forman sociedades contra los pies vendados y se introducen en círculos profesionales todavía nuevos aún para los hombres en China. Cuando Sun Yat-sen, el líder de la revolución de 1911 funda, en 1905, un partido político en Japón, en donde está exilado, varias mujeres se hacen miembros. El caso más destacado es el de Ch'iu Chin mujer activa, educada, comprometida políticamente y mártir de la causa revolucionaria, cuando fue decapitada en 1907.

El caso de Ch'iu Chin es bastante típico de la mujer nueva que surge en China como consecuencia de los cambios de actitudes y de mayores oportunidades para las mujeres. Es notable la rapidez con la que aparecen mujeres dispuestas y capaces de aprovechar estas nuevas oportunidades. Es también claro que a pesar de que la lucha de las mujeres en esta época es una lucha de reforma social y política, a pesar de que el feminismo era una consecuencia lógica y no una meta separada, no cabe duda de que las mujeres como Ch'iu Chin recalcan la necesidad de la igualdad de los sexos como requisito indispensable en el nuevo orden socio-político que querían establecer. Es cierto que estas mujeres, en su mayoría provinientes de clases sociales privilegiadas, no ofre-

cieron fórmulas concretas a través de las cuales podrían lograr su liberación las mujeres de clases sociales menos afortunadas; sin embargo, por su elección de una vida activa y de participación, por su rompimiento con el marco tradicional confuciano que relegaba a la mujer, adoptan una actitud revolucionaria más radical que muchos de los hombres contemporáneos. Un hombre chino podía hasta cierto punto entrever la posibilidad de guardar la tradición dentro de un marco de modernización material; para la mujer consciente eso no era posible, y el cambio que aseguraría su emancipación poco podía conservar de la tradición.

Tanto en 1911 como en los años siguientes la mujer participará en la lucha y lo hará generalmente dentro del ala radical de la contienda; por un lado, porque se la acepta en un mayor pie de igualdad, y por el otro, porque se da cuenta que allí sus intereses son mejor servidos. Hay muchos ejemplos de mujeres destacadas en esta época, mujeres que jugarán un papel importante durante los años de lucha política a partir de 1911 hasta 1949, y algunas llegarán a ocupar puestos altos en la República Popular China. Basta con recordar a Ho Hsiang-ning (señora Liao), miembro fundador del partido Tung Meng Hui que luego se convirtió en el partido Kuomintang, quien destacó durante treinta años como mujer política y revolucionaria, estudiosa del marxismo mucho antes de que lo llegaran a conocer los grandes líderes de la revolución de 1949. Un poco más jóvenes pero de la misma generación son las famosas hermanas Soong. Hijas de un chino occidentalizado y protestante, las hermanas Soong fueron educadas con esmero y pasaron varios años estudiando en los Estados Unidos. Cuando regresaron a China se incorporaron rápidamente a la vida política, pero siguieron destinos muy diferentes. La mayor, E-ling, se casó con el futuro ministro de finanzas de Chiang Kai-shek y ella misma fue una mujer de empresa que acumuló una gran fortuna. La segunda, Ching-ling, se casó en 1915 con Sun Yat-sen, estuvo a su lado ayudándole en la lucha política hasta su muerte en 1924, y siguió un camino de radicalización paulatina. Ya establecida la República Popular, ocupó el puesto de Vice-Presidente en 1958, y en las fotos del entierro de Mao Tse-tung aparece aún entre los dignatarios de primera plana. La hermana menor, Mei-ling, se convirtió en esposa de Chiang Kai-shek y fue su mano derecha cuando necesitó conseguir el apoyo de los Estados Unidos.

Cuando la lucha contra la dinastía manchú se convirtió en una lucha armada, se constituyeron varios cuerpos militares y paramilitares femeninos. Surgió *El Ejercicio Nacional Femenino*, *El Cuerpo Femenino de Asesinatos*, *El Cuerpo Femenino de Dispuestas-a-Morir* etc. Estos grupos, así como algunas milicias femeninas formadas por discípulas de Ch'iu Chin y de otra mujer mártir Sophia Chang, fueron dispersados por orden del gobierno





republicano inmediatamente después de la toma de poder en 1911, y a partir de entonces no se dejó más formar brigadas femeninas. El cambio se había dado, pero no acarreó nada concreto para estas mujeres que habían arriesgado su vida por la lucha. Aquí se acaba una primera etapa de la lucha de las mujeres en China como parte, sólo, de un proceso patriótico y de lucha común en contra del enemigo político. Ahora, decepcionadas, las mujeres empezarán a tomar en sus manos la lucha por sus derechos.

El movimiento por los derechos de la mujer, ya organizado, empieza en 1912 cuando algunos de los grupos militares se transforman en sociedades para obtener el sufragio. Sun Yat-sen, el nuevo líder, no era un feminista convencido, sin embargo las mujeres activistas se hicieron paladines de la nuevamente fundada República y concentraron sus esfuerzos en obtener la igualdad ante la nueva constitución. Las organizaciones de esta época reflejan las metas que se habían propuesto: La Sociedad de Shanghai de Compañeros por el Sufragio de la Mujer, La Sociedad de Retaguardia del Sufragio de la Mujer, La Sociedad Militante de Mujeres, La Sociedad para el Apoyo de la Igualdad de Derechos entre Hombres y Mujeres, La Sociedad de Mujeres Ciudadanas etc.

En enero de 1912, se reunieron en Nankín mujeres representantes de 18 provincias a fin de coordinar una alianza femenina que instaría a la nueva legislatura nacional a adoptar medidas de igualdad entre los sexos y le diera el voto a la mujer. Se hizo una petición, pero cuando en mayo apareció la Constitución Provisional, no se incluía nada sobre la igualdad. Las mujeres organizaron grupos de protestas y fueron a manifestar ante los legisladores, causando un gran escándalo que provocó la desaprobación, tanto de sus compatriotas como de los extranjeros residentes en China que lamentaron la llegada a Oriente de estos movimientos "ridículos" de sufragistas europeas. Desgraciadamente este movimiento de indignación no tuvo mayores repercusiones, pues todavía el número de mujeres involucradas, así como el de hombres simpatizantes, era limitado, pero en las provincias se siguió luchando y en Kwangtung se obtuvo un voto limitado para la asamblea provincial en donde pudieron participar algunas mujeres.

El gobierno de Sun Yat-sen duró muy poco y el ala más conservadora del partido en el poder, el Kuomintang, encabezada por Yuan Shih-kai se impone y empieza otra vez una lucha política para afirmar los valores de la revolución. En este momento la lucha feminista otra vez se supedita a la lucha política general y cuando hay lucha armada otra vez aparecen mujeres soldados defendiendo los ideales revolucionarios. En la década que siguió,



y que fue de enorme confusión política, cuando China estaba dividida en zonas gobernadas por caudillos, no se logró ningún avance efectivo, como hubiera sido obtener garantías de igualdad o el voto, pero fue la época más rica en cuanto a la polémica en torno a la emancipación y a la igualdad de la mujer. Esta época, empapada de ideas y de actitudes iconoclastas en todos los ámbitos, es conocida como la época del Movimiento del 4 de mayo, pues en mayo de 1919, indignados por concesiones de representantes del gobierno chino en Versalles, los estudiantes encabezaron en Pekín una gran manifestación de protesta que se convirtió en un movimiento nacional de oposición a todo lo que representaba el antiguo orden de cosas. En esta época recibe un golpe mortal el confucianismo y se ponen en tela de juicio todas las instituciones apoyadas en esta ideología.

Entre 1917 y 1921 aparecen cientos de nuevas publicaciones periódicas, todas discutiendo problemas de cambios sociales. Varias decenas son dedicadas totalmente a la cuestión de la mujer y se escriben artículos sobre reformas del sistema familiar, el divorcio, la libertad de matrimonio, el sufragio, etc. Casi todo el material de esta época es escrito por hombres y se dirige a un público mayormente masculino, pues no hay que olvidar que un 90% de las mujeres eran iletradas y, que además, el problema de la emancipación de la mujer se convirtió en un problema de reforma social urgente y cuyo alcance iba más allá de las limitaciones del sexo. En su ensayo "El confucianismo y la vida moderna", el teórico marxista Ch'en Tu-hsiu ataca al sistema confuciano en general y en particular señala su influencia nefasta en cuanto a la posición de la mujer. Otro gran exponente de las ideas de la época del 4 de mayo, Li Ta-chao, abogó por la unión de los movimientos obreros de mujeres y los movimientos por los derechos de la mujer, a fin de obtener el voto y obligar a los hombres a dejar de considerar a las mujeres como inferiores. En otoño de 1919 aparecen una serie de artículos sobre "El suicidio de la señorita Chao" escritos por el joven revolucionario Mao Tse-tung. La señorita Chao era una joven de la provincia de Hunan cuyos padres la habían prometido en matrimonio, según la vieja costumbre, sin consultarla. Ella vio a su prometido una sola vez y decidió que no le agradaba, pero su padre se negó terminantemente a deshacer el compromiso. El día de la boda, cuando la llevaban en el palanquín tradicional, se clavó una daga en el corazón. El caso de la señorita Chao no era inusitado y el suicidio aún consistía para algunas mujeres el único medio de liberación, pero con la proliferación de publicaciones periódicas los casos se hacían públicos y provocaban una gran cantidad de artículos que examinaban la cuestión de fondo de la condición de la mujer.

La posición de Mao frente a las mujeres fue desde muy temprano de una gran comprensión, y se convirtió en paladín de la



igualdad. El mismo rehusó consumar el matrimonio que le habían arreglado los padres y se casó con la hija de su maestro Yang Ch'ang-chi. En sus artículos sobre la mujer, Mao discute los males de una sociedad feudal que impide su desarrollo, insta a las mujeres a unirse y a exigir sus derechos, denuncia la moralidad tan parcial que acepta transgresiones masculinas y no femeninas, pide leyes que protejan a todo individuo contra los matrimonios arreglados y sin cariño. A la vez, Mao estaba involucrado en organizaciones estudiantiles radicales como la Sociedad de Estudio de la Gente Nueva en la cual participaron varias mujeres, entre ellas Ts'ai Ch'ang quien se convirtió más adelante en una de las mujeres líderes más importantes de la República Popular. Esta Sociedad tenía, entre otras metas, la de hacer conscientes a las mujeres de su potencial para asumir papeles políticos y sociales.

Toda la retórica del 4 de mayo fue insuficiente para acarrear cambios efectivos, y la realidad social muy pronto señala que los movimientos encabezados por intelectuales urbanos no serían capaces de lograr la transformación necesaria. En cuanto a los movimientos sufragistas podían influir en un cambio meramente legal y no real de la posición de la mujer. Es así como se efectúa una división de los movimientos femeninos entre la facción burguesa que pugna por derechos constitucionales y otra facción más

radical que reconoce la necesidad de una lucha revolucionaria de clases en contra del enemigo común. La mujer que expuso con más claridad este último punto de vista fue Hsiang Ching-yü, compañera de lucha de Mao y esposa de su mejor amigo. Hsiang Ching-yü fue a Francia en 1919 con un grupo de estudiantes que pertenecían a un programa de trabajo-estudio. En Francia se nutrieron de ideas radicales muchos de los futuros líderes de la revolución de 1949, y allí fue fundado en 1921 el Partido Comunista de la Joven China. Hsiang Ching-yü se incorporó al movimiento obrero que cobraba ya una gran importancia en lugares como Shanghai y la región de Wuhan. En sus ensayos políticos expone su posición ante el feminismo y explica por qué lo subordina a la cuestión más amplia de la revolución social. La liberación femenina para ella, no es algo aislado sino que es parte de la lucha de la liberación de las masas. Considera que la meta es la emancipación de los oprimidos en general y que únicamente así lograrán las mujeres su propia emancipación. ♪



E. VIRA.
ASCON. Me 77

SPT 2

Jm. del que tra-a de saber quien es

mujer

**Un ser
que aún no acaba
de ser. . .
No la remota rosa
angelical
que los poetas cantaron.
No la maldita bruja
que los inquisidores quemaron.
No la temida y deseada
prostituta.
No la madre bendita.
No la marchita y burlada
solterona.
No la obligada
a ser bella.
No la obligada
a ser buena.
No la obligada
a ser mala.
No la que vive
porque la dejan vivir.
No la que debe siempre
decir que sí.
Un ser que trata
de saber quién es
y que empieza
a existir.**

andrea burg genovés

mujeres mutiladas

Existían en todas partes del mundo costumbres que han ido desapareciendo según la evolución de la moda, de las religiones, de la técnica y del pensamiento masculino. Ciertas "costumbres" cambiaban sólo la apariencia exterior del ser humano, por ejemplo, el largo de la cabellera masculina, o la longitud de la falda en la mujer. Otras veces las costumbres atacaban la libertad y, muchas veces, la integridad física de las personas; mayormente y en general de los esclavos o de las mujeres. Se considera inconcebible hoy día en China, y ya no estéticamente indispensable, la deformación de los metatarsos que no permitían a la niña atravesar el patio corriendo, o a la mujer de cierta edad o cierto peso levantarse de su silla.

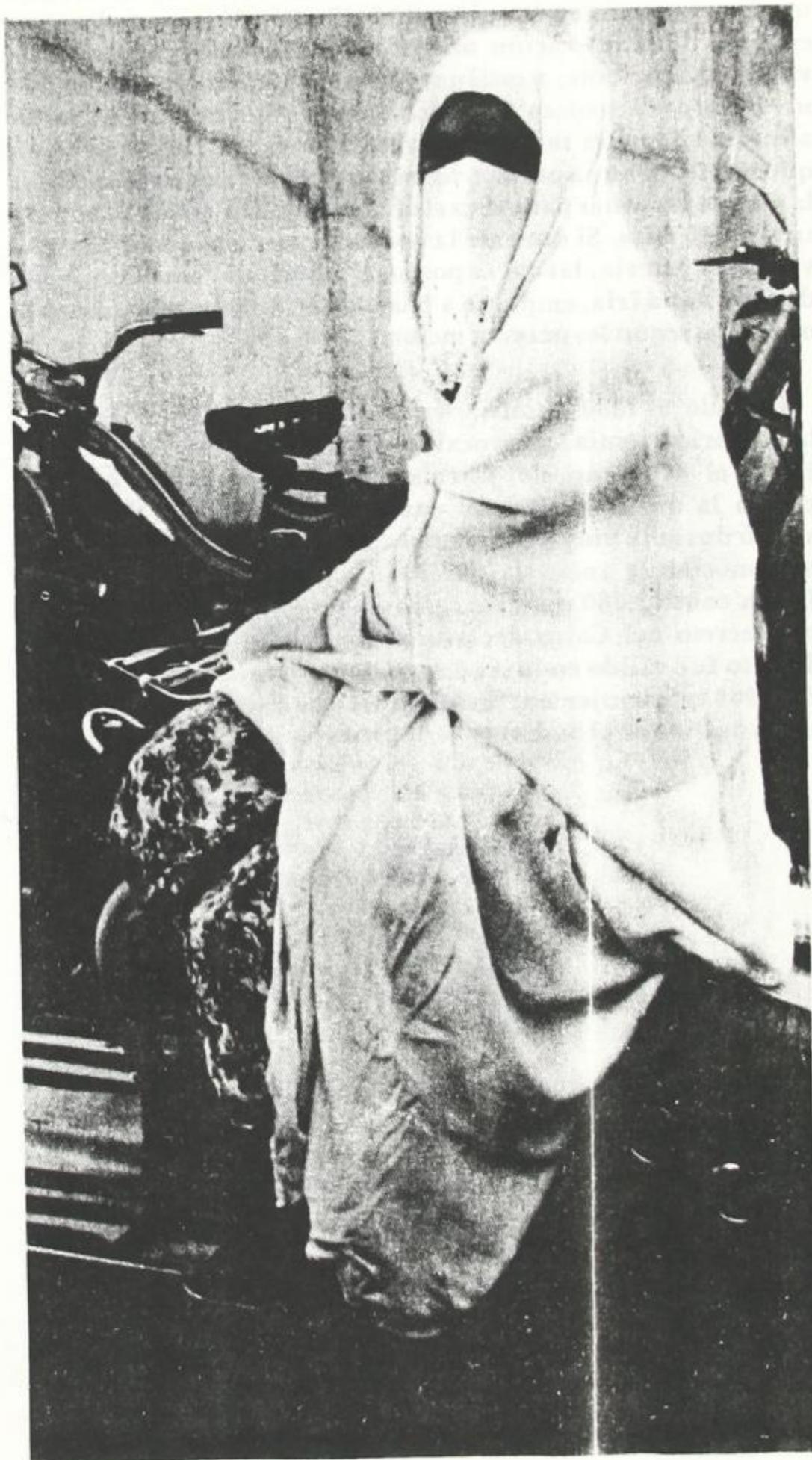
En 1931, durante la exposición colonial de París, el visitante podía admirar un pueblo africano traído de Ubangui con casas y habitantes. No fue tanto el escaso vestuario de las mujeres lo que sorprendió al parisino, como las deformaciones labiales de las negras de este pueblo, que presentaban un perfil sorprendente. De niñas, se les hacían unas incisiones en los labios, en los que se introducían unas rodajas de madera que se iban cambiando por otras más grandes a medida que pasaba el tiempo. Lo elegante era que la circunferencia del labio inferior fuese mayor que la del superior. Las llamaron 'les négresses à

plateau', o sea, las negras con charolas. Cualquiera puede imaginar lo limitado de la dieta que tenían que seguir estas señoras. En las mesetas septentrionales de Birmania existía entre los Padaung la idea de que la práctica que a continuación describimos era estética; en realidad era tan peligrosa como inhumana: se adornaba el cuello de las niñas con collares de 10 cm de ancho, pero no con un sólo collar, sino con muchos. A medida que se alargaba el cuello, se aumentaba la cantidad de collares hasta obtener, a edad adulta, mujeres con cuellos de jirafas de 30 a 40 cms. de largo. Al alcanzar estas dimensiones, resultaba de todo punto imposible quitar los collares, ya que los músculos cervicales habían prácticamente desaparecido y los discos y ligamentos vertebrales habían perdido por completo su función. La mujer a la cual se le retiraban los anillos se desnucaba o moría rápidamente de cuadriplegia. Era un castigo eficaz quitarle los anillos durante sólo una hora, dejando reposar su cabeza sobre una almohada, ya que no la podía sostener sola. Los maridos no vacilaban en usar este castigo cuando, por una razón u otra, se sentían ofendidos. No debemos olvidar que estas costumbres se practicaban en niñas indefensas con la misma tranquilidad con que nosotros perforamos las orejas de las recién nacidas.

La religión islámica autoriza cuatro esposas para un solo hombre y tantas concubinas como pueda mantener. Por lo tanto, cuando en 1956 el Presidente Bourgiba emancipa a la mujer de su país, le permite abandonar el velo y prohíbe la poligamia en Túnez, su decreto sorprende y parece incomprendible a muchos árabes. En toda Africa del Norte hay todavía muchas mujeres que, por mantener la tradición, no se quitan aún el velo. Aunque haya pasado la época del harem existen, sin embargo, generaciones de mujeres que no saben vivir de otra forma. En el mundo árabe-islámico reina un dicho que todavía se escucha: "En mi familia no hay cornudos, sólo hay viudos".

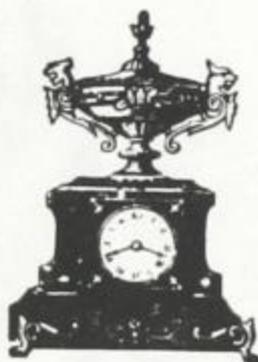
Hoy en día, cuando en un museo europeo vemos artefactos llamados cinturones de castidad, habrá algunos visitantes sin imaginación capaces de hacer chistes sobre los que pierden las llaves o sobre los cruzados que, antes de morir, confiaban la llave al mejor amigo. Por supuesto, nos parece inverosímil que en alguna parte del mundo actual puedan subsistir costumbres tan antiguas; sin embargo, ciertos pueblos inventaron algo mucho más drástico, y desgraciadamente lo continúan llevando a cabo: se practica, todavía, una cirugía prenupcial que transforma a la mujer en objeto para gusto del consumidor, de una manera mucho más desagradable y peligrosa que el cinturón de castidad. Esta cirugía "estética" se denomina clitoridectomía y consiste en la ablación del clítoris. Algunas veces se completa con otra operación llamada infibulación, que se practica en Somalia, así como entre los pueblos del Sudán y Dankalis, a las niñas menores. Consiste en hacer una sutura perineo-vulvar después de la ablación del clítoris y de las ninfas. Más tarde, cuando la mujer va a dar a luz, hay forzosamente que volver a operar para permitir el parto. Después, se vuelve a suturar. Sólo podemos pensar con horror en la serie de incisiones y suturas que sufren estas mujeres a lo largo de múltiples partos. Todas estas operaciones se hacen, desde luego, sin anestesia, sin asepsia, sin instrumental y sin conocimientos anatómicos adecuados.

La clitoridectomía, costumbre similar, parecerá en comparación casi más humana porque se practica una sola vez en la vida de una mujer. Se han inventado buenos pretextos en Africa, en los países del Medio Oriente, en Australia, para la ablación del clítoris. Para el africano, la mujer sin clítoris es menos fecunda. El egipcio afirma que puede ser un obstáculo para el parto, y si el nigeriano no opera a la niña en las semanas después del nacimiento, piensa que la recién nacida no crecerá bien y morirá pronto.



En el valle del Nilo, desde Alejandría hasta Jartum, desde Etiopía y Siria hasta Irak, la clitoridectomía se practica en las niñas de 6 a 7 años. Una comadrona se encarga de la operación mientras que algún familiar inmoviliza a la paciente, a quién se le ayuda a no gritar poniéndole un pedazo de madera entre los dientes. En Africa Central el acontecimiento es más importante todavía. Se hace una fiesta que reúne, por una parte, a los niños para la circuncisión y, por la otra, a las niñas para la excisión. Todos ellos pacientes de entre 13 y 15 años. Si durante la operación no se secciona un nervio o una arteria, las curas post operatorias son variadas: poso de café, agua fría, emplasto a base de excrementos de animales, o el baile, según les parezca mejor.

Cuando en 1880 los misioneros en Etiopía quisieron prohibir la clitoridectomía, provocaron una auténtica rebelión. En 1947, el gobierno de Jartum prohibió la infibulación y exigió la anestesia general para la escisión. Este decreto se aplicó durante muy poco tiempo. Las económicas comadronas no conocían la anestesia. En 1961 la ginecóloga inglesa Muir Leach contó 1,180 mujeres infibuladas en el Sudán. En 1959, un decreto del Cairo declaró ilegal la clitoridectomía. Este decreto fue válido en la ciudad, pero escasamente en el campo. En 1961 una mujer no "infibulada" sencillamente no encontraba marido en el Sudán.



★ En 1962 hubo 1,700 excisiones que ocasionaron 12 muertes post operatorias entre los baules de la Costa de Marfil.

% En 1967 el jeque Hassan El Ma'Moun declara que la clitoridectomía era parte de las culturas del Islam.

★ En 1971, se encontró, en Abdijén, que el 30% de las mujeres habían sido mutiladas en esa forma. Se acepta como una de las razones de la rebelión de los Mau-Mau en Kenia la obstinación que tenían los maestros de escuela ingleses en querer erradicar dicha costumbre ancestral.

★ En 1963, Jome Kenyatta, a pesar de sus estudios en excelentes colegios británicos, propugnó por que la ley de la clitoridectomía fuese de nuevo 'obligatoria'.

★ En 1970, en Guinea, el 84% de las niñas padecieron la escisión. Con temor, el 8% aceptan tener todavía clítoris. El 44% decide someter a sus hijas a dicha operación.

★ En 1971, en Somalia, las mujeres que entran al ejército deben someterse a un control médico para comprobar su virginidad y tienen más aceptación si, además, han sido infibuladas.



Estos datos elocuentes y asombrosos hablan por sí solos. Es evidente que en las diversas culturas existen también diversas costumbres que nos parecerán más o menos extrañas, y que podemos o no aceptar: pero no podemos considerar la práctica de la infibulación como una costumbre exótica sino que debemos verla como lo que es: una mutilación física practicada a una menor y que la priva de su integridad corporal.

Las razones exactas de las costumbres arcaicas y autóctonas se pierden generalmente en la noche de los tiempos. ¿Por qué la deformación craneal de los mayas? ¿Por qué las narigueras, los bezotes, los aretes? ¿Por qué algunas mujeres hoy en día se perforan las orejas? ¡Esteticismo! El sentido estético del vecino no coincide siempre con el de uno. Pero ¿por qué tiene que ser el de uno mejor que el del otro?

En el caso de la clitoridectomía se dan varias explicaciones, ninguna válida, por supuesto. En realidad, esta operación no es más que una peligrosa mutilación de la función erótica. Si los primeros psiquiatras hubieran sido mujeres se hubiesen seguramente escrito muchos libros sobre la psique de hombres capaces de tales barbaridades. Si los primeros etnólogos hubiesen sido mujeres, quizá ya hubiera desaparecido esta bárbara costumbre. En realidad, dicha costumbre sólo revela la inseguridad del hombre frente a sí mismo y frente a la mujer, así como la ignorancia que todavía existe en este campo, a pesar de la enorme divulgación que se da a la sexología desde hace una década.

margarita peña

¿feminismo de fernández de lizardi?

José Joaquín Fernández de Lizardi no es solamente el novelista autor de *El periquillo sarniento*, *La Quijotita y su prima* y *Don Catrín de la Fachenda*, sino también el autor de poesía diversa —fábulas al estilo siglo XVIII, burlescas anacreónticas y de toda una producción periodística que inundó los comienzos del siglo XIX con una marejada de sátira, ironía solapada, crítica abierta cuando era necesaria y opiniones varias sobre los males que aquejaban al país. Entre estos figuraban la falta de educación del pueblo, y en particular, la ausencia de educación en las mujeres, lastre que él va a descubrir y reprobar ampliamente en *La Quijotita*. . . , y que no dejará de comentar en ingeniosas apostillas o en mínimos artículos de los múltiples periódicos que publicó a lo largo de su vida. En uno de estos, su famoso *Cajoncitos de la alacena*, número 10, aparecido el miércoles 20 de diciembre de 1815, se refiere a una actitud que nos ha castigado durante siglos: el desdén con que el hombre suele tratar a la mujer cuando la pareja se ubica en el contexto del trato conyugal cotidiano. La mujer, pontifica el marido, a la cocina, a guisar los frijoles, a vigilar la sopa. Lizardi, con una sutileza que no se nos escapa, critica a lo largo de un diálogo vivo, recreado en un lenguaje coloquial, en el cual él se coloca como personaje, la situación en la que el marido se empeña en

ver a la esposa como un ser sin status intelectual alguno, carente incluso de perspectivas racionales. Y a la postre, Lizardi dará la razón a la mujer, colocando al hombre en el papel del necio que no sabe escuchar, calando de paso, en uno de sus tópicos preferidos: la mujer posee una sabiduría natural que no ha desarrollado suficientemente por la ausencia de una educación que le ha sido negada en un mundo de hombre. Esta conclusión, que no se da en el texto de modo explícito, de algún modo se colige de un refrán, de dos filos, que Lizardi recoge de la tradición popular: “El consejo de la mujer es poco, y el que no lo toma es loco”. Parafraseando: la opinión femenina puede ser despreciable, pero, aún así, quien no la tome en cuenta, será un insensato. ¿Premoniciones de feminismo en Lizardi? No olvidemos que don José Joaquín se había inspirado, para esto de la educación de las mujeres, en lecturas francesas de la Ilustración, y por tanto, de moda: Fénélon, Blanchard. Moralista severo, nuestro autor abogará durante toda su vida porque se dote de mayor instrucción a la mujer. Recordemos que Pudenciana, la prima sensata de la Quijotita, había aprendido el oficio de relojera. Y a Pudenciana le va bien en la vida, en tanto que la Quijotita, por ignorancia, por incultura, por in-

dolencia moral termina perdiéndose en los oscuros abismos de la prostitución. Evidentemente, Lizardi se configura como defensor de la mujer decimonónica y para nosotras, que lo leemos a siglo y medio de distancia, como precursor de un fe-

minismo que se sustenta en la valoración de la natural sabiduría de la mujer incrementada por el don inapreciable de la educación. Pero hé aquí, reproducido sin cambios ni alteraciones, el texto que ha dado pie al comentario anterior.

LA GRAN BARATA DEL PENSADOR MEXICANO

Miércoles 20 de diciembre de 1815

Esta barata procedió del siguiente diálogo que pasó entre mi mujer y yo. Supondremos que ella se llama Lucinda, y así los interlocutores serán:

Lucinda y El Pensador



PENSADOR: Es gana, si yo no peino cabeza que no me salga tiñosa. . . ¡Voto a. . .!

LUCINDA: ¿Qué tienes, hombre, que vienes tan incómodo? ¿Qué te ha sucedido?

PENSADOR: *Quién sabe. Déjame. Vete a ver si se han quemado los frijoles, y no me muelas.*

LUCINDA: *Ahora sí, ¿conque en la calle tienes tus incomodidades, y vienes a desquitarlas conmigo?*

PENSADOR: *¿Y eso te admira? ¿No ves que así lo hacen los más hombres?*

LUCINDA: *Eso serán los pícaros; pero no los hombres de bien, y yo por tal te he tenido hasta ahora; y aun esos hacen muy mal, porque ¿qué razón hay para que si un hombre tiene alguna molestia en la calle, quiera desahogarse en su casa maltratando o riñendo con su mujer que en nada se ha metido?*

PENSADOR: *Pues tengan o no tengan razón, a mí nada me importa eso. Lo que me importa es que me dejes.*

LUCINDA: *Pero dime qué te ha sucedido, a ver si entre los dos se puede remediar.*

PENSADOR: *¿Qué remediar, ni qué calabaza! ¿Remediarás la calma que les ha entrado a mis pronósticos, que han tenido de costo en su impresión como cincuenta pesos, y maldito si se han vendido cuatro?*

LUCINDA: *¿Y eso te apura?*

PENSADOR: *¿Pues no me ha de apurar, que ya hoy estamos a diez y nueve de diciembre, y si no se venden en este mes, se me quedan en el cuerpo?*

LUCINDA: *Pero ¿por qué se te han de quedar?*

PENSADOR: *¡Esa es otra! Porque no se vende, ¿por qué ha de ser?*

LUCINDA: *Pero aunque no se vendan, no se quedarán en el cuerpo, ¿pues que los boticarios y los tenderos les harán el desaire?*

PENSADOR: *Ya se ve que no; mas eso es lo que yo no quiero. Sobre todo, anda mira tus frijoles o tu almohadilla y no me estés incomodando.*



Las cursivas del texto son nuestras, y se pretende con ellas enfatizar los términos sexistas del trato en la pareja —inferioridad, a todos los niveles, de la mujer; superioridad evidente del hombre que privaban en el mundo lizardiano

LUCINDA: *Mira: sosiégate, yo estoy pensando un modo con el que cuando no ganes nada, a lo menos, no pierdas en tu pronóstico.*

PENSADOR: *¡Ojalá y fuera bueno el pensamiento! Entonces serías tú, mejor pensadora que yo. A ver, di qué has pensado.*

LUCINDA: *Que hagas una barata de pronósticos y la anuncies al público en un cajoncito, que ya tú ves que siempre la gente se va a lo barato.*

PENSADOR: *Dices muy bien; pero temo que la diligencia será vana, porque todas las cosas necesitan el tiempo de su fervor. Ya has visto lo que sucedió poco hace con las baratas de trapos que todos los días nos las anunciaban a pares, y en cuanto el consulado metió la mano, a Dios baratas, ni quien las miente.*

LUCINDA: *Pero a mí me han dicho que eso no es porque faltan barateros; antes sé de algunos que han pretendido anunciar sus baratas al público, y con arreglo a la orden del consulado, han gastado el dinero en la pretensión y no han logrado nada.*

PENSADOR: *¿Pero en qué estará eso? Porque ciertamente es chocante la noticia. ¿Cada uno no es dueño de lo suyo para hacer con ello lo que quiera? Y fuera de eso, en dando las baratas con arreglo a lo últimamente mandado por el superior gobierno, ¿quién podrá embarazárselo a nadie, se entiende con justicia? Vamos, te habrán engañado, o tú no te sabrás explicar.*

LUCINDA: *No, no me han engañado. Es así como te lo digo; pero esto no te importa, lo que debes hacer es poner tu barata de pronósticos, y tú te acordarás de mí.*

PENSADOR: *Dices bien, El consejo de la mujer es poco, y el que no lo toma dice el refrán que es loco. Conque vamos a ver, manos a la obra.*

LUCINDA: *Pues pon tu barata, mientras voy a ver si ya hizo la sopa la muchacha. . .*



del siglo XIX, y que, por lo demás, no se han visto modificados en el mundo "freudiano" del siglo XX. En este sentido, la vigencia del texto nos parece evidente. ♪

teresita de barbieri

¿cuándo y por qué trabajan las mujeres?

Este artículo debe ser leído como un intento breve de sistematización de las hipótesis más importantes que hoy día se manejan en ciertos círculos académicos en los que se problematiza el ser social del sexo femenino, la división social sexual del trabajo vigente en nuestras sociedades y la familia, institución social donde se produce la interrelación de los sexos y las generaciones. No se trata de una exposición de un conjunto de ideas totalmente acabadas y coherentes. El tema ha tomado vigor desde muy pocos años a esta parte, lo que implica limitaciones importantes. Por un lado, los grandes teóricos del pensamiento social no nos han dejado más que anotaciones, sugerencias, pistas posibles para investigar el tema, pero a nivel de la teoría no existe un conjunto sistemático y organizado del cual podamos asirnos. Por el otro, la evidencia empírica es escasa y fragmentada, aun cuando el número y la calidad de las investigaciones aumenta día a día.

El problema se complica aún más cuando lo que se pretende es tratar de comprender el trabajo de las mujeres en Latinoamérica, donde tanto a nivel urbano como rural se encuentran las más variadas formas de producción y circulación y cuya articulación con el modo de producción capitalista dominante no está aún totalmente clara. Todo ello nos ha llevado a profundizar en el análisis del pensamiento marxista, sin desdeñar otros aportes. Los

resultados pueden ser heterodoxos, pero creemos que en el momento en que nos encontramos no es posible cerrarse a esquemas conceptuales exageradamente rígidos.¹

Algunas características del trabajo de las mujeres en América Latina

El trabajo femenino como problema de análisis sociológico, aparece como un fenómeno complejo. Y si bien las relaciones de clase están presentes, no puede ser explicado en los términos tradicionales que *éste* supone. A lo largo de estas páginas trataremos de ver una serie de mediaciones que lo hacen distinto o diferente del trabajo masculino. Para ello debemos primero abordar sus características principales, tal como se ha venido observando en América Latina.(1)

Como es obvio, no todas las mujeres trabajan en forma remunerada. De la población femenina potencialmente activa, en

(1) Ver Henry Kirsch: "La participación de la mujer en los mercados laborales latinoamericanos". En CEPAL: *Mujeres en América Latina*. Fondo de Cultura Económica, México, 1975.

América Latina sólo un porcentaje que no llega a pasar del 25% en algunos países, lo hace. Esta población trabajadora tiene además características especiales. Está constituida por lo general, por mujeres jóvenes. A partir de los 25 años de edad decrece su participación en la fuerza de trabajo activa. Es soltera, viuda, divorciada o separada. En los estados civiles que significan la formación de una pareja —casadas y convivientes— las tasas de participación se reducen en forma ostensible con respecto a las restantes. Y la participación disminuye aún más cuando las mujeres tienen hijos, especialmente a partir del segundo.

En las áreas urbanas y especialmente en las grandes ciudades, la participación de las mujeres es mayor que en las rurales, aumentando también la de las mujeres casadas.(2)

Las ocupaciones que desempeñan están concentradas en algunos rubros especiales: empleadas domésticas —que en la mayoría de los países ocupan la cuarta parte o más de la fuerza de trabajo femenina—, obreras —especialmente en la confección, la producción de alimentos, la electrónica, los textiles, etc.—, empleadas de comercio —vendedoras y trabajadoras por cuenta propia—, empleadas de oficina —secretarias, mecanógrafas, etc.—, maestras y profesoras en los niveles pre-escolar, primario y secundario, empleadas en los servicios de salud —enfermeras y auxiliares de enfermería. En todas estas ocupaciones llegan a significar la mitad o más del personal total ocupado, siendo el caso del servicio doméstico donde la proporción se eleva en algunos países como México al 90%. Estas ocupaciones son las denominadas "ocupaciones femeninas". Como se puede ver, ninguna de ellas significa poder de decisión o capacidad de mando sobre un número relativamente importante de dependientes.

En cuanto al nivel educativo de la fuerza de trabajo en América Latina se observa que tiene más años de escolaridad promedio que la que presentan los varones, aun cuando en algunos países como México, las oportunidades de educación de las mujeres son menores que las de los varones.

Los niveles de remuneración, en cambio, son menores que para los varones, ya sea que se paga menos por el mismo trabajo, ya que las ocupaciones femeninas son ocupaciones cuyos sueldos y salarios son más bajos que los masculinos. Un ejemplo bastante claro lo constituyen los niveles de remuneración de los profesores pre-primarios y primarios, sector ampliamente dominado por las mujeres, y que en nuestro continente se caracteriza por tener remuneraciones que apenas superan el salario mínimo y que se

(2) Aunque coincidimos plenamente con la crítica a la forma de captar la información de las estadísticas de fuerza de trabajo, que prescinden del trabajo de las mujeres en los sectores rurales, no poseemos datos que permitan evaluarlo correctamente.

equiparan muchas veces con los de los obreros semicalificados, si bien tienen varios años más de educación formal.

Como se puede ver, éste no es un problema que atañe a una clase social únicamente. No están concentradas las mujeres en un solo tipo de trabajo y en cuanto a la categoría ocupacional, si bien se concentran en obreras y empleadas —al igual que los varones—, hay porcentajes importantes de mujeres trabajadoras por cuenta propia y familiares no remuneradas. Donde la participación es más escasa es en la categoría patrón o empleador, pero también ahí hay mujeres.

La pregunta es saber si existe o es posible encontrar una única explicación que abarque los aspectos señalados.

Las mujeres en el capitalismo.

A nuestro entender, y para tratar de ir avanzando en una explicación acerca del trabajo de las mujeres, es necesario considerar a éstas dentro de una perspectiva más global que incluye a mujeres y varones dentro del modo de producción dominante. En última instancia se trata del problema de la división del trabajo entre los sexos en el capitalismo.

Como es sabido, el capitalismo se caracteriza en lo fundamental por la separación entre propiedad de los medios de producción del productor directo y por la presencia de trabajadores libres, que no teniendo otra mercancía que vender deben vender su fuerza de trabajo.

Ahora bien, esta separación entre productor directo y propietario de los medios de producción implica la separación entre las unidades de producción y de consumo y reproducción. Hasta entonces la producción, el consumo y la reproducción se realizaban en una misma unidad, la unidad doméstica que se generaba alrededor de la familia. En ella se producía para el consumo interno tanto los alimentos cuanto el vestido, la habitación, los utensilios, etc. La división del trabajo entre los sexos atendía a cubrir de la manera más eficiente posible las necesidades que se generaban al interior del núcleo familiar. Y los hijos significaban ya sea la posibilidad de persistencia de un patrimonio —como en el antiguo régimen—, ya la sobrevivencia de la tribu o el grupo, como en las comunidades primitivas.

La producción al interior de la unidad doméstica estaba en función de las necesidades de consumo de la propia unidad. Así, según el número y la edad de los integrantes eran las necesidades de alimentos que había que producir, la cantidad de ropas, etc.



Por lo tanto la unidad doméstica controlaba y administraba el trabajo y los insumos de acuerdo con sus propios cálculos. Si bien la autoridad y el poder seguía la línea masculina, varones y mujeres se integraban de manera armónica en la realización de tareas que permitían asegurar la supervivencia económica, biológica, cultural, etc. No queremos plantear como etapa idílica o paraíso terrenal perdido las relaciones entre los sexos en etapas anteriores al capitalismo. Pero de la lectura de los trabajos de los antropólogos cuando estudian sociedades primitivas, así como de los historiadores, surge claramente la idea de la armonía necesaria entre las tareas de uno y otro sexo. En la medida que estas formas de organización implican la sobrevivencia del conjunto, y a la vez, en la medida en que cada unidad doméstica controla a la vez la producción y el consumo, la vida humana y la organización social tienen una armonía y complementariedad que se pierde de vista hoy en día.

¿Qué sucede cuando el capitalismo se afianza y se establece como modo de producción dominante? La separación entre medios de producción y productor directo implica la socialización de la producción y ampliación del mercado. Y con ellos toda una esfera del acontecer de los hombres se separa de la esfera doméstica: el productor directo —y consumidor directo— deja de controlarlas. Para poder seguir subsistiendo el productor directo debe vender su fuerza de trabajo por un salario. Entonces las actividades que aparecían conjuntas como tareas necesarias para asegurar la sobrevivencia de la familia y de la comunidad se disocian. Por un lado aparece la producción, por el otro el consumo y la reproducción. Para atender al consumo individual y la reproducción, ya no será posible la organización del trabajo al interior de la unidad doméstica, sino que se deberá proveer del dinero que haga posible la compra de las mercancías necesarias para mantener el ser vivo del productor directo y de los restantes miembros de la familia. El ciclo de cada día para el trabajador asalariado será: venta de su fuerza de trabajo a los efectos de obtener el dinero que haga posible la compra de las mercancías con las cuales atender el consumo individual que sirven para su mantenimiento y reproducción.

Se produce entonces una división del trabajo sobre la ya existente. Los varones pasan a vender su fuerza de trabajo en el sector socializado, en tanto las mujeres se especializan aún más en las tareas que tienen que ver con el consumo individual y las de la reproducción de la fuerza de trabajo. Y también una especialización en los mercados: el varón actúa preferentemente en el mercado de la fuerza de trabajo, en tanto que la mujer lo hace en el mercado de los bienes de consumo finales.

Pero he aquí que el capitalismo no es propiamente tal sino en la medida en que se pasa de la reproducción simple a la reproducción ampliada, es decir, en la medida en que se expande, crea más valor y capitaliza el capital. Para ello necesita cada vez más de la existencia de fuerza de trabajo libre, que la proporcionan los propios obreros al reproducirse como clase. Es decir, el capitalismo al reproducirse y ampliarse, reproduce las condiciones de su existencia como tal, las condiciones de explotación. Por lo tanto, el consumo individual del obrero es también consumo productivo, en la medida que produce o sirve para mantener y reproducir la fuerza de trabajo necesaria para crear más valor, para capitalizar el capital.

Pero esto no es tan simple. Todos sabemos que en las etapas iniciales del capitalismo, en el período de la manufactura y en los momentos de la gran industria — cuando la acumulación se daba a partir de la prolongación de la jornada de trabajo — las mujeres constituyeron fuerza de trabajo que permitió — por su menor valor — obtener grandes tasas de ganancia. A la vez que su presencia en el mercado de trabajo disminuyó el valor de la fuerza de trabajo del varón adulto. Pero la brutal explotación de la fuerza de trabajo femenina tuvo un costo. Este se presentó cuando la calidad de la vida de las nuevas generaciones obreras apareció ostensiblemente disminuida, cuando los reclutas del ejército británico comenzaron a escasear. Entonces ya la tecnología permitía sustituir fuerza de trabajo mediante máquinas y se pasó de la extracción de plusvalía absoluta a la plusvalía relativa. Y las mujeres comenzaron a ser rechazadas de las fábricas. La familia burguesa extendió su modelo sobre la familia proletaria y las mujeres de la clase obrera pasaron a criar sus hijos, atender la casa y a sus esposos. De ahora en adelante las mujeres formarán el ejército de reserva potencial para la industria, llamado a filas en los casos de escasez de la fuerza de trabajo. Pero así y todo, sucede que ciertas tareas van quedando en manos de las mujeres. No toda la producción de bienes materiales y servicios es realizada por los varones, sino que se van perfilando sectores para los cuales la industria, el comercio, el Estado, etc. prefieren emplear mujeres. Aparece entonces el mercado de trabajo femenino, distinto del masculino y que como característica fundamental tiene la de ser una prolongación de las tareas del hogar, o bien de trabajos que por tediosos o por exigir extrema prolijidad se considera que no pueden realizar los varones.

Y mientras para el varón la alternativa se traduce en ocupación-desocupación, para las mujeres la alternativa es ama de casa-ocupación-desocupación. Es decir, mientras al varón la sociedad capitalista lo obliga y constriñe a trabajar para obtener el dinero necesario para su mantenimiento y reproducción, a la mujer se le ofrecen dos alternativas de trabajo: o el trabajo remunerado es-

caso y sólo en ciertas ramas y ocupaciones muy delimitadas, o el trabajo no remunerado — pero no por ello menos trabajo — en la casa atendiendo al mantenimiento de la fuerza de trabajo del varón y de sus futuros sustitutos en el mercado de trabajo.

Es en el trabajo doméstico donde creemos que se encuentra la naturaleza social de la mujer. En la necesidad de mantenerlo, porque cumple funciones tanto a nivel económico como a nivel político-ideológico, donde se pueden encontrar las determinaciones que permitan explicar comportamientos posteriores. Porque las mujeres siendo amas de casa entregan su trabajo sin pasar por los mecanismos del mercado, es decir, sin que el valor que crean se realice. En última instancia lo que la sociedad capitalista espera de las mujeres es esta entrega abnegada, gratuita, cotidiana, de fuerza de trabajo que al no transarse en el mercado permite mantener a la fuerza de trabajo que sí se transa, en niveles de remuneración por debajo de su valor. Y por lo tanto mantener y aumentar las tasas de ganancia de la clase que posee capital. (3)

Pero la sociedad capitalista espera aún otra cosa más de las mujeres. Al reproducir la fuerza de trabajo, al realizar el trabajo

(3) Margaret Benston: "Para una economía política de la liberación femenina". En *La liberación de la mujer: año cero*. Granica Editor, Buenos Aires, 1972.

Isabel Larguía y John Dumoulin: "Aspectos de la condición laboral de la mujer". En *Casa de las Américas*, No. 88, enero-febrero 1975.



doméstico, las mujeres están transmitiendo a las generaciones futuras los valores, pautas de conducta, la moral vigente, es decir, la ideología de la clase dominante. La mujer aislada en su casa no interactúa más que con los suyos, no tiene posibilidades de establecer contactos que le permitan la crítica, que le permitan hacer consciente las contradicciones a que está sometida a diario.

En última instancia el ser madre, el ser esposa, el ser ama de casa, es decir, el ser mujer en las sociedades capitalistas significa la entrega cotidiana de trabajo gratuito que permite la reproducción material e ideológica del sistema.

Creemos que a partir de aquí es donde pueden interpretarse las diferencias de salarios entre varones y mujeres. Porque aunque todos los códigos del trabajo proclaman la vigencia del principio de salario igual por trabajo igual sabemos que en la práctica se transgrede. O bien como ya vimos, los sueldos y salarios de las ocupaciones femeninas son más bajos que los de las masculinas. Veamos: cuando el varón termina su jornada de trabajo se supone que ocupa el tiempo extra en la recuperación de la energía desgastada ya que todas las tareas concomitantes o previas a la realización de su consumo individual las realiza otra persona. La mujer, en cambio, al terminar su jornada de trabajo remunerado debe realizar otra jornada de trabajo no remunerado con el consiguiente desgaste, acortándose así el tiempo y las posibilidades de recuperación de su fuerza de trabajo. Y por lo tanto la disponibilidad de varones y mujeres para quien lo contrata es diferente. Al capital que compra fuerza de trabajo le interesa que la misma esté totalmente disponible, aún en las horas en que no la ocupa. Y la fuerza de trabajo femenina dadas las características de la división del trabajo entre los sexos, no lo está.

¿Cuándo y por qué trabajan las mujeres?

Si bien el sistema espera de las mujeres la entrega de trabajo gratuito no están excluidas de la fuerza de trabajo remunerada. La pregunta entonces surge ¿por qué trabajan las mujeres, aún las que tienen hijos? ¿Cuándo trabajan? ¿Cómo es que en un continente como el latinoamericano, donde la desocupación abierta y encubierta tienen niveles tan altos, existe el trabajo femenino?

Nuestra hipótesis al respecto pasa por la consideración de la familia, como unidad mediadora entre la sociedad, las clases sociales y el individuo. Unidad que redefine los procesos sociales y encauza la acción de las personas. Es allí donde se dan los procesos más importantes en cuanto a la división del trabajo, en función de estrategias de vida, a través de un cálculo racional — aunque la mayor parte de las veces inconsciente — de los recursos y las necesidades, los insumos y los gastos.



A nuestro entender, las familias determinan sus niveles de consumo tanto de los bienes materiales cuanto de los servicios. Las expectativas de vida para cada uno de sus miembros: las necesidades de alimentación, vivienda, vestuario, educación, salud, recreaciones, etc. Evalúan los recursos de que disponen: capital, si es que poseen, fuerza de trabajo y su valor en el mercado, trabajo no remunerado que es posible invertir, etc. Y en función de las necesidades y de los recursos se establece la división del trabajo: quiénes van a trabajar en forma remunerada, quiénes van a hacerlo en forma no remunerada. Es evidente que en cada clase o fracción de clase las aspiraciones, necesidades y recursos son diferentes. Los factores de tipo ideológico acerca del papel de la mujer y de los niños y los jóvenes entran también dentro de esta evaluación. Y será en función de todos estos elementos que se determinará quiénes y desde qué momento trabajarán, en qué trabajarán, etc. Es entonces a partir de estas estrategias que se establece el trabajo de las mujeres. Algunas investigaciones recientes(4) han puesto de manifiesto la forma de articulación del

(4) Joaquín Duque y Ernesto Pastrana: *Las estrategias de supervivencia económica de las unidades familiares del sector popular. Una investigación exploratoria*. FLACSO — ELAS, Santiago de Chile, 1973 (mimeo)

trabajo de los distintos integrantes de familias algunos sectores populares urbanos, donde los recursos son escasos y las necesidades muy amplias. Y a partir de allí se puede ver cómo a pesar de la homogeneidad aparente, se establecen diferentes estrategias para jefes de familia obreros, para subproletarios con trayectorias de trabajo relativamente estables, para los que tienen la inestabilidad como característica principal. Pero creemos que es posible establecer diferentes estrategias también en los sectores medios donde si bien los recursos son más amplios, también lo son los niveles de consumo y los límites por debajo de los cuales no parece posible descender sin provocar fracturas importantes en los niveles de vida.

En la intersección de las necesidades económicas de la unidad doméstica y la oferta del mercado femenino es donde se encuentra la inserción real de las mujeres en el mundo del trabajo remunerado. Y a partir de la identificación de las distintas estrategias podremos ir profundizando en el conocimiento de la articulación del trabajo remunerado y el trabajo doméstico en cada clase o fracción de clase.

Por lo poco que sabemos parecería que las posibilidades que ofrece el mercado de trabajo para las mujeres en América Latina estarían muy relacionadas con la educación, es decir, en cada nivel educativo son muy pocas las posibilidades ocupacionales concretas a las que pueden acceder las mujeres. Y ya sabemos que en nuestro continente la educación depende del origen de clase. Así quienes tienen las mejores oportunidades de empleo serán aquellas de los sectores más altos, las que han podido realizar estudios universitarios, hablan y escriben dos o tres idiomas etc. En estos sectores las mujeres casadas y con hijos pequeños pueden trabajar sin grandes tensiones, dado que el monto del dinero que maneja la familia permite educar a los niños, adquirir los servicios que sean necesarios en el mercado —incluidas guarderías infantiles— y contratar servicio doméstico que realice la mayor parte de las tareas domésticas.

En los sectores medios asalariados y la pequeña burguesía urbanos, serán las mujeres jóvenes, solteras, egresadas del nivel secundario y aún primario las que permanecerán en la fuerza de trabajo hasta tanto contraigan matrimonio. Esta parece ser la estrategia más frecuente, donde el trabajo doméstico correrá por cuenta de la madre y los ingresos generados por el trabajo de las jóvenes permitirá el mantenimiento propio a la vez que aumentar el gasto familiar y el consecuente nivel de vida de sus integrantes. Sin embargo, tanto en los sectores medios como en los populares urbanos se producen estrategias diferentes, que incluyen el trabajo del ama de casa. Se trata fundamentalmente de los casos en que la educación de los niños y los jóvenes se valora altamente, o





donde las necesidades de consumo se amplían, desde el consumo de alimentos de mejor calidad hasta el consumo superfluo o la capitalización. Muchas veces el total del trabajo doméstico se divide siguiendo la línea sexual, y las hijas mujeres jóvenes, generalmente estudiantes, pasan a realizar parte de las tareas domésticas que desempeñaban sus madres o el servicio doméstico.

Otras veces el lugar que deja el ama de casa es ocupado por algún familiar de sexo femenino —su madre, alguna hermana soltera— quien asume la totalidad o casi totalidad del trabajo doméstico.

En otras estrategias, generadas en los llamados sectores "mar-

ginales" de las ciudades, se prefiere emplear a los niños, aún cuando estén en edad escolar, manteniéndose la madre como ama de casa. Y en aquellos sectores donde no es posible obtener el dinero necesario más que con el trabajo de todos sus miembros, las mujeres se emplearán en el servicio doméstico, en la venta ambulante y aún en la prostitución.

También es necesario considerar las estrategias que se pueden generar en los sectores rurales, a partir de las familias campesinas, donde trabajo en la producción y trabajo doméstico se confunden y donde el trabajo remunerado de varones y mujeres sigue secuencias temporales dictadas por el ritmo de la producción agrícola. Aquí es importante el papel de las hijas mujeres, solteras, que recién entradas en la adolescencia se trasladan a las ciudades a ocuparse en el servicio doméstico y atienden con sus ingresos el presupuesto familiar.

Un último caso que merece citarse es el de las situaciones de disminución absoluta de demanda de fuerza de trabajo, tanto femenina como masculina, donde la experiencia indica la plasticidad demostrada por las mujeres, las que pueden descender varios escalones en materia de prestigio ocupacional y pasar de secretarías de oficina o estudiantes universitarias a empleadas domésticas, lavanderas, etc. Esta situación puede en alguna medida asimilarse a la de la pérdida del cónyuge en los casos de viudez o abandono.

Como se puede ver no se ha considerado aquí la respuesta bastante frecuente entre ciertas mujeres en cuanto a que trabajan por mantenerse ocupadas, lo que se ha dado en llamar la realización personal en el trabajo. Pero sucede que cuando se entrevista a mujeres trabajadoras y a las que aún cuando no busquen trabajo, desearían trabajar, en casi todos los sectores sociales es posible encontrar —y sin hurgar demasiado— una motivación económica como determinante. Esto no excluye el hastío que produce el trabajo doméstico ni la necesidad psicológica de interactuar con otras personas. Pero ya sea para comer o para pagar viajes costosos, la necesidad de obtener dinero para incrementar los ingresos familiares está siempre presente.

Así las mujeres constituyen un fondo de reserva tanto para el sistema cuanto para la familia. Para aquél como reserva de fuerza de trabajo disponible, barata, fácilmente explotable. Para la familia, fuente de recursos capaz de traer parte o la totalidad del dinero necesario para el mantenimiento y la reproducción. Entonces entrarán en el mercado de trabajo dentro de los límites estrechos que éste le fija y en la inmensa mayoría de los casos, en condiciones de explotación similares o mayores que los varones explotados. ♣

susana vidales tamayo

¿vendes caro tu amor, aventurera?

La idea generalizada de que la prostitución se debe a la maldad, a la degeneración de algunas mujeres a las que "les gusta", aún tiene vigencia. Esta explicación sigue la línea que se usa en el caso de los desposeídos: son pobres porque son flojos. Estas explicaciones fáciles y mezquinas pretenden ocultar todos los problemas sociales que las determinan.

Las causas de la prostitución en la sociedad de clases deben buscarse, en primer término, en la estructura autoritaria y represiva de la familia y en las condiciones de miseria y explotación en que vive la gran mayoría de la población.

Aún en nuestros días la familia constituye el principal sostén del sistema capitalista y su función más importante es la creación de individuos sumisos y obedientes, acostumbrados a obedecer a una autoridad y a respetarla. Por medio de la familia se inculcan los valores ideológicos del capitalismo de manera eficaz y resultan así más fáciles de aceptar, porque los reciben seres en vías de formación.

Si a esta función le agregamos el papel de la familia como núcleo de consumo, como reserva de mano de obra barata, como repositora de la fuerza de trabajo masculina, tendremos la visión completa del por qué de su importancia para el sistema.

Una de las funciones que la familia lleva a cabo y que permite su supervivencia y la del sistema de explotación que representa, es la represión sexual que ejerce sobre sus miembros. Esto constituye una causa importante de la prostitución en tanto que es responsable directa del fracaso sexual del matrimonio y de la deformación de la sexualidad masculina.

Desde la más tierna edad, la sexualidad de los niños es ferozmente reprimida, no se les permite la masturbación, ni la vista de su desnudez o la ajena, así como tampoco se les deja en libertad de explorar sus cuerpos, y se les prohíbe toda clase de juegos de tipo erótico. En resumen, se les educa en la negación del placer.

Esta represión de la sexualidad tiene sus variantes dependiendo del sexo de que se trate. A la niña se la educa en el entendido de que el sexo es sucio y pecaminoso, que ella debe ser pura y buena y por tanto abstenerse de manifestar deseos en ese sentido. Se le mantiene en una completa ignorancia de todo lo relacionado con su sexualidad, y si ésta se menciona es a través de la explicación de funciones biológicas, relacionando siempre la sexualidad con la procreación.



Al niño también se le educa en la negación del placer, pero se admite que él posee deseos "animales" que de alguna forma debe satisfacer. Su sexualidad se distorsiona al hacerle ver a las mujeres como objetos sexuales, clasificándolas además en putas o santas, dependiendo del comportamiento sexual que éstas observen. Hay buenas y malas mujeres y éstas responden a la existencia de mujeres para amar y casarse con ellas y mujeres para gozar, para satisfacerse sexualmente con ellas. Es claro que dentro de la categoría de santas entran la madre, las hermanas y la novia.

Ante la imposibilidad de practicar relaciones sexuales con jóvenes de su misma edad y círculo social, o bien por esa penetración ideológica sufrida, que le ha condicionado a realizar esa separación entre las mujeres, de tal forma que el joven sería incapaz de hacer ningún tipo de proposiciones a sus amigas o novia a las que él considera "decentes", el hombre joven se ve, en ambos casos, obligado a recurrir a las prostitutas para la satisfacción de sus deseos sexuales. Esto tiene una consecuencia para su sexualidad, que más tarde también afectará sus relaciones conyugales: el se acostumbra a recibir placer, pero no a proporcionarlo. Al paso del tiempo, el joven que sólo tiene relaciones con prostitutas, a quienes paga por satisfacerse, verá a las mujeres únicamente como eso: objetos sexuales que están a su disposición y no se interesará para nada en si la mujer experimenta o no placer en la relación sexual.

Todo el condicionamiento sufrido durante la infancia lleva a los jóvenes a aceptar el matrimonio como única forma permitida para la práctica de la sexualidad y éste a su vez como justificación para formar una familia. "No es por vicio ni es por fornicio, es por hacer un hijo en tu santo sacrificio".

Llegado el momento del matrimonio, el joven buscará a una mujer educada "decentemente", quien pueda asegurar su virginidad, prometa ser una buena esposa y madre y a la que exigirá cumplir con sus deberes conyugales. Como se trata de una mujer honesta, no le pedirá mucho en cuanto a iniciativa e inventiva sexual, le bastará con sentirse un buen amante, lo cual —tomando en cuenta que la mujer no tiene ninguna experiencia sexual anterior y desconoce todo lo relacionado al sexo— no le será difícil.

La joven, por su parte, afrontará graves dificultades para adaptarse a su "nueva vida" que le plantea contradicciones muy grandes en relación a toda la educación recibida. Junto a la indiferencia del marido en cuanto a su obtención del placer, se le dificultará y, en algunos casos, se le hará imposible la práctica de relaciones sexuales con su marido por toda la educación represiva sufrida anteriormente. En todo caso las

soportará como un deber y hará todo lo posible porque no sean muy frecuentes.

Tenemos pues el cuadro del matrimonio tradicional actual: una mujer insatisfecha y frustrada y un hombre también insatisfecho, que considera a su mujer como un ser pasivo, pero que por ser "decente" no se le puede exigir más, y con todo esto justifica su búsqueda de relaciones extramaritales, ya que ahí están esas otras mujeres que sí pueden satisfacer al hombre cumpliéndole todos sus caprichos: las prostitutas.

Las otras causas de la prostitución, son las económicas. La necesidad de obtener ingresos que les permitan subsistir lleva a muchas mujeres a la prostitución. El sistema capitalista está imposibilitando para integrar toda la fuerza de trabajo disponible a la producción, y esto lo vemos claramente con los altos índices de desempleo, con mayor razón a las mujeres, que están en desventaja desde todos los puntos de vista. Pero la necesidad impera y hay que conseguir dinero a como dé lugar: el robo, la prostitución y la servidumbre son las únicas alternativas para las mujeres a las que la sociedad les ha negado todo. La última alternativa, debido a las pésimas condiciones de trabajo, a la falta de prestaciones y los bajísimos salarios, así como a los abusos de que son víctimas —sobre todo si no son feas— deriva rápidamente en cualquiera de las otras dos o en ambas.

Se da también el caso de mujeres de la clase media (empleadas a todos los niveles, secretaria, etc.) que recurren a la prostitución como una forma de obtener ingresos extras que les permitan satisfacer necesidades creadas por la sociedad de consumo (buena ropa, zapatos, perfumes, etc.) que no podrían obtener con su salario. Así también favorecen sexualmente a su jefe para la obtención de mejoras, puestos o mayor salario. El caso de algunas actrices cabe también en este renglón, porque los favores sexuales a productores, ejecutivos y hombres de dinero les sirve para ascender en el medio.

En su artículo: "Hablemos más claro sobre la prostitución", Francisco Gómezjara señala claramente las implicaciones clasistas que evidencian estas prostitutas (se podría agregar que también racistas, en tanto que las prostitutas de categoría son evidentemente mucho más "bellas" y de color de piel más claro). Por un lado se señala el hecho de que las mujeres que difunden, a través de los medios de comunicación masiva, el prototipo de ideal femenino, son todas ellas artistas que mantienen relaciones sexuales para alcanzar prestigio. "De tal modo que las diosas del mundo moderno son prostitutas, aunque no se les llame así, dado que el término se encuentra estigmatizado y sólo se aplica a las de la clase baja", y por otra parte, los "múltiples ejemplos de las

'inocentes compañeras de diversión' de los conspicuos dirigentes de la banca, la industria y la administración pública, llamadas cinematográficamente 'amantes', son todas ellas prostitutas al servicio de la clase dirigente y a las cuales ni persigue la policía, ni se les 've de menos' en el ambiente político-social y artístico de la sociedad moderna".

A excepción hecha de este último tipo de prostitutas, la mayoría de las mujeres dedicadas a la prostitución recibe pocos ingresos. En encuesta realizada en la Ciudad de México por Rafael Ruiz Harrel*, se puede observar en lo que se refiere a los ingresos que la prostituta recibe en promedio cien pesos diarios —aunque hay quienes cobran hasta dos y tres pesos—, pero se señala que de éstos hay que descontar muchos gastos directos que la prostituta debe realizar para poder ejecutar su oficio. "Quienes trabajan en la calle pagan protección —lo que las protege únicamente de sus protectores—, una comisión al hotel de paso, la multa de las razzias, regalitos a la policía y otros gastos varios. El resultado es que de cada 100 pesos que ganan, les quedan para sí mismas, sólo 37.25 pesos en promedio".

Encontramos también aquí implicaciones clasistas, ya que dependiendo de la categoría de la prostituta, los ingresos son mayores, así las que pueden colocarse en casa de cita obtienen un promedio de 66.33 pesos de cada 100 que ganan. "Las que lo hacen en departamentos más o menos de postín, pueden disponer realmente de 69.85 pesos de cada 100 que ganan".

También se señala que los ingresos disminuyen a medida que aumenta la edad. La prostituta mejor pagada es aquélla entre 15 y 19 años, y tiene un ingreso neto mensual de \$2,132.84, en tanto que la prostituta de 45 años o más tiene un ingreso neto mensual de \$742.12.

Una gran mayoría de las mujeres dedicadas a la prostitución sufren una explotación desmedida por parte de los dueños de burdeles. Así como es frecuente el caso de prostitutas que cubren todos los gastos de "su hombre" que las más de las veces las golpea y obliga a prostituirse.

Aparentemente en la prostituta se presenta un proceso de menosprecio de sí misma, causado en parte por el desprecio de que son objeto por parte de la sociedad, el cual resulta en una necesidad de autocastigarse y esto, unido a una gran necesidad de cariño, es lo que la lleva a aceptar este tipo de relaciones.

Si el negocio de la prostitución no es tal para la prostituta, sí lo es para quienes la controlan. Sería interesante, por ejemplo, investigar la relación existente entre algunas grandes fortunas de la burguesía de la frontera norte del país y la prostitución. Por otro lado, no hay que ir muy lejos para encontrar la existencia de toda una red de prostitución organizada al interior de



DATOS SOBRE LA PROSTITUCION

Grupos de edades	Porcentajes	Años de estudio	No. de hijos	Ingresos diarios*	Ingresos mensuales**
15 a 19 años. . .	12.9	5.50	0.83	\$ 138.83	\$ 2,132.84
20 a 24 años. . .	43.9	2.56	1.64	105.05	1,613.88
25 a 29 años. . .	21.7	2.47	2.52	94.76	1,455.98
30 a 34 años. . .	9.7	2.16	3.37	89.17	1,370.09
35 a 39 años. . .	7.2	1.66	3.74	85.01	1,306.02
40 a 44 años. . .	3.8	0.63	4.16	51.25	787.45
45 años o más. . .	0.8	0.21	4.58	48.30	742.12
TOTALES. . .	100.0	2.72	2.16	\$ 101.69	\$ 1,562.41

NOTAS: Con excepción de los porcentajes, todos los demás son promedios.

* Ingresos en bruto

** Ingresos netos

FUENTE: 1,753 prostitutas entrevistadas en la ciudad de México entre julio de 1971 y mayo de 1972, por un grupo dirigido por Rafael Ruiz Harrell.



los grandes y lujosos hoteles de importantes centros turísticos del país. Acapulco representa un claro ejemplo: una gran parte de los ingresos del puerto provienen de la prostitución, tanto masculina como femenina.

Francisco Gómezjara, en el artículo citado, señala que: "la prostitución y las corporaciones multinacionales del turismo marchan de la mano, aunque el sendero que recorren se reduzca únicamente al campo de los negocios. Fuera de ellos, los grandes empresarios en el seno de sus familias 'monogámicas' reniegan y estigmatizan la prostitución y el vicio; y las prostitutas y nativos, deslumbrados por la participación 'brillante' que les hacen jugar las cadenas hoteleras, de centros nocturnos y agencias de viajes, quedan agradecidos al sistema por las oportunidades que les brindan".

Vemos pues, que si bien la burguesía y el Estado se han venido lamentando siempre de la existencia de tal calamidad social, han sabido, sin embargo, aprovecharla muy a su favor. La policía se llena los bolsillos con ese dinero mal habido, y organiza razzias de prostitutas que responden más a su necesidad de fondos, que a las de saneamiento social.

La burguesía, muchas de cuyas fortunas, hoy invertidas en negocios más "decentes", esto es basados en una explotación

más aceptada, tuvieron su origen en la prostitución y el vicio, hoy se escandaliza, pero sus lamentos moralistas son de dientes para afuera.

La burguesía, como clase parasitaria, no se detiene entre la posibilidad de vivir también de estas "despreciables" criaturas, que por lo demás le han reportado siempre cuantiosas ganancias y es incluso capaz de fomentarlas. Por ello, la prostitución no podrá ser eliminada, dentro del capitalismo, por más que la burguesía se presente muy moralista y humanista. La prostitución sólo podrá ser erradicada con la desaparición de la sociedad de clases y la transformación completa de las estructuras mentales que ella engendra.

Esto no significa que debamos cruzarnos de brazos en espera de la revolución comunista, sino que debemos empezar a luchar desde hoy por el cambio de esas estructuras mentales que el capitalismo nos ha impuesto, al mismo tiempo que contra toda su estructura económica.

BIBLIOGRAFIA

Kollontai, A. *La mujer nueva y la moral sexual*. México. Editorial Juan Pablos. 1972.

Reich, W. *La revolución sexual*. Editorial Ruedo Ibérico. 1970.

Trotsky, L. *La moral y la familia*. Editorial Juan Pablos. México, 1974.

Beauvoir, Simone de. *El segundo sexo*. Editorial Siglo XX.

Hervos, Ramón. *Historia de la prostitución*. Barcelona, Tels-tare. 1969.

Mills, Wright C. *Hablemos claro sobre la prostitución*. Poder, Política y Pueblo. Fondo de Cultura Económica. México. 19764.

(*) Revista Mundo Médico. Art. "La prostitución en México". Volumen II. Núm. 20. Mayo, 1975. J

stella quan

**(i) “mi refugio eran
las lágrimas”
confiesa
una feminista
salvadoreña**

- ¿Te autocoalificarías como feminista?
- Depende de qué se entienda por feminista. . .
- Una mujer consciente de su papel de subordinada ante la figura masculina, que hace algo por transformar esa situación.
- Entonces, sí. . . Es que hay muchas personas que confunden el término. . .
- ¿En qué sentido?
- Creen que cuando uno habla de feminismo, piensan hasta. . . No te lo puedo explicar. . . Bueno, competencia, libertinaje, todo eso. . .
- Pero ¿en algún momento de tu vida tomaste conciencia de tu papel de subordinada?
- Sí, cuando me casé. Antes, mi papá, mi mamá, todos me dejaban en libertad.
- ¿Qué pasó en tu matrimonio?
- Antes de casarme, mis compañeras empezaron a darme consejos para no llegar a ser “víctima”, como lo eran ellas. Me aconsejaron que, desde el principio, estableciera “pautas de conducta”, que sentara bases. . . Por ejemplo, decir ‘ahí vengo’. . . sin comunicarle a mi marido ni a dónde iba ni qué iba a hacer. Por eso, al regresar de la luna de miel, dije “ahí vengo”. . . aunque no tenía a donde ir. Me fui a la iglesia. . . Y así lo hice varias veces

hasta que se acostumbró. Otra cosas que me permitió mantener mi independencia fue el trabajo: yo era maestra de primaria.

- ¿Cómo te fue en la luna de miel?
- Mira, mi marido es un hombre guapo; desde luego lo era más antes. . . Por eso no le quedaba tiempo de querer a nadie más que a sí mismo. Esa noche él disfrutó más, o más bien, fue el único que disfrutó.
- ¿Y no le hablaste de tu insatisfacción?
- No. Me daba vergüenza. No hablaba yo de eso, entonces. . . Se hubiera hecho un mal concepto de mí. Además, él no se interesaba en saber lo que yo sentía.
- No se habla, no se verbaliza, pero ¿llegaste a disfrutar tu vida erótica con él?
- Sí, claro que sí.
- ¿Orgasmos?
- Sí, a veces. . . Aunque él decía que los tenía para satisfacer su ego. . .
- O sea que entonces ya hablaban. ¿Desde cuándo?
- No recuerdo bien. . . A los pocos meses de casada, quizá.
- ¿Ya tenías entonces información de que al compañero le gusta producir placer a su pareja?



— Sí. . . No. Necesitaba información a gritos, pese a haber recibido una clase sobre eso. . . No, no sabía. Fue por intuición.

— ¿Quién de los dos empezó a hablar?

— Mi marido rompió la barrera.

— ¿Y por qué piensas que no habló antes?

— Como él quedaba tan contento, tan satisfecho. . . Tal vez habló cuando empezaba a tener dudas de si había reciprocidad.

— ¿Eras la típica abnegada mujercita latinoamericana?

— ¿A qué llamas "abnegada mujercita latinoamericana"? ¿La que se baña todas las noches, se talquea, se perfuma? . . . Te vas a reír: él era, es, tremendamente mujeriego; entonces, si diez veces al día se le antojaba, diez veces yo aceptaba. Cuando ya le tuve confianza, le decía que tenía "furor palomil". . .

— ¿Cuándo crees que cometió su primera infidelidad?

— Al mes de casados.

— ¿Por qué me das la fecha con tal exactitud?

— Porque se dí cuenta, sencillamente. Hasta sé con quién.

— ¿Y qué hiciste?

— Llorar a lo desconsolado. Mi refugio eran las lágrimas. . .

— ¿Ahora ya no?

— No, ahora me río. Cuando tenía poco tiempo de separada, consólo hablar de José lloraba.

— ¿Cuánto tiempo tienes ahora de estar separada de él?

— Nueve años, y soy una excelente amiga de mi marido; pero son nueve años, no a lo salvadoreño, son nueve años reales.

— ¿Qué quieres decir con eso?

— En El Salvador las mujeres separadas o divorciadas se vuelven a acostar con el marido. . .

— Lo dices con un cierto dejo de orgullo. . . eso de "soy una excelente amiga de mi marido".

— Sí, me siento orgullosa de no ser como las demás.

— Pero no estás legalmente separada de él, no te has divorciado. ¿Por qué?

— Por dos razones. Primera, tenía un hermano estudiando para cura y pensé que no debía obstaculizar su carrera. Hoy lamentó no habérsela obstaculizado. . .

— No entiendo. ¿Por qué ibas a obstaculizar su carrera con tu divorcio?

— Porque cuando los seminaristas tienen hermanas divorciadas, no les permiten ordenarse.

— ¿Y qué culpa tienen los santos curas potenciales de tener hermanas tan demoníacas y perversas que se niegan a vivir vidas masoquistas?

— ¡Pobrecitos santos futuros curas! De veras, vos. . . De veras me arrepiento de no haberlo obstaculizado: hoy tendría un hermano productivo, rescatado de la alienación. . .

— O sea, eras católica. . .
— Oh, sí, era católica y conservadora. . .
— ¿Y la segunda razón?
— La segunda era que mis tres primeras hijas son mujeres; y entonces, en una sociedad tradicional como la salvadoreña, para las hijas, el tener padre significa respeto. . .
— Y sigues sin divorciarte. . .
— Sigo sin divorciarme, pero *no* uso el apellido de él. . .
— ¿Y cuándo te separaste?
— Cuando entré a la Universidad. A los quince años de casada.
— Sin embargo, ya al mes de casada habías descubierto su infidelidad.

— No decidí separarme por eso. . . La infidelidad no es lo peor. Pero era muy irresponsable; me refiero a lo económico. Luego, empezaba a beber; y finalmente, me golpeó un día estando borracho. Sólo fue una vez. . . Y fíjate, no fui yo quien decidió dejarlo; mis hijos me lo pidieron.

— Empecemos por lo económico. . .
— Bueno, José pagaba la casa y el colegio de los niños. (Por cierto, una vez nos embargaron proque “teníamos” un año de no pagar la renta). Y yo, alimentos, ropa, calzado, transporte. . .

— ¿Te quedaba algo para tus gastos personales?
— Nada.
— Y él, ¿cuánto aportaba?
— El se quedaba con el setenta y cinco por ciento de su sueldo, y no sé en qué lo invertía. . .

— Quiere decir que durante quince años asumiste pasivamente el papel de la “abnegada mujercita latinoamericana”. . . Sin embargo, has expresado a veces tu indignación y tu deseo de luchar para que otras mujeres dejen de desempeñarlo. ¿Cuándo tomaste conciencia, digamos así, de tus derechos?

— Esa conciencia la tenía desde antes de casarme; el deseo de estudiar, también. Fue una condición que le impuse a José: me casaría, si seguíamos estudiando. En mi ciudad natal no había bachillerato; sólo pude ser maestra. De novios, nos pusimos a estudiar contabilidad los dos. Yo misma matriculé a José y no le quedó más remedio que ir a clases conmigo. . . Pero yo salía siempre mejor que él, cosa que le molestaba mucho. Los compañeros se daban cuenta; teníamos fama de que siempre andábamos peleando por las calificaciones.

Yo siempre había querido estudiar. Y entonces éramos muy pocas las mujeres salvadoreñas que tomábamos esa decisión. Mi mamá puso el grito en el cielo, cuando se lo dije. ¿Cómo iba a irse su hijita a la capital en donde quién sabe qué cosas podían pasarle? Fue mi mamá, de acuerdo con unos tíos, quien decidió que yo estudiara magisterio. Y estaba recién graduada cuando pedí



nos casamos. Embarazada desde el primer mes, era el lío del siglo asistir a clases con náuseas y mareos, trabajar, estudiar en la noche. . . Salí adelante, sin embargo; pero cuando sólo nos faltaban, a José y a mí, los exámenes finales, nuestra situación económica no era muy bonancible y alguien tenía que dejar el trabajo para poder preparar los exámenes. Me sacrificué yo, puesto que era él quien necesitaba ganar más. . .

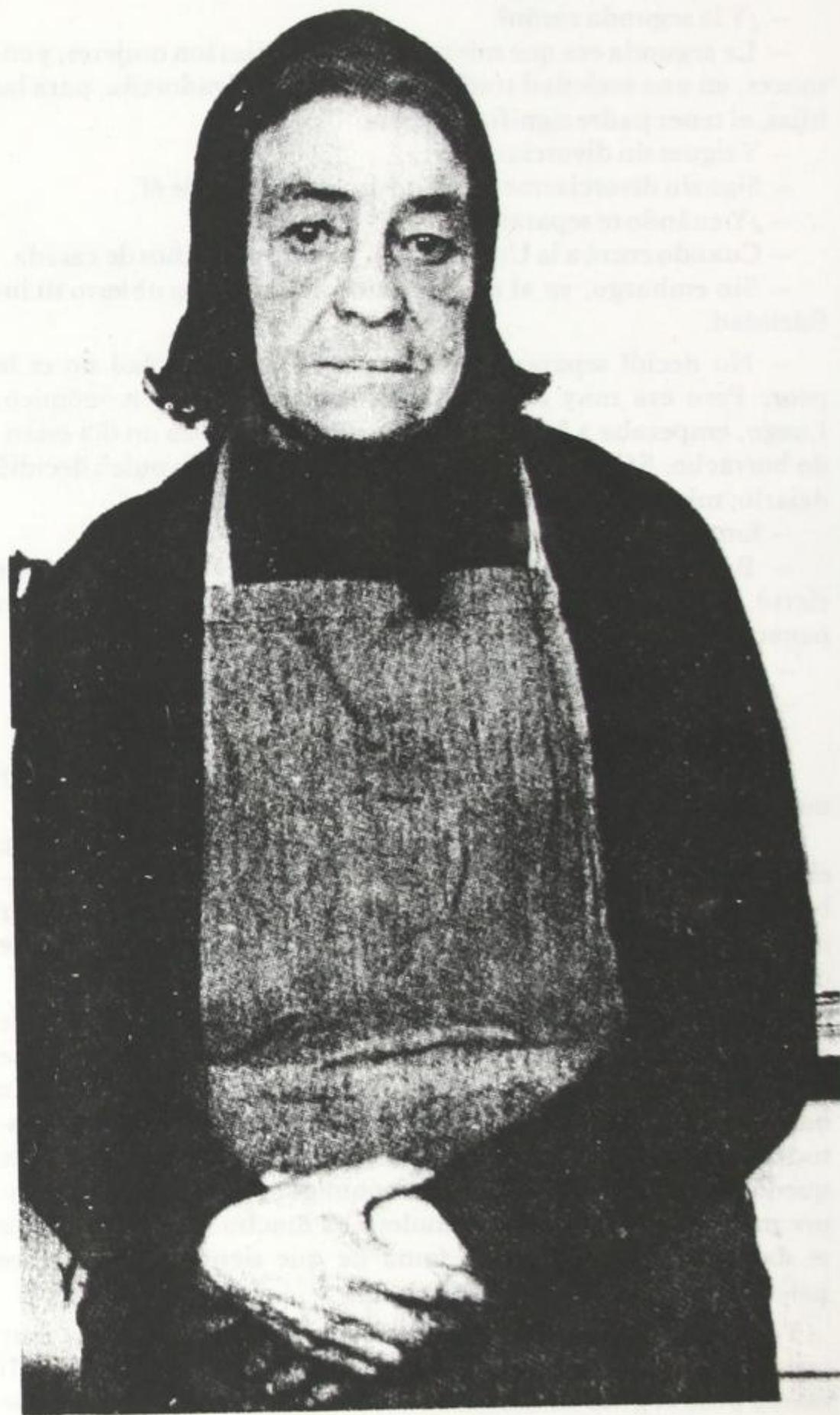
— Pese a que desde el principio él sólo daba el veinticinco por ciento de su sueldo a la casa y tú, el cien por ciento. . .

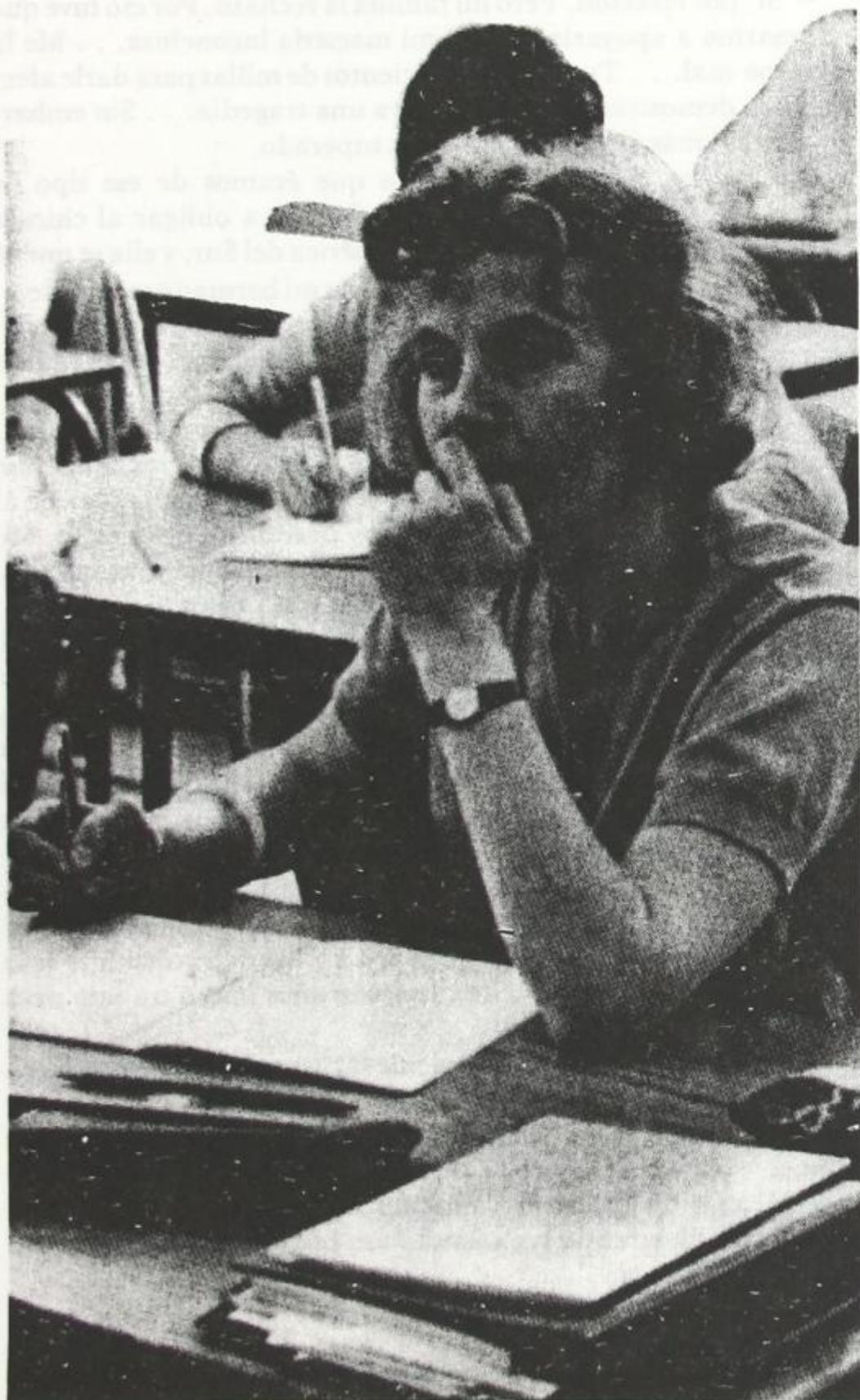
— Sí. . . A la hora de la hora, sólo él se tituló. Yo perdí el impulso y ya no presenté el examen final. En realidad, no me gusta la carrera de contador. Lo que quería era una base para entrar a la Universidad. Dejé de estudiar un año y me dediqué a seguir teniendo hijos; uno por año. Cuando ya tenía a los cuatro, pedí mi traslado de maestra y me vine a la capital. Le dí la sorpresa a mi marido de que, o me acompañaba, o se quedaba, pero yo de cualquier manera me iba. Así que hace más o menos dieciséis años que residimos en San Salvador. Inmediatamente me inscribí en la Universidad. Aunque no necesitaba el bachillerato, lo saqué, y pedí equivalencias en otra carrera. Me gradué en 1972 y creo que este año voy a graduarme en la que tengo pendiente. . .

¿Cuándo participé en congresos? Como a los dos años de casada. Aunque José es el típico macho, no me impedía asistir a esas cosas. Participé en algunas asociaciones femeninas, pero eran demasiado burguesas y me aburría. Ya sabes, esas asociaciones de corte gringo. . . Dejé de ir y empecé a trabajar en campañas en favor del niño y de la mujer, pero sin ser miembro de ninguna asociación. Aquí en la capital participo en una organización femenina y desde entonces asisto un día a la semana a una sesión dedicada a la asistencia infantil, y una vez al mes a la que se dedica a la mujer.

— La independencia económica, que permite también participar en actividades de tipo social, la ganaste sin duda durante el matrimonio; pero ¿tenías la misma independencia en el hogar? ¿Existía un equilibrio entre tu vida académica y tu vida hogareña?

— No, al contrario. Por ejemplo, si yo opinaba sobre la educación de mis hijos, si me dirigía a ellos, inmediatamente saltaba José: "La sabihonda va a hablar, pónganle atención. . ." Y para que no me desmoronara frente a los hijos, opté por no decirles nada si él estaba presente. Le tenía casi terror, porque siempre salía con ese tipo de frases irónicas, y lo que se hacía en la casa era siempre lo contrario de lo que yo opinaba. Si había alguna visita, José no dejaba de decir que, como yo vivía estudiando o en sesiones en la Universidad, descuidaba la casa. . . Nada cierto, pues de mi bolsa pagaba una o dos domésticas, según las posibilidades del momento. Siempre hubo alguien que ayudara en la casa. Sin em-





bargo, por fastidiar, José exigía que yo le sirviera la comida... No que me sentara a disfrutar la comida con él, sino que le sirviera. El pasaba el dedo por los muebles para ver si había polvo, abría el refrigerador a ver si estaba limpio. . . Y eso, todos los días. Hasta decía —lo dice todavía— que yo nunca le he zurcido un par de calcetines ni planchado una camisa. . . Es verdad, pero yo *pagaba* a quien se lo hiciera. En cambio yo hacía los deberes con mis hijos, jugaba y salía con ellos, mientras José jamás hizo nada de esto.

— Dijiste que tus hijos, a los quince años de casada, te pidieron que dejaras a José. . .

— Sí. Llegaba de la Universidad cuando mi hijo varón (tenía diez años entonces, y la más grande de las niñas, quince, pero quizás por ser varón, sus tres hermanas mayores lo habían delegado para que hablara. . .) me dijo que querían realizar conmigo una sesión como las que yo tenía en la Universidad. . . Me senté con ellos y me preguntaron por qué seguía casada con su papá. Les contesté que no me separaba por el amor que ellos le tenían. . . Mi hijo me respondió que ya estaban hartos de esa excusa, que “de cariño” no se vive y que ellos me planteaban, puesto que “eran la excusa”, que lo dejara definitivamente.

— Si los chicos no te hubieran planteado la separación, ¿seguirías aún casada con José?

— Quién sabe. Lo venía pensando desde hacía siete años, pero no tenía valor de hacerlo por el gran amor que le tenía. . .

— Y por el “qué dirán”, creo que me dijiste. . .

— Sí, también por el “qué dirán”... Pero cuando me hablaron los hijos ya todo se había resquebrajado; ni siquiera teníamos relaciones sexuales desde hacía un año. El me acusaba de tener un amante, cosa que no era cierto. A veces, hasta me daba risa, pero a veces nos poníamos violentos. Discutíamos por todo y los niños percibían la tensión. Al principio de mi matrimonio yo creía que si no me negaba sexualmente él no iba a serme infiel; después de su primera infidelidad, pensé que lo podía atraer siendo complaciente. Pero no servía de nada que yo fuera atenta, amorosa. De nada. Me era infiel a la vuelta de la esquina. . . Fue ya a los diez años de casada, cuando empecé a negarme, a no ser la mujercita complaciente. El me llamaba entonces “la rebelde sin causa”. . .

— Con tantas causas. . .

— Le dije una vez que si él tomaba el sexo como algo mecánico, puramente biológico, yo también podía hacerlo así, que me podía leer una novela mientras él tenía *su* satisfacción. . . Creo que eso le dolió. Pero mientras tanto, a la vuelta de la esquina, José tenía una amante. Yo fingía ignorarlo porque me parecía inútil, vulgar

ellas fueron las que le reclamaron. Fue poco después, cuando me dio un golpe en la cara porque quería que le prestara dinero para beber, y yo no quise. Mis hijos se indignaron terriblemente, y eso me conmovió mucho. Al ver que ellos tenían más valor que yo, me sentí dolida, tierna, no sé cómo decirlo, les dije que estaba decidida a separarme de su padre, siempre que él no fuera a saber — y hasta la fecha no lo sabe — que la decisión había partido de ellos. Lo hice por temor a las represalias y porque a la larga los hijos necesitan del afecto de un padre, sea éste quien sea. . .

— ¿Represalias?

— Sí. . . El no era amigo de los golpes, pero sí sería capaz de golpearlos, si supiera. . .

— También temías sus palabras hirientes, ¿no?

— Claro, que no midiera el sentido de las palabras. . . Otro ejemplo: cuando mi segunda hija terminó el sexto grado, José me preguntó qué pensaba respecto a la niña. Le dije que, naturalmente, debía terminar la educación básica, seguir tres años más. Y él me dijo que para qué; con lo bonita que era la niña, iba a hallar marido luego, se iba a fugar con el primero que se lo pidiera. . . Entonces, "¿para qué gastar pólvora en zanates?"

— Bueno, estás separada de tu marido desde hace nueve años y sin embargo no te has divorciado. Me decías que no lo has hecho, primero por el hermano seminarista, y luego por las hijas mujeres. ¿En qué les afectaría tu divorcio?

— Mira, de alguna manera, el que una mujer se llame Fulana de Tal significa un apoyo, un respeto en los pueblos como el mío. ¿No conoces el machismo de los salvadoreños? A las hijas de madres divorciadas se les acercan con malas intenciones, para burlarse de ellas. . . No me estoy expresando bien, para violarlas. . .

— ¿Y a las divorciadas, o "separadas" como tú, en qué forma se les discrimina?

— Un ejemplo. Hace pocos meses me pidieron que asesorara un congreso latinoamericano de profesionales, y como se refirieron a mí con mi nombre de soltera, alguien, sin identificarme, dijo que quién sabe si esa persona sería bien vista en el congreso, por ser divorciada. Entonces mi hermana, que estaba presente (nadie sabía que éramos hermanas) aclaró que se trataba de mí, pero que yo era Fulana de Tal. Yo pido que no me pongan el *de*; pero ya sabes el rechazo que hay en mi familia a que me divorcie. . .

— Y ¿cuál es la actitud de los hombres? No estás divorciada, pero se sabe que estás separada de tu marido desde hace nueve años.

— Si son hombres caballerosos, no andan pensando que me voy a acostar con ellos. Por otra parte, algunos, si están con sus señoras — y quizás también por caballerosidad — se refieren a mí

prejuicio es menor actualmente.

— ¿Y a tus hijas les ha servido que conservaras el apellido de casada? ¿Ellas se han casado?

— Dos de ellas. Y los padres de mis yernos son muy liberados. Los de mi segundo yerno están divorciados y deberían servirme de ejemplo. . . En cuanto a mi tercera hija, de quien no hemos hablado, es madre soltera. Por eso me vine del Sur. . .

— ¿Madre soltera por elección? No puedo creer que eso suceda en El Salvador. . .

— Sí, por elección. Pero mi familia la rechazó. Por eso tuve que regresarme a apoyarla, y dejé mi maestría inconclusa. . . Me la trataron mal. . . Tuve que volar cientos de millas para darle afecto, para demostrarle que eso no era una tragedia. . . Sin embargo, ya pasó más de un año y no lo ha superado.

Los padres del novio pensaron que éramos de ese tipo de padres que casan a la fuerza, que íbamos a obligar al chico a casarse; entonces, lo mandaron a América del Sur, y ella se quedó solita. . . De quien recibió apoyo, fue de mi hermano sacerdote.

— Tu hija, entonces, es madre por elección, pero no madre soltera por elección. ¿El chico la había seducido con promesas matrimoniales?

— Sí, claro que sí. Y no quiso luego reconocer su paternidad. Mi hija, en cambio, sí aceptó la maternidad. Las chicas de clase media o alta, en mi país, cuanto tienen ese problema, recurren al aborto. . . Entre paréntesis, yo no soy partidaria del aborto. Mi hija decidió tener al hijo. Los padres del muchacho ya conocen a la nietecita y dicen que dentro de dos años, cuando él regrese, podrá inscribirla a su nombre para que la niña lleve el apellido del padre. Mi hija cree que lo necesita. Yo le hice ver que en dos años el chico podría cambiar de idea y que el ofrecimiento lo hacían los padres. Por de pronto, inscribimos a la niña en un pueblecito lejano de la capital con mi nombre y el de mi marido. También él estuvo de acuerdo. (Ves, por eso he postergado una vez más el divorcio).

— ¿Cómo reaccionó José al saber que tu hija estaba embarazada?

— Indignado, furioso. . . Ya le iba a pegar, pero mi hijo se lo impidió. No sólo; el chico de diecisiete años buscó trabajo para ayudarlo a su hermana.

— Es esperanzador ver que las nuevas generaciones empiezan a cambiar. En cuanto a tu marido, ¿con qué autoridad moral censura a su hija, cuando él mismo te habla de las jovencitas que seduce?

— Mi marido ha tenido amantes menores que su hija. . . Y vieras con qué aires de rey ofendido se fue cuando su hijo le impidió que le pegara. . .



— Muchas cosas han quedado en suspenso durante esta larga charla, y no te he señalado algunas de tus actitudes contradictorias. Por ejemplo ¿no justificas nunca un aborto provocado?

— Tengo resabios, de a saber cuántas generaciones. . . Cuando a un matrimonio argentino le conté la razón de mi regreso a El



Salvador, ella me dijo asombrada: "Pero ¿por qué no le sugieres un aborto? Yo tuve cuatro antes de casarme; los últimos dos de mi marido —él estaba presente— y sólo cuando pudimos casarnos tuve mi primera hija. . ."

— ¿Reconoces, entonces, que tienes posiciones conservadoras en diversas áreas?

— Sí, quizás sí. . .

— Y reconoces que el nacimiento de la niña traumatiza a tu hija. . .

— Sí, la traumatiza. Asistió a un curso de parto sin dolor pero hubo que inducirle el parto y estuvo bastante mal. Luego, estaba encantada con la niña, pero tenía con frecuencia crisis histéricas de llanto. . . Cuando la niña tenía tres meses, y ella se dio cuenta que había perdido el ritmo de sus estudios, se le empezó a torcer la cara. . . Hubo que recurrir al siquiatra. Pero no, yo no estoy de acuerdo con el aborto. . . O sólo en casos extremos. En el caso de mi hija no fue violación, fue por su gusto.

— Tampoco admites que la infidelidad justifique el divorcio. . .

— Mira, el matrimonio no es un juguete y no considero tan grave la infidelidad, si es pasajera. El consejo que le daría a una hija en esas circunstancias sería de auscultarse a sí misma, pues también nosotros fallamos, y que hiciera una prueba. . . Ahora, ante una infidelidad permanente, que durara digamos diez años, lo mejor sería divorciarse, aprovechar la juventud que queda para hacer algo positivo en la vida. Yo creo que perdí mucho tiempo, en lo que respecta a mi vida sentimental, pues en lo demás me considero una persona realizada.

— Claro que lo eres. Pero, desde un punto de vista estrictamente racional, ¿estás de acuerdo en que, para que una mujer esté plenamente realizada, debe tener una vida erótica satisfactoria? Y dime, ¿el hecho de no estar separada legalmente de tu marido te ha impedido establecer otras relaciones?

— En nuestro medio eso se considera falta de respeto a sí misma, aunque en otras partes no sea así. Ahora empiezo a verlo de otro modo; pero lo veo, no lo práctico. . . Arrastro mis prejuicios. Sé que una mujer necesita una plena vida sexual; pero si va a vivir con complejo de culpa, tampoco es un remedio. . .

— ¿Podríamos llegar a la conclusión de que te has negado a tí misma vivir ese aspecto esencial de tu vida para evitar sentimientos de culpa?

— Sí, creo que sí. . . ¡Qué absurda soy!

— No creo que seas tú "la absurda". . . ¿No es más bien esta sociedad machista la que nos adjudica el papel "absurdo" que todavía vivimos? .

entrevista a
emilio garcía riera

la movilidad de la mujer en el cine: un estereotipo

Emilio García Riera, conocido historiador del cine mexicano y crítico, habla con Elena Urrutia en torno a la movilidad-inmovilidad de la mujer en el cine.

— Tú tienes una teoría, Emilio, sobre la movilidad — y su negación— de la mujer en el cine, y la relación estrecha que guarda con ciertos estereotipos. ¿Cómo es ésto?

— A mí me preocupaba abundar aburridamente en tópicos muy conocidos como el de la oposición y complementariedad de la imagen de la madre y de la prostituta: las dos caras de una misma moneda enajenada. Se me ocurrió acudir a una imagen más plástica, más evidente. Varios ejemplos me mostraron hasta qué punto la mayor o menor movilidad física de las heroínas del cine mexicano podía ser indicativa de una calificación moral, y se me ocurrió que para el cine mexicano convencional la inmovilidad era sinónimo de virtud. Como diría el personaje de Buñuel en *Tristana*: “La mujer, la pata quebrada y en casa”. O sea, que la conducta inmóvil —así quería también Amado Nervo a su “Amada” expresa una inmovilidad social, ideológica, un apartamiento de la mujer de todo lo que es la vida y participación en la sociedad.

— ¿Piensas en algunos ejemplos concretos en nuestro cine?

— Por una parte, una de las madres ideales propuestas por el cine mexicano: la de Pedro Infante en *Nosotros los pobres*, que es sordomuda y paralítica, o sea, casi igual a una imagen religiosa viviente y palpitante: o las madrecitas provincianas como Sara García en *Cuando los hijos se van*, que nunca sale de su casa, que tiene que hablar con su hijo triunfante en la capital, Emilio Tuero, por el cordón umbilical, o sea, por el hilo telefónico. (Es una imagen muy divertida, porque el casero está llevándose todas las cosas de la casa mientras ella se aferra al teléfono para seguir oyendo cantar a su hijo).

Por otro lado, es evidente que las rumberas estilo Ninón Sevilla delataban su índole pecadora por lo mucho que se movían, aunque su inmovilización en el cabaret —que al fin y al cabo también es un ámbito cerrado— revelara contradictoriamente su disposición melodramática a la virtud.

— Y cuando se da esta movilidad ¿ocurre nada más dentro de ciertos límites: digamos el barrio, el pueblo o la ciudad, o supone grandes desplazamientos?

En el cine mexicano, nada más las aventureras internacionales podían hacerlo (en trasatlántico, fumando con boquilla y usando turbantes a lo Merle Oberon), pero esas mujeres eran en sí mismas ideas exóticas: de ninguna manera típicas.

Para abundar en mi idea de hasta qué punto la inmovilidad se identifica con la virtud, está el caso de las desnudas de mediados de los 50, o sea, un parpadeo de la censura presionada por la competencia con la televisión permite posar desnudas (mostrar los pechos) a Ana Luisa Peluffo y otras, pero inmóviles, como si fueran estatuas. Se las disfraza de obras de arte (además solían posar ante artistas) para justificar el pecado del desnudo y compensarlo con la virtud de la inmovilidad.

En esa época el cine trata de ganarse a la clase media con espectáculos en colores —de nuevo la competencia con la televisión— donde chicas como Martha Mijares salían de los multifamiliares para ir a trabajar de secretarias —la tragedia de la clase media—; pero el castigo al pecado de la movilidad las aguardaba encarnado en poderosos convertibles tripulados por seductores profesionales como César del Campo, con una que otra cana en la sien peligrosísima.

Y para qué hablar de las machorras alborotadas de la comedia ranchera que tenían que disfrazarse de hombre para poder ir a la cantina. Ese era el panorama del cine mexicano convencional.

— ¿Nada más en el cine mexicano?

— En el cine mexicano es muy característico, pero se da también en otros cines del subdesarrollo latino, incluyendo Es-

Escena de la película *El apando* de F. Cazals



DEJO LA POBREZA DE SU ALDEA POR EFIMERA GLORIA DE LA CIUDAD. FUE COMO SU SOMBRA... LO VIO TRAFAR Y SERLE INFIEL!!

paña, y cierto cine italiano y aún francés, y sospecho que muy poderosamente en un cine tan desconocido para nosotros como el de los países árabes.

— ¿Y ha habido, Emilio, alguna transformación de este estereotipo en cine actual?

— Necesidades de mercado en el pasado sexenio aconsejaban ganar a una clase media, necesaria para la recuperación económica, con un cine de autor (entendiendo como autor al director), que la iniciativa privada no sabe, ni puede, ni quiere hacer, y que deber ser estimulado por el estado: de ahí la promoción de nuevos directores que de alguna forma intuyen la necesidad de proponer nuevas imágenes femeninas, aunque sin hacer feminismo declarado. Creo que para que se de un cine feminista es cuestión de que surjan o se consoliden directoras; cosa necesarísima e inaplazable, no sólo en México sino en todo los países del mundo.

— Hablas, Emilio, de transformación como el resultado de una necesidad de mercado. Pero el cine, de alguna manera, ¿no es un reflejo de su medio?

— Claro. Para una gran masa de clase media, con exigencias culturales algo superiores, es natural que sean directores cul-



turizados de la propia clase media quienes pueden intuir la naturaleza de esas mismas exigencias.

En el año 73 este cine se consolida con varias películas que, cada una a su manera, aluden a los problemas de la movilidad femenina con personajes de clase media: En *Mecánica Nacional*, Alcoriza tiene el acierto intuitivo de provocar la muerte de la clásica abuelita Sara García por el simple hecho de sacarla de su casa; en *El Castillo de la pureza*, Arturo Ripstein lleva a sus últimas consecuencias el tema del paternalismo ligado al de la voluntad de encierro; en *Los meses y los días*, película independiente y algo torpe de Alberto Bojórquez, llama mucho la atención del público la movilidad callejera de una joven heroína que no sabe lo que quiere de la vida, pero lo busca. En *Los Cachorros*, de Jorge Fons, una chica, en lugar de asumir el chantaje melodramático que podría representar la evidencia de la castración del héroe, sale huyendo muy saludablemente horrorizada. En una película convencional le hubiera dicho: "No importa tu disminución puesto que te quiero por tus valores espirituales".

En todas esas películas, aunque en ninguna se planteara una clara militancia feminista, y aunque muchos de sus aciertos dependieran de la intuición, era evidente la intención de sus autores de oponerse al melodrama convencional, y por lo tanto de criticar su visión de lo femenino. En en caso de *El Castillo de la Pureza*, por ejemplo, es la hija mayor del padre encarcelador la que se rebela y libera a su familia.

Después ha habido otras películas que han tratado de proponer otras imágenes femeninas; en el caso, por ejemplo, de un cine para mí tan interesante como el de Felipe Cazals es evidente, en películas como *El apando* y *Las poquiánchis*, una visión desmitificadora y cruel de la mujer humilde, por ejemplo, las prostitutas que se quejan, no del aprecio social en que se las tiene, sino de lo mal que se les trata, y en *El apando*, dos compañeras de los presos que hablan de su vida y de sus iniciativas sexuales con libertad y sin mala conciencia.

Pero, de cualquier manera, es evidente que hace falta un cine que no sólo permita a la mujer moverse sino que dé a sus movimientos un sentido verdaderamente autónomo: por otra parte, todos los ejemplos citados, con representar buenos pasos, no están exentos de sexismo ni mucho menos. Lo que importa es mujeres detrás de la cámara, y mujeres que sepan ver a sus compañeras.

Dime, jilguero:
¿Verdad que canto mejor
que tú?



PRODUCCIONES CINEMATOGRAFICAS ISLA, S. A. Presenta:

FERNANDO SOLER * ROSITA GARCIA
QUINTANA

YO QUIERO SER TONTA

Con ANGEL GARASA
Gustavo Rojo - Alfredo Vaele
J. M. LINARES RIVAS
Dirección EDUARDO UGARTE

COLUMBIA PICTURES

DIST. POR

gloria lópez y rosa ma. roffiel

**primer simposio
mexicano
centro americano de
investigación
sobre la mujer**

México será sede, durante el 7, 8 y 9 de noviembre, del Primer Simposio Mexicano Centroamericano de Investigación sobre la Mujer. Los temas que en él se tratarán son cruciales para entender procesos y promover la participación de la mujer en el desarrollo de nuestros países.

El debate teórico de los problemas específicos de la mujer dentro de la sociedad es fundamental para llegar a cualquier transformación y para evitar que sus reivindicaciones se vuelvan meras enunciaciones sin sentido ni arraigo dentro de una realidad determinada.

Es necesario enfocar la mira para entender cómo se involucra la mujer en los procesos del momento. Gracias a ese acercamiento sería posible descubrir fenómenos peculiares y esclarecedores en la economía rural como en la urbana; tanto en la dinámica de la población como en los patrones culturales. Dichos fenómenos están íntimamente ligados al status que la mujer guarda dentro del grupo social, y sólo en base a un análisis profundo y científico, éstos podrán ser manejados dentro de un proceso evolutivo.

El Simposio se ha propuesto, como algunos de sus principales objetivos, impulsar las investigaciones sobre la mujer, promover y fortalecer a los grupos de investigadoras dedicadas a esos

temas; recomendar a las instituciones de investigación y grupos profesionales que incluyan estudios sobre la mujer en sus programas de investigación y docencia; incrementar intercambio de experiencias académicas, documentos y toda clase de información concerniente a estudios sobre la mujer; promover publicaciones sobre esos temas así como su difusión a través de los medios más idóneos; establecer programas de intercambio con otras instituciones para organizar encuentros similares en otros países y fomentar programas de acción que sean resultado de las investigaciones realizadas.

La vasta temática que se tratará durante las jornadas de trabajo ha sido dividida en secciones bajo rumbos como: Unidad doméstica y economía campesina y migración; clases sociales y participación en la fuerza de trabajo; unidad doméstica; participación en la estructura ocupacional y fecundidad; familia y parentesco en el medio urbano; participación política de la mujer; imagen y creación de la mujer en el arte y en la literatura; participación e imagen de la mujer en los medios masivos de comunicación; sicología de la mujer; educación formal e informal; ideología y valores sociales, etc.

Punto focal en el debate actual sobre los problemas que atañen específicamente a la mujer es el que se refiere a la con-

dición de ésta dentro del sistema capitalista, el cual propicia el empeoramiento de su situación, ya que, al contrario de lo que pasa con la mujer en la economía rural precapitalista, la excluye del trabajo productivo, relegándola a la esfera doméstica sin que se de al trabajo doméstico matrimonial la categoría de una actividad remunerativa. Sin embargo, sólo el desarrollo de las fuerzas productivas hace técnicamente posible su emancipación.

Es esta contradicción en el seno del capitalismo actual, la que hay que investigar. Además, debe ser investigada en Latinoamérica, en el contexto de un capitalismo periférico.

El feminismo como slogan sin base teórica se convierte en una retórica hueca: de ahí la necesidad imperiosa de hacer investigación teórica y concreta sobre la participación de la mujer en la sociedad capitalista.

En base a este planteamiento, un grupo de investigadoras mexicanas organizó el Primer Simposio Mexicano Centroamericano de Investigación sobre la Mujer.

Se dice con frecuencia que el feminismo se opone a la lucha política de izquierda porque la conciencia feminista divide a la clase social. Diversos análisis, en el Tercer Mundo y en Europa, de intelectuales progresistas, han demostrado sin embargo que en la práctica, ambas luchas no solamente no se oponen sino que se complementan. En particular en países del Tercer Mundo, la condición milenaria de opresión de la mujer ha hecho difícil incorporarla a las filas de organizaciones políticas que promuevan un desarrollo real. En cambio, se sabe que en América Latina los grupos de derecha tratan activamente de reclutar a las mujeres como instrumento para lograr sus fines políticos. Como ejemplos están el famoso "cacerolismo" en Chile y la inusitada publicación de numerosos desplegados en periódicos mexicanos de "comités cívicos femeniles", sacados de la manga para protestar por la expropiación de latifundios en Sonora y Sinaloa.

Es claro que la Iglesia desde siempre, y la derecha actualmente, están organizando grupos femeninos. ¿Por qué entonces se empecina la izquierda latinoamericana, no sólo en no aceptar a las mujeres en su propia lucha, sino incluso en rechazar totalmente el feminismo? ¿Por qué no pensar en la posibilidad de integrar la lucha feminista a las luchas de izquierda?

En relación a la lucha de clases, la lucha feminista ha sido planteada por las feministas socialistas de la siguiente manera: el capital hace uso de la fuerza de trabajo de la mujer, en la economía agrícola, para mantener bajos los precios de los productos alimenticios y extractivos; en la economía urbana,

para mantener los salarios a un nivel más bajo de lo que se requiere para reproducir su fuerza de trabajo. En el caso de México, los estudios que se presentarán en el simposio muestran a todas luces cómo la autoexplotación de las esposas campesinas permite la sobrevivencia de la familia y, por tanto, de la economía campesina, y en la ciudad, se analiza cómo las actividades marginales de las mujeres (venta ambulante, trabajo doméstico eventual etc.) permiten que los salarios de los esposos se mantengan a un nivel mínimo.

En este sentido, las demandas económicas de las mujeres las llevarían a tomar una conciencia política de su situación de clase, conciencia que se halla hasta ahora mistificada por la ideología burguesa sobre la imagen de la mujer (otro tema que será tratado en el simposio). Su concientización política la llevaría a incorporarse a la lucha de la clase trabajadora, pero le permitiría una mayor militancia a través de demandas que tocan su vida como mujer directamente. Para dar un ejemplo, las amas de casa, por su condición, difícilmente son incorporadas a organizaciones políticas de izquierda: en cambio, concientizándolas y organizándolas alrededor de demandas para el reconocimiento de su labor doméstica y de la situación económica que entre otras cosas provoca el alza de precios, pueden más fácilmente ser recuperadas para la lucha política.

En cuanto a la ideología de la lucha feminista, muchas mujeres prefieren evitarla porque el reconocer su sometimiento y su posición de clase las forzaría a romper con situaciones personales en las que viven. El cambio asusta siempre y sobre todo si es muy cercano. Pero solamente el cambio podrá llevarnos a una lucha liberadora que repercutiría en una transformación política global y en las relaciones mujer-hombre y mujer-hijos. Muchas veces los militantes de izquierda separan su vida personal, en la que siguen usando a la mujer como sirvienta y reproductora, de su actividad política. Un feminismo verdaderamente progresista es el que afirma que lo personal es político y que no habrá liberación social si no se propicia una emancipación personal



1er. Simposio
Mexicano
Centroamericano
de Investigación
sobre la Mujer

28/2 de noviembre de 1977, ciudad universitaria, México, D.F.

simplemente explotadas

Simplemente explotadas(*) es un estudio de carácter exploratorio y descriptivo. El autor Alberto Rutté García, se aproxima a uno de los sectores más explotados, no sólo de su país sino de gran parte de otros países en los que el servicio doméstico aún existe de una manera generalizada. A través de este acercamiento pretende iniciar una comprensión de sus condiciones de existencia y de sus comportamientos como respuesta a estas condiciones, estudiar las relaciones entre la situación socio-cultural de las empleadas domésticas y su comportamiento individual. Ha tratado de comprender de qué manera las condiciones de trabajo y de vida a las que están sometidas afectan su psiquismo. Y el psiquismo no sólo está determinado por las condiciones medio-ambientales sino que, además, es capaz de modificarlas: de ahí el interés de comprender tales relaciones en vista a los cambios que se puedan operar en la situación de explotación que viven las empleadas a través de la acción que ellas mismas realicen.

Puesto que el interés del estudio se centra en la relación entre el psiquismo y sus condicionamientos socio-culturales, el trabajo se planteó en una perspectiva que permitiera ubicar esta relación, encontrándose que la biografía es excelente vía de conocimiento.

Para Oscar Lewis, a quien el autor toma como modelo en sus técnicas exploratorias, la ayuda de la grabadora es de suma utilidad; gracias a ella las personas sin preparación, ineducadas y hasta analfabetas pueden hablar de sí mismas y referir sus observaciones y experiencias en una forma espontánea y natural, sin inhibiciones.

“Las autobiografías basadas en transcripciones de cintas magnetofónicas representan documentos vivientes difíciles de igualar con cualquier otro método”, señala Lewis.

Del análisis biográfico realizado, interesó al autor, fundamentalmente, lo que había de común en los casos estudiados desde el punto de vista de las experiencias vividas en relación al empleo; le interesaron las vidas de sus entrevistadas en tanto empleadas domésticas.

Se eligieron exclusivamente mujeres para ser entrevistadas, pues la población de empleados domésticos está conformada en su mayoría por personas del sexo femenino. En Perú es el 8% y en México el 90.3%.

Además de los datos recogidos en las entrevistas grabadas, se manejó otro tipo de información: composiciones realizadas por alumnas de una escuela vespertina que trabajaban como sirvientas y a las que se preguntó ¿Cómo es tu patrona? Si tu fueras

patrona, ¿cómo tratarías a tu empleada?, ¿Qué has hecho durante tus vacaciones?

Una vez presentando el resumen biográfico de los casos estudiados, Alberto Rutté García desarrolla en una primera parte de su trabajo, con carácter descriptivo, los momentos claves relacionados al empleo en la vida de las entrevistadas; en una segunda parte, con carácter hipotético, discute algunas de las implicaciones psicológicas y sociales que a su juicio se derivan de las biografías estudiadas.

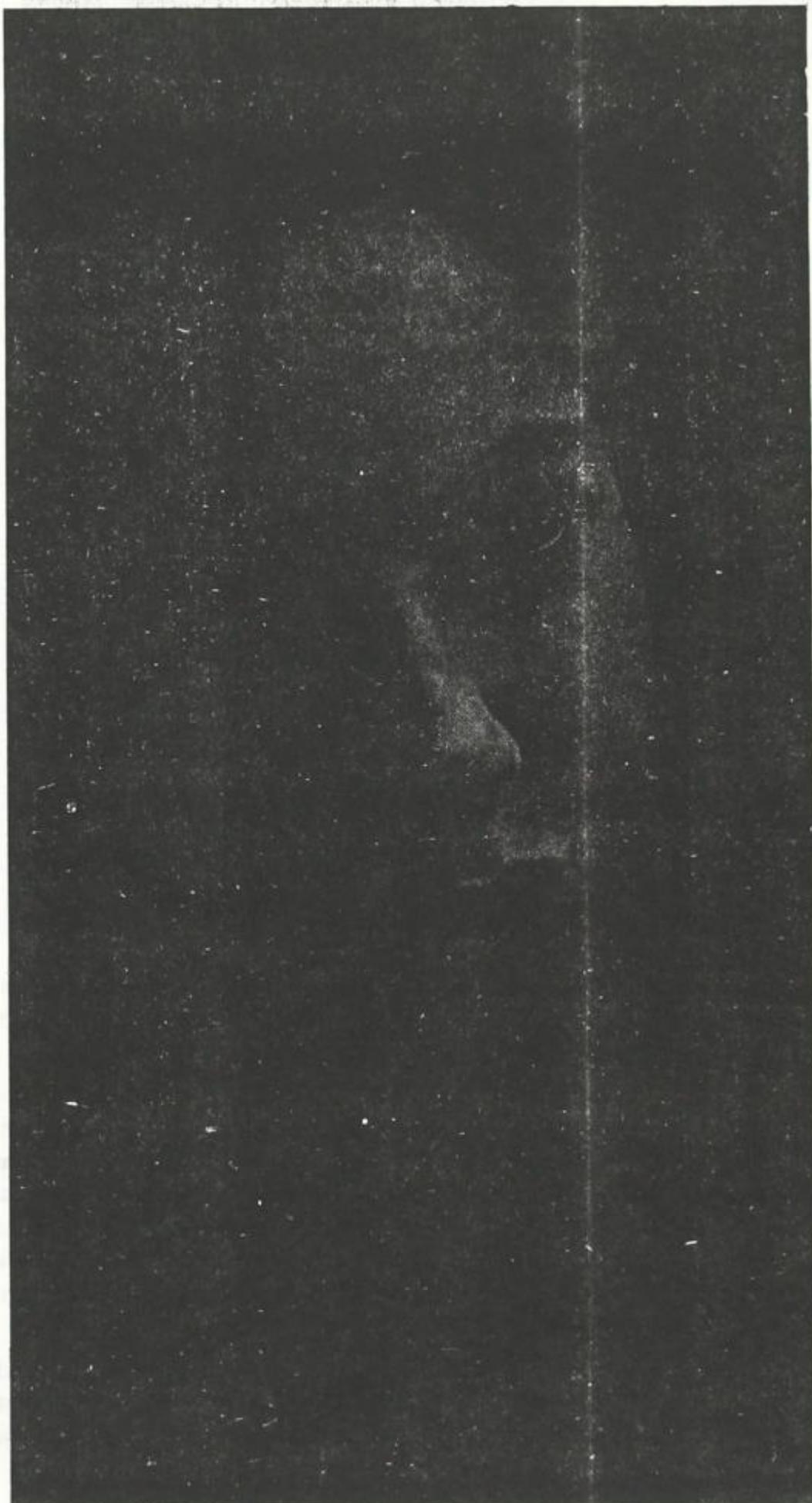
Alberto Rutté García encontró que el 88% del servicio doméstico en Lima provenía del campo: muchachas que migraron por cuenta propia en busca de mejores condiciones de vida, fueron entregadas por sus padres a los patrones para liberarse de una carga familiar. Cuando ocurre en estas condiciones, se trata por lo general de empleadas todavía niñas, desde los 8 o 9 años, y mediante un contrato firmado por los patrones y los padres de la empleada. Los "papeles" formalizan la relación en la que los padres "entregan" a su hija a una familia, generalmente de clase media, para que trabaje como sirvienta a cambio de "que la críen": le den educación, alimentos, vestido y habitación. Aunque la mayor parte de los contratos estipulan la obligación de enviar a la empleada a la escuela, lo cual es una ventaja, la realidad es que a través de estos "papeles" las trabajadoras quedan bajo control absoluto, y generalmente abusivo, de los patrones. Fuera de estos casos en que los padres entregan a sus hijas a una familia, el resto de los contratos es sólo verbal.

Entre los motivos que hacen migrar a las trabajadoras domésticas del campo a la ciudad, el primero, sin duda, es de orden económico: en menor grado el deseo de estudiar y el de conocer la ciudad de provincia y sobre todo, la capital.

Se da, después, la combinación de dos elementos en la migración: de un lado, la expulsión del campo y la "falta de horizontes" en la provincia; del otro, el atractivo que ejerce la capital a través de las imágenes de progreso que llevan quienes vuelven a su tierra.

La legislación del servicio doméstico en el Perú no fija una jornada máxima de trabajo; señala simplemente el derecho a 8 horas continuas de descanso diario y 24 horas continuas de descanso semanal. "Este sistema legal, apunta el autor, está en contradicción con todas las disposiciones vigentes de protección al menor y a la mujer trabajadora".

Así, el confinamiento en que vive la empleada tendrá sus límites en la casa en que trabaja, con una mínima comuni-





cación con el exterior; sus relaciones interpersonales se reducirán al trato con los patronos y otras empleadas que trabajen en la misma casa, si las hay. A la privación afectiva que sufre por estar separada de sus familiares se unirá una privación comunicativa. La empleada debe aprovechar sus salidas para recuperar su comunicación con otros seres humanos.

Entre patronos y empleados se establece un tipo particular de relaciones que está más próximo del modelo señor-siervo, que del modelo empleador-empleado.

Las implicaciones psicológicas que esta relación de servidumbre produce son ampliamente analizadas por Alberto Rutté García quien afirma, con Fanon y Sartre, que "es el dominador el que hace al dominado, el colono al colonizado, el antisemita al judío, . . . el patrón a la empleada. Esto es consecuencia de un doble proceso: económico en primer lugar y, luego, de un proceso de interiorización, o mejor, de epidemización de esta inferioridad".

En un apéndice del libro *Simplemente explotadas*, analiza el autor, comparativamente con la legislación del trabajador común, la norma legal que determina los derechos de los trabajadores del hogar.

Para el trabajador común se señala una jornada ordinaria máxima de 8 horas diarias o 48 semanales de trabajo. Para el trabajador del hogar se estipula 8 horas de descanso durante la noche, pudiendo trabajar teóricamente 16 horas diarias o 96 horas semanales de acuerdo a la ley.

Respecto del descanso semanal, se especifica que el trabajador doméstico deberá descansar por lo menos 24 horas continuas a la semana, es decir, un día completo por cada semana de trabajo. Para los obreros se considera indispensable el descanso de día y medio continuo, debiendo el empleador pagar una gratificación si no les da el descanso en esta forma continua.

De nuevo otra diferencia: mientras que los obreros gozan de descanso todos los días feriados no laborables, los trabajadores domésticos sólo tienen descanso los domingos y tres días de los feriados no laborables.

En cuanto a la duración de las vacaciones, los trabajadores domésticos en el Perú tienen derecho a 15 días después de trabajar un año continuo al servicio de un mismo empleador. Para los trabajadores, empleados y obreros, se considera razonable un período de vacaciones de 30 días.

Por otra parte, todo tipo de trabajador, sea obrero o empleado, tiene un salario mínimo vital fijado, en tanto que el trabajador doméstico no lo tiene. Además, estos últimos no gozan del beneficio del pago de horas extra, puesto que no tienen fijada jornada mínima de trabajo, sino jornada mínima de descanso.

Por último, las mujeres obreras tienen derecho a descanso pagado con el 70% de su salario durante 36 días antes y 36 días después del alumbramiento. Sin embargo, las mujeres que trabajan como sirvientas no tienen derecho a este descanso y éste quedaría a la voluntad del patrón.

Alberto Rutté García no pretende con este trabajo hacer un llamado "moral" al cambio de actitudes de los patronos, o incluso del sistema que permite la existencia de formas inhumanas de servidumbre. Señala, en primer lugar, que es necesario realizar los estudios socio-económicos que permitan ubicar mejor a este sector de la población en el contexto de la sociedad global, y que permitan, igualmente, proponer las reformas estructurales de la sociedad que acaben eficazmente con toda forma de explotación, de servidumbre y de injusticia.

* *SIMPLEMENTE EXPLOTADAS*: El mundo de las empleadas domésticas de Lima. Por Alberto Rutté García. Serie Praxis del Centro de Estudios y Promoción del Desarrollo. Campodonico Ediciones, S.A. Lima, 1973, 164 p.p. 

domitila

Acaba de salir el libro de Domitila*, del que publicamos uno de los más elocuentes y emocionantes capítulos. Este fragmento estaba ya en prensa (con la autorización de la editorial Siglo XXI) para el número anterior de *fem*. No apareció porque —según la opinión de Moema Viezzer y de algunos bolivianos cercanos a Domitila— era aconsejable que ella estuviese fuera de Bolivia cuando el dramático relato de su vida se hiciera público. Hoy sabemos que Domitila, dispuesta a enfrentarse con las consecuencias que sus palabras puedan traerle, no quiere alejarse de Bolivia.

Aun cuando el texto ya no constituya una “novedad”, decidimos publicarlo como un homenaje a esta mujer ejemplar, cuya vida es la vida misma de millones de mujeres en el mundo, y cuya lucha, no específicamente feminista, puesto que es la lucha de la clase obrera en los pueblos oprimidos en América Latina, implica naturalmente la causa de las mujeres.

* Moema Viezzer — “Si me permiten hablar. . .” Testimonio de Domitila, una mujer de las minas de Bolivia. — Ed. Siglo XXI. México 1977.

UN DIA DE LA MUJER MINERA

Mi jornada empieza a las 4 de la mañana, especialmente cuando mi compañero está en la primera punta. Entonces le preparo su desayuno. Luego hay que preparar las salteñas (1), porque yo hago unas cien salteñas cada día y las vendo en la calle. Hago este trabajo para completar lo que falta al salario de mi compañero para satisfacer a las necesidades del hogar. En la víspera ya preparamos la masa y desde las 4 de la mañana hago las salteñas, mientras doy de comer a los chicos. Los chicos me ayudan: pelan papas, zanahorias, hacen la masa.

Luego hay que alistar a los que van a la escuela por la mañana. Luego lavar la ropa que dejé enjuagada en la víspera.

A las 8 salgo a vender. Los chicos que van a la escuela por la tarde me ayudan. Hay que ir a la pulpería y traer los artículos de primera necesidad. Y allí en la pulpería se hacen inmensas colas y hay que estar hasta las 11 aviándose (2). Hay que hacer fila para la carne, para las verduras, para el aceite. Así que todo es hacer fila. Porque, como cada cosa está en un lugar distinto, así tiene que ser. Entonces, al mismo tiempo que voy vendiendo las salteñas, hago cola para aviarme en la pulpería. Corro a la



ventanilla para buscar las cosas y venden los chicos. Después los chicos van a hacer cola y yo vendo. Así.

De las cien salteñas que preparo, saco un promedio de 20 pesos diarios, ya que si las vendo todas hoy, me gano 50 pesos; pero si mañana vendo solamente 30 salteñas, entonces pierdo. Por eso digo que el promedio de mi ganancia es de 20 pesos por día. Y yo tengo suerte, porque la gente me conoce y compra de mí. Pero algunas de mis compañeras llegan a alcanzar solamente 5 a 10 pesos diarios.

De lo que ganamos mi marido y yo, comemos y vestimos. La comida está bien cara: 28 pesos el kilo de carne; 4 pesos la zanahoria; 6 pesos la cebolla. . . Si pensamos que mi compañero gana 28 pesos por día, apenas dá, ¿no?

La ropa, esto cuesta más caro. Entonces, trato de coser todo lo que puedo. Prendas para abrigarnos, no las compramos hechas. Compramos lana y tejemos. También, al principio de cada año, gasto unos 2 000 pesos comprando telas y un par de zapatos para cada uno de nosotros. Y esto la empresa lo va descontando mensualmente del salario de mi esposo. A eso llamamos "paquete" en las papeletas de pago. Y ocurre que, antes que terminemos de pagar el "paquete", ya se nos acabaron los zapatos. Así es, pues.

Bueno, de las 8 hasta las 11 de la mañana yo vendo entonces las salteñas, hago las compras en la pulpería y también hago mi trabajo del Comité de Amas de Casa, conversando con las compañeras que también vienen a aviarse.

Al mediodía tiene que estar listo el almuerzo, porque otros chicos tienen que ir a la escuela.

En la tarde hay que lavar ropa. No tenemos lavaderos. Usamos bateas y hay que ir a agarrar agua de la pila.

También hay que corregir las tareas de los chicos y preparar todo lo necesario para las salteñas del día siguiente.

Hay veces que se presentan con urgencia cosas para resolver en el Comité por las tardes. Entonces hay que dejar de lavar para ir atender a esto. El trabajo del Comité es diario. Hay que darle siquiera dos horas por día. Es un trabajo totalmente voluntario.

Las demás cosas, hay que hacerlas de noche. Los chicos traen bastante tarea de la escuela. Y la hacen por la noche, sobre una mesita, una silla o un cajoncito. Y hay veces que todos tienen tarea y entonces a alguno le pongo una batea sobre la cama y ahí trabaja.

Cuando mi marido va a trabajar en la mañana, duerme a las 10 de la noche y los chicos también. Cuando trabaja por la tarde, entonces está afuera durante la mayor parte de la noche, ¿no? Y cuando trabaja en la punta de noche, solamente el día



siguiente vuelve. Así que yo tengo que adaptarme a estos horarios.

Generalmente no podemos contar con la ayuda de otra persona para la casa. Lo que gana el compañero como salario es demasiado poco y más bien nosotras tenemos que ayudarnos, como yo que hago salteñas. Otras compañeras se ayudan tejiendo, otras cosiendo ropa, otras haciendo tapetes, otras vendiendo en la calle. Otras no pueden ayudar y entonces la situación es realmente difícil.

Es que no hay fuentes de trabajo, pues. No solamente para las mujeres, sino también para los jóvenes que se vuelven del cuartel. Y la desocupación vuelve a nuestros hijos irresponsables, porque se van acostumbrando a depender de sus padres, de su familia. Muchas veces se casan sin haber podido conseguir trabajo, y con más su compañera se vienen a la casa a vivir.

Entonces, así vivimos. Así es nuestra jornada. Yo me acuesto generalmente a las 12 de la noche. Duermo entonces cuatro a cinco horas. Ya estamos acostumbrados.

Bueno, pienso que todo esto muestra bien claro cómo al minero doblemente lo explotan, ¿no? Porque, dándole tan poco salario, la mujer tiene que hacer mucho más cosas en el hogar. Y es una obra gratuita que le estamos haciendo al patrón, finalmente, ¿no?

Y, explotando al minero, no solamente la explotan a su compañera, sino que hay veces hasta a los hijos. Porque los quehaceres en el hogar son tantos que hasta a las wawas las hacemos trabajar, por ejemplo recibir carne, recibir agua. Y hay veces que tienen que hacer colas grandes, hacerse apretar y maltratar. Cuando hay escasez de carne en las minas, se hacen esas colas tan largas que hay incluso niños que mueren aplastados por recibir carne. Hay una desesperación terrible. Yo conocí a niños que así han muerto, sus costillitas fracturadas, ¿y por qué? Porque las madres, tanto tenemos que hacer en el hogar, que entonces mandamos a nuestros hijos a hacer colas. Y a veces hay una apretadura tan terrible, que eso ocurre: que aplastan a los niños. En esos últimos años hemos visto varios casos así. Y también hay otra cosa que se debería tomar en cuenta y que es el perjuicio que se hace a los niños que no van a la escuela por hacer mandados. Cuando durante dos, tres días se espera la carne y no llega, se está haciendo cola todito el día. Y las wawas, dos, tres días faltan a la escuela.

O sea que al trabajador tratan de no darle ninguna comodidad. Que se las arregle como pueda. Y listo. En mi caso, por ejemplo, trabaja mi marido, trabajo yo, hago trabajar a mis

hijos, así que somos varios trabajando para mantener el hogar. Y los patronos se van enriqueciendo más y más y la condición de los trabajadores sigue peor y peor.

Pero, a pesar de todo lo que hacemos, todavía hay la idea de que las mujeres no realizan ningún trabajo, porque no aportan económicamente al hogar, que solamente trabaja el esposo porque él sí percibe un salario. Nosotras hemos tropezado bastante con esta dificultad.

Un día se me ocurrió la idea de hacer un cuadro. Pusimos como ejemplo el precio del lavado de ropa por docena y averiguamos cuántas docenas de ropa lavábamos por mes. Luego el sueldo de cocinera, de niñera, de sirvienta. Todo lo que hacemos cada día las esposas de los trabajadores, averiguamos. Total, que el sueldo necesario para pagar lo que hacemos en el hogar, comparado con los sueldos de cocinera, lavandera, niñera, sirvienta, era mucho más elevado que lo que ganaba el compañero en la mina durante el mes. Entonces en esa forma nosotras hicimos comprender a nuestros compañeros que sí, trabajamos y hasta más que ellos, en cierto sentido. Y que incluso aportábamos más dentro del hogar con lo que ahorramos. Así que, a pesar de que el Estado no nos reconozca el trabajo que hacemos en el hogar, de él se beneficia el país y se benefician los gobiernos, porque de este trabajo no recibimos ningún sueldo.

Y mientras seguimos en el sistema actual, siempre las cosas van a ser así. Por eso me parece tan importante que todos los revolucionarios ganemos la primera batalla en nuestro hogar. Y la primera batalla a ganar es la de dejar participar a la compañera, al compañero, a los hijos, en la lucha de la clase trabajadora, para que este hogar se convierta en una trinchera infranqueable para el enemigo. Porque si uno tiene el enemigo dentro de su propia casa, entonces es una arma más que puede utilizar nuestro enemigo común con un fin peligroso. Por esto es bien necesario que tengamos ideas claras de cómo es toda la situación y desechar para siempre esta idea burguesa de que la mujer debe quedarse en el hogar y no meterse en otras cosas, en asuntos sindicales y políticos, por ejemplo. Porque, aunque esté solamente en la casa, de todos modos está metida en todo el sistema de explotación en que vive su compañero que trabaja en la mina o en la fábrica o en lo que sea, ¿no es cierto?

(1) Empanada típica boliviana, rellena con carne, papas, ají y otras especias.

(2) Aviarse: abastecedores de alimentos. J

periodicos feministas

LA REVUELTA

El primer periódico feminista en México apareció en septiembre de 1976. Fruto de un *Colectivo feminista*, se creó para "concretar en una publicación el proceso de nuestra toma de conciencia". Al cierre de esta edición, La Revuelta ha publicado seis números y está por sacar el séptimo, dedicado al trabajo. El primero fue un manifiesto de su posición y de la necesidad de tomar la palabra como mujeres. El segundo traía material sobre la violación, poemas colectivos y notas sobre la creatividad y el feminismo. El tercero estuvo dedicado íntegramente al problema del aborto. El cuarto, a la educación sexista. El quinto, a la sexualidad y el sexto, a la maternidad. El periódico no lleva ningún texto firmado a título personal de acuerdo con una posición política, y mucho del material es trabajo colectivo. Las feministas de La Revuelta escriben, forman y diseñan cada número, los salen a vender a la calle, principalmente dentro de la Ciudad Universitaria, entablando diálogo con las mujeres interesadas. Algunas librerías, de la C.U. por ejemplo, los vende. La Revuelta es la expresión máxima del feminismo radical en México. Para mujeres interesadas en establecer contacto con este *colectivo feminista*, el teléfono 554-54-85 es el de la redacción de La Revuelta.

CIHUAT

"*Cihuat* quiere decir *mujer* es nahuatl, dialecto del idioma náhuatl, que se habla actualmente en la tierra del Estado de Puebla": así lo explica el periódico mensual que, a partir del mes de mayo, aparece con este nombre.

Cihuat es la "voz de la Coalición de Mujeres", el grupo que se reúne en la calle de Yucatán 132-3. Por lo tanto su propósito no es sólo el de despertar la conciencia feminista y el de informar sobre los problemas de las mujeres, sino el de invitar a las mujeres interesadas a unirse al grupo, a participar en diálogos, discusiones y, a veces, manifestaciones. Como la que se hizo frente a la Casa del Lago contra el convencional Día de las Madres, o la que se realizó ante la Embajada de Italia para protestar contra el veto del senado italiano a la legalización del aborto.

Los interesados en *Cihuat* pueden dirigirse al Apartado Postal 808, Admón. de Correos No. 5, — México 5, D.F., o al teléfono 514-27-04, en las mañanas.

Lamentable muestra de "liberación" femenina

La noticia reciente sobre el asesinato de una madre que, sin medir las consecuencias fatales de su acto heroico, trató de impedir inútilmente el secuestro de su joven hija —y ¿qué madre no lo hace en circunstancias parecidas!— debe haber estremecido las entrañas de todas las mujeres que han sentido el latido maravilloso de un hijo en el vientre.

Todo indica que la asesina —para la cual no existe calificativo cabal y justo— es una experta en el manejo de las armas, confabulada en el atraco pormenorizadamente meditado y además protegida y a salvo por el par de rufianes que, sin embargo, debieron haberse tentado el corazón para no obrar como obró la virago, siendo como ha sido hasta hoy tarea despreciable de hombres el matar. De que se trata de **una liberada** todos los signos la denuncian. Una de éstas de la última hornada que no quieren saber nada sobre pañales y que jamás sentirán en su regazo el dulce peso de un niño. Una de estas empaçadas de subversión cuyo cacumen vacío y reducido es incapaz de digerir los ideales, pero sí abrir paso a su instinto homicida.

Y como si fuera poco y por colofón ya saltó un grupo, un membrete, adscribiéndose **el honor** del hecho a todas luces incalificable, pues que tales honores está hoy de moda reivindicarlos. Como si un crimen, desde Caín, no obligase por lo menos, a rehuir el rostro ante la mirada limpia de sangre de los semejantes y a apartarse para siempre de toda compañía humana. Mire usted, ¿reivindicar! Se reivindica una conducta noble, una trayectoria humana impecable a los derechos conculcados de una nación y un pueblo. Pero, ¿qué deformaciones de la conducta nos ha tocado atestiguar en este siglo! Es como

para trastocarla seguridad de una conciencia en sus conceptos racionales y morales.

Si vamos a tener que lamentar tales frutos agusanados de la liberación femenina, entendida como por lo visto la entiende esta asesina y todas las otras de su calaña que establecen su plan de vida conforme a sus apetitos sin mirar los destrozos y los dramas íntimos y familiares que ocasionan, entonces maldita sea la liberación femenina que ha sacado de cauce a la mujer.

Recuerdo y recuerdo bien que con motivo de la celebración del Año Internacional de la Mujer en 1975, cuyo congreso tuvo por sede honrosa a México, las crónicas que le dedicamos a este último aquí mismo en **El Día** pusieron de manifiesto ciertas reservas, comenzando por el vocablo liberalización que consideramos impropio, puesto que la mujer no tiene por qué librarse de lo que constituye su papel original y legítimo como compañera del hombre. Reservas que extendimos y aún seguimos guardando respecto a la contención antinatural de la llamada explosión demográfica.

En cambio, otra cosa y muy otra es la emancipación que comprende el derecho general a emanciparse de todas las almas muertas sumadas a las otras de los humillados y ofendidos dostoyevqueanos que en el mundo han sido.

El proceso de la emancipación del ser humano, hombre o mujer, es escalamiento lento entendido como autodeterminación que lleva consigo el convencimiento íntimo de merecerla gracias a nuestra propia responsabilidad insobornable. De ninguna manera es una conquista arbitraria y dirigida a obrar como a uno le pegue la gana, antes bien significa una sujeción interna inflexible incli-

nada hacia la búsqueda de los valores absolutos.

La emancipación comprende a nuestro entender el desatarnos de las valoraciones tradicionales obsoletas para nuestros tiempos, de los prejuicios de toda laya que originan la discriminación, de las supersticiones y supercherías incluidos los vínculos religiosos esclavizantes, de los cánones artísticos estratificados y de todo aquello que signifique un amo y se imponga sobre nosotros. No ha lugar ya para los amos provenientes de donde provengan y aduzcan los derechos que aduzcan, padres, maridos o potencias mundiales, incluidas en estas últimas las transnacionales apátridas que amenazan sorberse al mundo.

Ahora en cuanto a la autodeterminación del ser humano ésta significa alcanzar una jerarquía ética, pues que en materia moral perdurarán eternamente las jerarquías. Representa la convicción del valor de nuestro contenido como objeto de nuestra responsabilidad para con nosotros mismos y para con los demás. Encarna el criterio unipersonal asistido por la experiencia adquirida durante el desenvolvimiento que nos permite llegar, precisamente, a la cima de esa autodeterminación. Es por ello que llegados al nivel superior de esa escala el solo descender un escalón nos hace sentirnos despreciables ante nosotros mismos y los otros lo que provoca en nuestros cuerpos la enfermedad de la que se curan los siquiátras sin curar.

En fin, esta autodeterminación personal es la misma que, a escala magna, hoy se manifiesta en el afán de autonomía de las naciones y de la que México ha sido y sigue siendo su adelantado en el concierto de todos los pueblos sin excepción.

fem. contesta a una antifeminista

En el momento de cerrar la edición de este número 4, vemos en la página editorial del periódico El Día — 11 de octubre de 1977 — el artículo de la escritora Ana Mairena. Lo reproducimos como típico ejemplo de incomprensión, malentendido y quizás de mala voluntad hacia todo lo que signifique el feminismo.

La señora Mairena asimila simplemente *mujer liberada* a *mujer asesina*. No vamos a discutir aquí los móviles de los grupos guerrilleros, que recurren a acciones tan dramáticas como la del caso aludido, ni en qué medida los crímenes son a veces accidentales, ni cuál puede ser el estado de conciencia de quien los comete. Lo que negamos rotundamente es que una mujer *liberada* sea "Una de éstas de la última hornada que no quieren saber nada sobre pañales y que jamás sentirán en su regazo el dulce peso de un niño. Una de estas empachadas de subversión cuyo cacumen vacío y reducido es incapaz de digerir los ideales, pero sí de abrir paso a su instinto homicida". Negamos, por lo tanto, que un asesinato — en cualquier circunstancia — sea una "muestra de *liberación* femenina" y que la liberación implique el "instinto homicida".

Puede ser que el término *liberación* haya sido desprestigiado en algún momento; los grupos que se cobijan bajo el mismo nombre son muy variados y cubren una amplia gama de matices ideológicos; pero lo que es innegable es que la bandera de la liberación corresponde a una necesidad real. Las mujeres tienen derecho a una liberación que milenariamente se les ha negado y que apenas algunas empiezan a conocer y a ejercer: no para matar a madres inocentes y heroicas, sino para trabajar en lo que quieran, para estudiar, para producir, para casarse o no casarse, para no ser juzgadas en función de su biología, para no ser violadas, para actuar como seres humanos plenamente conscientes, con las muchas responsabilidades que ello implica.

La libertad no es fácil; y para las mujeres, que nunca la han tenido y que deben conciliarla inevitablemente con las limitaciones de la maternidad, es aún más difícil. Liberadas o no, la mayoría de las mujeres siguen siendo madres, y el niño no es siempre "un dulce peso", ni "el latido de un hijo en el vientre" es siempre "maravilloso". Sobre todo en un país en donde el 40 por ciento de las madres son madres solteras. Y no lo son por "liberadas", porque prefieran asumir solas e independientes "el dulce peso" de la maternidad; lo son porque el hombre desaparece y no sabe asumir "su papel original y legítimo como compañero" de la mujer...

El feminismo, señora Mairena, no es una escuela de asesinas; ni pretende acabar con los varones, ni exterminar a las madres. Usted no emplea el término "feminismo"; pero la "liberación", con las modalidades determinadas por la época, se inscribe dentro de ese movimiento que empezó paralelamente a la Revolución Francesa (cuando tanto se hablaba de libertad, y de igualdad, pero no se incluía en tales conceptos a las mujeres), que tuvo sus víctimas heroicas en las tan ridiculizadas sufragistas, y que descubrió en los últimos decenios que el voto les había servido de poco a las mujeres y que aunque su posición hubiera mejorado — y mejora cada día — desde el punto de vista legal, mucho quedaba, mucho queda por ganar para millones de mujeres en la vida de todos los días.

La liberación femenina no da "frutos agusanados". Por lo demás, no tenemos ningún elemento para saber cómo la entiende "esa asesina" (que tampoco ha matado en nombre de la liberación femenina, ni se declara feminista), ni sabemos quiénes son las que "establecen su plan de vida conforme a sus apetitos sin mirar los destrozos y los dramas íntimos y familiares que ocasionan". Lo que resulta claro es cómo la entiende la señora Ana Mairena. ♪

**organizamos pláticas y
ciclos de conferencias
sobre temas del feminismo: situación
económica y política de la mujer,
condiciones laborales y jurídicas,
sexualidad, aborto,
sexismo, educación, etc.
informes en el teléfono 550-73-06
de 9.00 a 13.00**

fem

+

GANDHI

Libros — discos — Cafe — Galería
Miguel Angel de Quevedo Nos. 128-130
Teléfonos: 550-18-184 y 548-19-90
México 20, D. F.

el ágora

insurgentes sur 1632 tel. 534-98-44

ofertas mensuales de libros hasta
con el 50% de descuento
los mejores precios en
DISCOS IMPORTADOS:

clásica, jazz, rock, folklore
nueva sección de libros en inglés,
"PAPER BACKS"

de sociología, política, sicología y literatura
De 9 a 23 Horas
DOMINGOS de 11 a 21 Hrs.

libros • discos • café • galería

insurgentes sur 1632 • z p - 19 • 534 98 44 y 534 98 47



RINCÓN GABOCHO DE SAN ANGEL

COPILCO 3 / TELEFONO: 5-48-74-71 / MEXICO / D. F.

colaboran

FLORA BOTTON BEJA, mexicana, maestra en estudios orientales, especialista en China, investigadora de Asia y Africa del Norte en el Colegio de México.

ANDREA BURG GENOVES, francesa, reside en México, Doctora en antropología, ceramista y periodista. Consejera de la revista Ciencia y Desarrollo del CONACYT.

ALAIDE FOPPA, guatemalteca, reside en México, doctora en letras, crítica de arte, maestra universitaria. Ha publicado varios libros de poesía y "Confesiones de José Luis Cuevas".

GRACIELA HIERRO, mexicana, maestra en filosofía, coordinadora del Colegio de Filosofía de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM.

MARTA LAMAS, mexicana, antropóloga, militante del Movimiento de Liberación de la Mujer en México.

GLORIA LOPEZ, mexicana, periodista, coordinadora de Información del Primer Simposio Mexicano — Centroamericano de Investigación sobre la Mujer.

BETH MILLER, norteamericana, doctora en Letras, autora de "La poesía de Jaime Torres Bodet".

MARGARITA NOLASCO, mexicana, doctora en antropología, ha publicado varios trabajos de investigación y actualmente trabaja con grupos marginados.

MARGARITA PEÑA, mexicana, maestra en letras españolas, investigadora y catedrática de la UNAM. Ha publicado "Alegoría y Auto Sacramental" y "Una de cal y otra de arena".

ELENA PONIATOWSKA, mexicana, escritora de cuentos, novela y periodismo.

STELLA QUAN, guatemalteca, antropóloga, investigadora del CISINAH.

ROSA MARIA ROFFIEL, mexicana, periodista, coordinadora de la sección de periodismo del Primer Simposio Mexicano de Investigación sobre la Mujer.

RAFAEL RUIZ HARRELL, mexicano, maestro universitario, investigador social, pionero en investigaciones sobre la mujer, su último trabajo publicado es "Aspectos laborales de la mujer en México 1900 — 1970".

ELENA URRUTIA, mexicana, psicóloga, crítica literaria.

ANA VALDEMORO, mexicana, matemática, y compositora musical, feminista militante.

SUSANA VILDALES TAMAYO, mexicana, investigadora social, ha publicado artículos periodísticos.

